

AE 3077 7
EPISODIOS NACIONALES

LOS FAVORITOS
DE
MARCO DEL PONT

Continuación de Los Talaveras El Capitán San Bruno y
Manuel Rodríguez

NOVELA HISTÓRICA

POR

LIBORIO E. BRIEBA

1815 - 1817

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

"JOSE TORIBIO MEDINA"

OFICINAS DE «EL CHILENO»:

SANTIAGO

VALPARAÍSO

Bandera Ns. 529 a 545 | Condell Ns. 48 y 50

1903

J



CAPITULO I

UN COMPLICE DE SAN BRUNO

Mientras Rodríguez trabajaba en el sur reuniendo cuantos elementos podía para hostilizar á los gobernantes españoles, no faltaba quien conspirase contra él, para hacerlo perder en el ánimo de Marcó la ilimitada confianza que tan rápidamente había sabido conquistarse.

Celoso el capitán San Bruuo y temeroso, además, de perder, eclipsado por su rival, el favor de que gozaba, se quebraba la cabeza discurriendo algún medio de desprestijarlo.

Fácil le había sido sonsacar al presidente cuanto había pasado en su entrevista con Rodríguez, y aguzada su perspicacia por la envidia, había encontrado sospecho-

so lo que á Marcó le había parecido una portentosa habilidad: aquello de la firma recortada de Castillo Albo.

Hallábase un día en su casa más preocupado que nunca de sus sospechas, paseándose á grandes pasos por aquella misma sala en que lo presentamos al lector al principio de esta obra y tratando de discurrir cómo perder á su competidor, cuando fué interrumpido por la presencia de un hombre que se paró en el dintel de la puerta, cuadrándose y saludando militarmente.

El traje del recién llegado era, no obstante, de paisano, y su figura asaz chocante: de elevada estatura, delgado, escuálido, huesudo, hubiérasele tomado por un esqueleto ambulante, á faltar el brillo de sus dos ojos negros, perdidos en la profundidad de sus órbitas y sombreados aviesamente por largas y enmarañadas cejas.

No hizo más que ver el capitán San Bruno aquella extraña aparición y detenerse lleno de asombro á la mitad de su paseo.

—¡Villalobos! exclamó á media voz.

El hombre permaneció un momento contemplando silenciosamente al capitán.

En seguida avanzó dos pasos hacia él, y quitándose el sombrero, dijo tristemente:

—Sí, mi capitán; Villalobos, el desgra-

ciado Villalobos; el aborrecido sarjento de talaveras, cuyo nombre se ha hecho odioso sólo por haber sido demasiado condescendiente con sus superiores! Villalobos, que aún vive á pesar de sus remordimientos y á pesar del desprecio con que lo miran sus semejantes!.. Ah! qué distinta suerte la de mi capitán! Yo, un simple instrumento, un obediente servidor, obligado á huir de mis camaradas, á pasar por muerto; á buscar la vida en lejanas tierras, á mendigar en vano un asilo... eh! qué vale ésto! para qué decirlo todo... Ea fin, mi capitán está bien goza de favores, de un poder ilimitado! ¡qué importa que yo me vea obligado á disfrazarme para evitar que me señalen con el dedo los buenos habitantes de Santiago, ó me apedreen los niños como á perro loco! ¡Qué importa eso! bah!

Y el paisano se rió con una risa nerviosa y sarcástica, que conmovió todos sus miembros como presa de una violenta convulsión.

San Bruno había estado escuchándolo atentamente, sin cambiar de expresión, manifestándose completamente impasible á las quejas y recriminaciones del que se decía su sarjento.

Sólo cuando éste dejó de hablar, se sonrió afablemente el capitán y dijo con una expresión que más tenía de jocosa que de compasiva.

—¡Pobre Villalobos! vienes algo cambiado; te encuentro viejo. Ese tono quejumbroso y regañón te sienta mal. ¡Vaya! ¿con que no te ha ido bien en el Perú? dices que te han negado un asilo...? No entiendo, á la verdad. Cuéntame eso.

—¡Ah, señor! la misericordia de Dios será infinita, pero hay crímenes que tardan mucho en obtenerla! su justicia es inexorable!

—Dejémonos de sermones, y dime llanamente por qué te has vuelto.

Villalobos hizo un movimiento de cabeza como si dijera para sí:

—Ay! el corazón de este hombre está perdido!

Y luego contestó:

—He vuelto porque la noticia de mis crímenes me ha perseguido hasta Lima, y á causa de ellos, me han negado hasta un asilo para llorar mis culpas en la casa de Dios: el convento de los descalzos, cuyas reglas austeras habría abrazado con gusto para acallar mis remordimientos, me ha cerrado sus puertas! Por eso he venido; el superior me exige una constancia de que la participación que tuve en esa desgraciada conspiración de los presos de la cárcel, fué debida á la obediencia y no á mi perversidad. Y usted, señor, sólo usted sabe que yo no he obrado por mi propia determinación. Yo induje á conspirar á esos in-

... presos; pero fué por complacer á usted, ó más bien, por no desobedecer sus órdenes. ¿No es verdad, señor?

—Es decir que sólo has venido á pedirme que certifique tu inocencia, y traes el propósito de volverte al Perú?

—Sí, señor capitán, he hecho este largo viaje contando con la bondad de usted, que es el único hombre á quien puedo confiar mis pesares y de quien puedo esperar compasión.

—Has hecho muy bien en venir á mí, y llegas muy á tiempo. Principiaré por decirte que te encuentro enfermo del ánimo; y que estás muy equivocado acerca de la manera de juzgar las cosas. No creas que todo ha sido rosas para mí: yo también he tenido que sufrir bastante, y sin una fuerza de espíritu superior á la tuya, habría caído en el mismo estado de abatimiento que ofusca tu intelijencia. Los escrúpulos del Presidente Osorio causaron nuestra desgracia; él me obligó á enviarte á Valparaíso á la noche siguiente de la del motín, á pesar de la gravedad de tu herida, y ni aún consintió en que te curaras allá, sino que te hizo embarcar inmediatamente para Lima, á fin de hacerte pasar aquí por muerto, para acallar, según decia los clamores del pueblo, cuando, á decir verdad, nadie se quejaba de nuestra conducta. Ese hombre pusilámine veía vi-

siones en todas partes. También yo tuve que soportar el desprecio de muchas jentes que percibieron el mal pago que él me dió; y sufrí en silencio esperando mejores tiempos y ofreciendo á Dios mis amarguras. Todo tiene su término en esta vida; y al fin llegó el momento en que se me hiciera justicia; más que eso, en que se me felicitara por las mismas cosas que habían merecido la reprobación de aquel hombre. Lo que tú reputas crimen, es el mejor timbre de gloria que me ha servido para escalar el poder. Hoy, después del Presidente Marcó, no hay en Chile quien me haga sombra, y los mismos oidores de la real audiencia se inclinan delante de mí. ¡Dios es justo!

Villalobos elevó los ojos al cielo y juntó las manos en señal de admiración.

—¡Dios es justo! repitió.

Pero su tono y su ademán daban un valor muy distinto á esa frase que él consideraba una blasfemia en boca de San Bruno. Era como si le dijera:

—Dios ha sido justo conmigo; pero aún no ha sonado para tí la hora de la justicia.

El capitán comprendió el alcance de la exclamación de Villalobos, y se apresuró á decir:

—¿Acaso no pedimos á Dios continuamente la extirpación de las herejías? con-

tribuyendo á ella ¿no servimos los intereses de nuestra santa madre iglesia católica? ¿qué otra cosa son los insurjentes sino una gavilla de herejes?...

—¡Ay, señor! interrumpió Villalobos, no todos tienen la felicidad de mirar las cosas por ese lado! Qué feliz sería yo ahora si el superior de los descalzos de Lima se hubiera hecho las mismas reflexiones!

--Bah! él no sabe cómo se bila por acá! Ni qué entiende él de insurjentes! Oye, Villalobos: tú sabes que yo estoy bastante instruido en materias de relijión. Si el desempeño de mis empleos me dejara algunos ratos de ocio, entraría desde hoy mismo en una polémica teológica con ese padre superior, para probarle lo erróneo de sus teorías acerca de nuestra conducta con los insurjentes; y estoy cierto de que haría batir palmas en mi favor hasta al mismo rey don Fernando.

—Es muy posible, dijo Villalobos con un movimiento de hombros que denotaba alguna duda. Pero entretanto, la verdad es que muchos no son de esa misma opinión, y que no me atrevería á decir mi nombre en ningún lugar público de esta ciudad, por temor de que me atenacearan.

—Convengo en ello: los insurjentes te odian porque los has perseguido como merecen; y es muy probable que viéndote humillado y desvalido, se atreverían á ultra-

jarte. Pero otra cosa sería volviendo á ser lo que eras antes, ó más que lo que eras, pues ahora puedo hacer en tu favor cuanto desees; y ten entendido que te bastaría colocarte bajo mi protección para que nadie osara, no digo tocar uno de tus cabellos, ni aun mirarte con menosprecio. ¡Ya querría yo saber el nombre de quien se atreviera á dar esta prueba de decisión por los insurjentes!

San Bruno calló para tantear en el semblante de Villalobos el efecto de su razonamiento, y como lo viera con la vista fija en el suelo, como dudoso acerca del partido que debería adoptar,

—Vamos! agregó el capitán. Decírete: no sólo se sirve á Dios en la vida contemplativa, y es indudable que contraemos más mérito á sus ojos batallando contra los enemigos de la verdadera relijón y resistiendo de frente á las tentaciones del mundo. Haz lo que yo: pídele á Dios conformidad con tu suerte, y aplica por el bien de tu alma las buenas obras que hagas defendiendo los derechos divinos de nuestro rey y señor.

—Muy bueno está eso; pero ¿se acuerda usted, mi capitán, de aquel terrible juramento...?

—¿Cuál? ¿has hecho algún juramento de tomar los hábitos?

—¡Qué! no, señor! pluguiera á Dios que así hubiera sido: eso tendría remedio!

—Pues no sé á qué juramento te refieres.

—¡Ah! señor capitán! quién pudiera olvidar como usted! Pero, ya se ve, yo fuí el culpable, y los remordimientos de la conciencia mantienen vivos los recuerdos. Yo fuí el que juré ó hice jurar a varios soldados... ¡qué horror!... por la hostia consagrada! y al tiempo de alzarla en el altar el capellán de la cárcel!

—¡Ah! exclamó San Bruno con indiferencia, como dando poca importancia á los escrúpulos de Villalobos. Me acuerdo de ese juramento... pero estoy seguro de que había razón para hacerlo... ¿sobre qué fué?

—¡Había razón para jurar falso! Acuérdesse usted, mi capitán, que lo que juré fué ayudar á los presos en su motín, sublevarnos con ellos...

—En eso de ayudarles en su motín, no les has faltado puesto que tú les preparastes el camino alejando los centinelas, dejando á los presos en libertad de poderse reunir, ó instruyéndolos sobre lo que deberían hacer.

—Pero ¿nos sublevamos con ellos?

—No siempre se puede cumplir lo que se promete.

—Ay! pero por lo menos, al jurar, se tiene intención de cumplir.

—¿Y qué?

—Que cuando yo juré no abrigaba tal intención.

—Es decir que el pecado fué por falta de intención.

—Así es, señor capitán.

—Pero al obrar así abrigabas también una intención buena: la de descubrir a los conspiradores insurjentes.

—Sí, señor.

—He ahí compensada una intención por otra. Además de que el fin justifica los medios. Pero no quiero que te conformes con mi opinión, sin oír ántes al reverendo fray Francisco Quelez, de la Recoleta franciscana; él tranquilizará tu conciencia, estoy cierto, manifestándote el verdadero valor de tus culpas, que tú exajeraras, absolviéndote de ellas y exhortándote á continuar en el servicio de la sagrada causa del rey. La palabra de ese santo religioso acabará de decidirte, ya que has perdido la fe que antes tenías en la mía.

—No me culpe usted por eso, señor capitán; si usted supiera lo que son las tribulaciones de la conciencia, me compadecía en vez de ofenderse por mi modo de pensar. Quiero ir á consultar á ese sabio sacerdote, pero más bien por obtener mi absolución, que por buscar otros argumentos que los que usted me ha hecho contra la enormidad de mis culpas. Mas, ántes de

dar este paso y puesto que usted me invita á entrar en el servicio militar, querría saber qué clase de comisiones me encomendaría usted, qué habría que hacer, qué ventajas reportaría para el bien de mi alma, y en fin, cuál sería la posición que pasaría yo á ocupar: quiero ponerlo todo en conocimiento del que irá á ser desde ahora mi director espiritual.

Una imperceptible sonrisa plegó los labios de San Bruno, quien después de dar un paseo á lo largo del cuarto, volvió á pararse delante de Villalobos y dijo:

—No puedo prever cuáles sean las comisiones que haya de encargarte más tarde, ni tampoco querría que nadie se enterara de nuestros secretos: hay proyectos que suelen desbaratarse por falta de discreción. Al indicarte yo á ese religioso para tus consultas, me refería á las que sienten necesidad de hacer por tu conducta pasada, pero de ninguna manera á lo que tengas que hacer en mi servicio, pues que, por inocente que este sea, siempre gusto de reserva en todos mis actos. Por ejemplo, ahora trato de averiguar si es ó no un farsante cierto individuo cuya conducta me es sospechosa; tú podrías desempeñar esta comisión, que te impondría un viaje de algunos días; pero, más que todo, me importa el secreto: estas son cosas de política y de alta trascendencia. Ya compren-

des, pues, que no es cuestión de ir á consultar antes á nadie sobre si será ó no bueno lo que se va á hacer. Tengo otros á quienes dar esta comisión, que la desempeñarían con bastante intelijencia; así el alférez Tejeros...

—El sarjento, querrá usted decir.

—Ahora es alférez; me prestó ciertos servicios hace poco tiempo, y le he conseguido ese ascenso.

Los ojos de Villalobos brillaron de envidia.

—Y ya sabes que el título de alférez de nuestro rejimiento vale más que el de capitán de cualquier otro cuerpo.

—Así es, dijo Villalobos exhalando un suspiro.

—Decía, pues, que no falta de quien echar mano; pero, como llegas á tiempo y me has servido con lealtad é intelijencia, tendría gusto en ocuparte y en recompensar tus antiguos servicios junto con los nuevos que me prestes.

—¡Ay, señor! me colma de alegría la buena disposición de usted; pero reflexiono que mis enemigos, percibiendo mi presencia en Santiago, sólo me respetarían viéndome cargar los galones de alférez, que con más justicia que Tejeros podría yo reclamar.

—No te falta razón; y desde luego te

prometo tratar de satisfacer tus deseos. A la vuelta del viaje que debes hacer...

—¿A dónde he de ir?

—A Mendoza.

—¡Jesús me ampare!

—¿Te asustas?

—No es que me asuste, sino que me pongo bajo la protección del Redentor por lo que pueda tronar.

—A tu vuelta, espero tenerte ó los despachos de alférez ó algo mejor.

—Por supuesto que este negocio corre prisa.

—Cómo no! mucha prisa; y si no fuera porque tienes que confesarte con el guardián de la Recoleta, te exigiría que hoy mismo te pusieras en marcha.

—Si tanta es la urgencia, dijo Villalobos con tono compunjado, bien puedo postergar mi confesión. Dios tomará en cuenta el sacrificio que sólo hago por el deseo de ponerme luego en campaña contra los herejes.

—Así es: primero está la obligación que la devoción.

—¿Es que hoy mismo puedo partir?

—Precisamente.

—¿Qué es lo que hay que hacer?

—Llevar á Mendoza una carta para un señor del Castillo Albo que habita un pueblecito entre Mendoza y San Juan.

—Muy bien: hasta aquí no veo ninguna dificultad.

—Pues eso es todo.

—¡Cómo! ¿no me decía usted que se trataba de desenmascarar á un farsante?

—Pues ahí está el toque. Ha llegado aquí un clérigo que se dice enviado por el tal caballero, y yo tengo para mí que eso es un embuste.

---De manera que sólo tengo que entregar la carta, pedir la contestación y volverme.

—Nada más. ¿Cuántos días crees demorararte?

—Pondremos de quince á veinte días, por lo que pueda suceder.

—¿Por dónde piensas hacer el camino?

—Por Uspallata: llegaré hasta la Guardia llevando una orden de usted, para que el jefe me dé algunas instrucciones, y poder seguir desde ahí por algún camino extraviado.

---¿Y si no encuentras posibilidad de seguir hasta Mendoza sin ser sorprendido?

---Me finjiré un desertor, inventaré alguna fábula; en fin, no faltará estratajema.

—Cuidado! que los insurjentes viven muy alerta!

—Eso corre de mi cuenta.

San Bruno fué á su escritorio, sacó de la carpeta una carta lacrada, escribió algunas líneas en un papel, y en seguida en.

tregó ambas cosas á Villalobos diciéndole:

—Esta es la carta para Castillo Albo, y este papel un pasaporte para que puedas viajar sin estorbo y presentarte con él al jefe de la guardia de la cordillera.

Villalobos lo leyó antes de guardarlo.

Decía:

«El portador va de orden del presidente del tribunal de Vijilancia y Seguridad Pública».

Al pie tenía la firma del capitán y un sello con tinta roja.

—En cuanto á caballo, agregó San Bruno, tendremos uno aquí antes de diez minutos.

Salió al patio, llamó á un asistente y le dijo:

—Vé al cuartel por un caballo con montura de paisano.

En seguida, mientras el asistente volaba á cumplir la órden, volvió al cuarto y preguntó á Villalobos:

—¿Cuánto crees necesitar para el viaje?

—Cincuenta pesos, contestó aquél.

—Lleva ciento; siempre es bueno ir prevenido.

Y el capitán sacó de un cofre seis onzas españolas.

—Cámbialas por plata antes de salir de Santiago, dijo entregándolas al sarjento.

—Muy bien, mi capitán. Y ahora que estamos arreglados y que usted me dice que nada tengo que reprocharme en lo de la conspiración de la cárcel, ¿no le parece á usted justo que me preocupe de los que me han inferido agravios, para castigar sus maldades?

—¿De quiénes quieres hablar?

—En primer lugar, del que me hirió en la noche de la conspiración.

—¿Sabes quién fué?

—Presumo que usted lo averiguaría.

---Tienes razón. Mira.

El capitán se levantó el pelo del lado derecho é hizo ver á Villalobos la falta de una oreja.

—Esto es obra de la misma persona, dijo con rostro sombrío. ¿Te acuerdas de una mujer que el día del saqueo de Rancagua, encontramos en la casa de la familia Monterreal?

—¡Ella! exclamó Villalobos. Se llamaba Antonia; era una criada...

—Exactamente; pues ella fué la que te hirió y me marcó de esta suerte. Pero hay otro enemigo nuestro, causa principal de las desgracias que lamentamos. Ese es un hombre.

—No me lo nombre usted: sé de quién habla: Manuel Rodríguez.

—¡El mismo! dijo San Bruao rechinando los dientes.

— ¿Qué ha sido de ellos?

— Ambos deben estar en Mendoza. Procura averiguarlo, y si tienes noticias de ellos, veremos modo de vengarnos más adelante. Por ahora vale más que trates de venirte en cuanto obtengas la contestación de Castillo Albo. A tu vuelta, nos ocuparemos también de indagar el paradero de aquella joven Amelia que tuvimos en la cárcel después del sitio de Ranca-gua.

— Ah! la graciosa morenita... ¿Qué ha sido de ella?

— Se me ha escapado hace más de tres meses, y no sé dónde pára; mas, estoy seguro de que no ha pasado la cordillera. Debe andar en compañía de un tal Romero, que fué portero de palacio...; aquel hombre á quien hicimos azotar para que nos confesara cómo había llegado á su poder un pasaporte...

--- El pasaporte del endiablado Rodríguez.

--- Justamente.

— Con que ese tal Romero debe andar con la morenita?

— Así lo presumo; como también espero que á pocas dilijencias tú sabrás descubrirlos.

Pasados algunos instantes en que el capitán y el sarjento se ocuparon de algunos otros asuntos de poco interes, volvió del

cuartel el asistente trayendo el caballo que se le había encargado.

Villalobos se despidió de San Bruno, y salió de la casa cabalgando y diciendo para sí:

---¡Una plaza de alferéz! mi sueño dorado! En verdad que he representado bien mi papel de arrepentido. Págueme bien el capitán, y moriré sirviéndole. Después de todo, es un buen hombre.



CAPITULO II

PIMENTEL DA CUENTA DE SU COMISION

Rodríguez cumplió fielmente la promesa que había hecho al Presidente de estar de vuelta del viaje á Talca al mes justo de su partida.

Era, pues, el diez de Abril, y serían las diez de la mañana cuando un ujier abrió la puerta de la sala de despacho de Su Excelencia y anunció:

—El señor presbítero don Jerónimo Pimentel.

El Presidente lanzó una exclamación de gozo; arrojó la *Gaceta* del día, que á la sazón se ocupaba en leer, y se levantó de su asiento para salir al encuentro de Rodríguez, que se adelantaba con semblante risueño, haciéndole profundas cortesías.

—Venga usted acá! exclamó tomándole

una mano entre las suyas y llevándolo á un sofá, en donde lo hizo tomar asiento junto á él.

Rodríguez se admiraba de tantas demostraciones de cariño.

—¿Qué tal? se decía. Este hombre me idolatra! Si hubiera tardado un dia más, habría perdido el juicio!

—¿Cómo ha ido, pues? preguntó Marcó. ¿Viene usted contento? ¿ha conseguido lo que deseábamos?

—Enteramente, excelentísimo señor: algunas dificultades he tenido que vencer; pero todo se ha logrado.

—¡Magnífico! exclamó el Presidente resregándose las manos. Por acá hemos hecho algo también. ¡Oh! las medidas que acordamos aquel día nos han dado un resultado que sobrepuja nuestros deseos. La contribución se está cobrando á las mil maravillas, y los talaveras están contentísimos con las guardias que tienen que montar en casa de los contribuyentes morosos. Imagínese usted que á casi todo el rejimiento lo distribuimos en la ciudad, luego que usted se fué; instaláronse de á dos en cada una de esas casas, con amplias facultades para hospedarse en ellas cómodamente hasta que se les cubriera el recibo de la contribución. El clamoreo fué inmenso en los primeros días: mis antesalas se llenaban de solicitantes; pero yo había

dado orden de no permitir la entrada á ninguno que viniera por causa de la contribución; y ahí tiene usted que antes de ocho días, todas esas cuentas se hallaban canceladas y las arcas del reino en disposición de cumplir sus compromisos. Nueva distribución de los talaveras en otras casas, é igual éxito. Al presente quedan muy pocas cuentas sin pagar: no hay más de cincuenta talaveras ocupados en el cobro, y muy pronto vamos á enviarlos á los campos de los alrededores.

—¡Bueno! dijo Rodríguez.

—¡Pero la horca...! ¡oh! ¿la ha visto usted?

—He tenido ese gusto.

—¡Qué efecto tan prodijioso! Es de notar que el día antes de levantarla habían amanecido muertos dos talaveras en la calle del Rey; y esto sucedía con frecuencia, porque la jente del pueblo aborrece á estos pobres soldados sólo por el celo con que desempeñan sus servicios. Pues bien, desde que se puso la horca, paz y tranquilidad.

—¿No se lo decía á usted, excelentísimo señor?

—Por eso estoy contentísimo: ya usted sabe que mi único deseo, mi mayor anhelo, es mantener esto en quietud, para que Su Majestad no se forme mala idea de mi gobierno.

—¡Cabal!

—Ya he escrito á España dando cuenta de todos mis actos y principalmente de las medidas que acordamos entre los dos. No me he olvidado de hacer una recomendación especial de usted.

—¡Oh! gracias, excelentísimo señor; pero yo... no merezco tanto... ni deseo otra cosa que ser útil á Su Excelencia.

—Bueno, bueno! dejémonos de modestias: yo sé lo que usted merece, y á su debido tiempo hablaremos. En fin, cuénteme usted cómo se ha arreglado con esos bandidos; ¿mucho trabajo le han dado?

—Así, así... Supóngase su Excelencia que he estado á punto de ser arrojado á un pozo de veinte varas de profundidad.

—¡Hombre! qué dice usted!

—Lo que Su Excelencia oye.

—¿Y por qué era eso?

—¡Ah! no sabe Su Excelencia la que nos preparaban los bandidos! Aunque más bien, no eran los bandidos sino un tal Manuel Rodríguez...

—¡Manuel Rodríguez! ese es un insurjente...

—Sí, señor, un furioso insurjente.

—¿Y está en el sur con los bandidos?

—Estaba con ellos.

—Muchas veces he oído á San Bruno el nombre de ese individuo. Parece que es un desalmado...

—¡Un demonio! un hombre terrible! exclamó Rodríguez. Gracias á mi prudencia he podido escapar de sus manos.

—Aguárdese usted, señor Pimentel, dijo Marcó dando un golpe en un timbre del escritorio.

El ujier abrió al punto la puerta.

—¿Está ahí el capitán San Bruno? preguntó el Presidente.

—Sí, excelentísimo señor.

—Que venga pronto.

Mientras el ujier ejecutaba la orden, continuó Marcó diciéndole á Rodríguez:

—El capitán tendrá mucho gusto en tener noticias de ese hombre; por eso quiero que él oiga de su boca lo que usted va á decirme.

—Muy bien, señor, dijo Rodríguez, y ojalá sean de alguna utilidad para el señor capitán las noticias que puedo darle.

San Bruno entró á ese tiempo y alcanzó á oír las últimas palabras de Rodríguez, el cual se paró á esperar su saludo.

Se inclinó San Bruno respetuosamente delante de Marcó, y en seguida hizo á Rodríguez un ceremonioso movimiento de cabeza.

—¿Sabía usted ya la vuelta del señor Pimentel? preguntó Marcó.

—Sí, excelentísimo señor, la supe anoche por el jefe de una ronda que le hizo

exhibir su pasaporte al entrar á la ciudad. Parece que el señor no venía solo.

—Traía, en efecto, cuatro compañeros.

—Ya tengo los nombres de ellos, dijo San Bruno con un ligero aire de fatuidad.

—Se conoce que el tribunal de vijilancia está bien servido, observó Rodríguez.

San Bruno hizo un movimiento de cabeza que nada significaba y se volvió al Presidente diciéndole:

—Su Excelencia me llamaba...

—Para que usted oiga ciertas noticias que le han de ser gratas.

—¿Noticias que trae el señor presbítero?

—Le hablaba á Su Excelencia, dijo Rodríguez, de que en el sur había sabido que un insurgente llamado Manuel Rodríguez...

San Bruno hizo un vivo movimiento de sorpresa.

—¡Rodríguez! exclamó. ¿Está en el sur Manuel Rodríguez?

—Tengo esa seguridad, aunque no lo he visto personalmente.

—¿Pero usted ha sabido qué hace por allá? dijo Marcó.

—No sólo he sabido lo que hace, sino que lo he experimentado, pues he estado á punto de perecer á manos de él, como he tenido el honor de decirlo hace poco á Su Excelencia.

—Oh! oh! hizo el Presidente; cuéntenos

usted eso punto por punto. Siéntese usted, capitán.

Acercó San Bruno una silla y se colocó al frente de Rodríguez, que como sabemos, ocupaba el asiento de un sofá, al lado del Presidente.

—Rodríguez no permanece ocioso, dijo el joven, dándole importancia á sus palabras al ver el gran interés con que le escuchaban sus interlocutores.

—Ese es hombre de acción, observó San Bruno mirando al Presidente.

Rodríguez conoció que ante el interés de obtener noticias de tanta importancia, el capitán deponía ú olvidaba la rivalidad que hasta entonces lo había hecho manifestarse terco.

—Es tan audaz, continuó el joven, que se había conquistado la voluntad de los principales jefes de bandidos, y los instigaba á formar montoneras para hostilizar al gobierno.

—¡No es nada! exclamó el Presidente. Pero supongo que usted habrá desbaratado sus planes por completo.

—Indudablemente; y no me habría venido sin esa seguridad.

—¿Qué figura tiene el tal Rodríguez? preguntó Marcó.

—Yo no lo conozco, dijo Rodríguez.

—Es un hombre de más de veintiocho años, dijo San Bruno, alto, delgado, de re-

gulares facciones, de tez pálida; usa bigote y lleva la patilla cortada á la inglesa. Pero de poco sirve conocer su figura, porque se disfraza con mucho arte.

—Tiene usted razón, dijo vivamente Rodríguez, pues yo supe que andaba disfrazado de clérigo.

—¿Sí? preguntó admirado el Presidente.

—Ni más mi menos.

—Pero vamos á ver, ¿cómo se las ha compuesto usted con él?

—Muy sencillamente. Yo entré en tratos con... Me parece que puedo decirlo todo delante del señor capitán.

—Indudablemente, dijo Marcó.

—Entré, pues, en tratos con Neira, haciéndole ver las ventajas que le reportaría el cambiar de conducta y servir á las órdenes de Su Excelencia. El hombre es astuto, y manifestó desconfianza á pesar de haberle mostrado la autorización que Su Excelencia me dió. Sin embargo, estuvo bastante afable y me rogó que le concediese un día de plazo para tomar una resolución definitiva, porque, según decía, le era preciso consultarse con sus tenientes antes de proceder en un asunto de tanta importancia. Encontré esto muy justo, y accedí. Creo que á cualquiera le habría pasado lo mismo ¿no es verdad, señor capitán?

San Bruno hizo un jesto de aquiescencia, y Marcó dijo:

—Cierto. ¡Cómo negarse á una exigencia tan natural!

—Mucho menos, continuó Rodríguez, cuando vi la solicitud con que se me atendió y con que se apresuraron á prepararme una cama para que me hospedara. Yo estaba encantado de mis huéspedes, y ni me habría imaginado jamás que bajo aquel exterior cariñoso con que todos me agasajaban, se encubría la más negra perfidia.

—¡Cómo! exclamó el Presidente, ¿el mismo Neira lo engañaba á usted?

—Sí, excelentísimo señor: la cama que se me había preparado era una trampa que se abría sobre el pozo de que ya he tenido el honor de hablar á Su Excelencia.

Marcó se volvió á San Bruno exclamando:

—¡Un pozo de veinticinco varas de profundidad!

—Exactamente, dijo Rodríguez.

—¿Pero cómo pudo usted descubrir?...

—Por una casualidad. Neira tenía en su poder á una joven con quien pensaba casarse, una preciosa criatura de dieciocho años que causaría la envidia de cuantos la vieran.

—¿Cómo se ha hecho de esa maravilla?

—Eso es historia larga, que en otra ocasión contaré á Su Excelencia. Lo que ahora hace al caso es que esa joven pudo darme furtivamente un papelito en que me prevenía que no me acostara en la cama

porque me amenazaba un gran peligro. Esto me picó la curiosidad: examiné con prolijidad el lecho, y no pude descubrir qué peligro habría en acostarse en él, pues la trampa estaba perfectamente disimulada, y sólo se habría moviendo un resorte desde un cuarto contiguo. Para abreviar, diré solamente que, llegada la noche, tuve oportunidad de llevar en brazos y acostar en la cama á un bandido borracho que encontré durmiendo cerca de mi cuarto, y yo me puse en expectativa á cierta distancia de la cama, á fin de salir de dudas.

El Presidente no pudo menos de reirse con aquella ocurrencia.

—¡Bien ideado! exclamó. Sólo á usted se le ocurren estas cosas, señor Pimentel.

San Bruno permaneció impasible, y Rodríguez conoció el disgusto que le causaban los aplausos de Marcó, en un lijero fruncimiento de cejas que el capitán no cuidó de reprimir.

Para el Presidente pasó esto tan desapercibido, que concluyó por preguntarle:

—¿No es verdad, capitán, que el lance estuvo bien jugado? Pues ya me imagino lo que seguiría! Ja ja ja!

—Aún no veo qué ha tenido que ver en esto el insurgente Rodríguez, dijo San Bruno.

—Cada cosa á su tiempo, observó Rodríguez.

—¡Por supuesto! exclamó el Presidente. Veamos primero qué sucedió con el borracho.

—Ya no hay que decirlo, puesto que Su Excelencia lo ha adivinado. Los bandidos movieron el resorte y...

---¡Cayó al hoyo!... exclamó el Presidente. ¡Ja ja ja!

Rodríguez esperó que Su Excelencia dejara de reirse, y continuó:

—En cuanto satisfice mi curiosidad, formé mi plan y lo puse inmediatamente en práctica.

—Vamos á ver ese plan, dijo el Presidente formalizándose. No puede menos de ser famoso.

Rodríguez se inclinó para dar las gracias por el cumplimiento.

—Los bandidos, dijo, no acudieron pronto á ver el resultado de su obra, tan seguros estaban del buen éxito. Gracias á esto, me fué fácil salir de mi cuarto sin ser sentido é irme al que ocupaba la hermosa joven á cuya mano aspiraba el capitán de la banda. Ya había yo sospechado que ella no estaría allí por su voluntad, desde que había conspirado contra las intenciones de los bandidos poniéndome sobre aviso. Dicho y hecho: la joven aceptó con toda su alma la oferta que le hice de facilitarle la fuga, y acto continuo, apoderándome de dos caballos ensillados, lo que me fué fácil,

pues los bandidos siempre tienen listas sus cabalgaduras, partimos sijilosamente y sin ser sentidos á causa del ruido de las aguas del Claro, á cuya marjen nos hallábamós. Galopamos hasta Molina sin dar más tregua á los caballos que la necesaria para que tomaran aliento, y durante el camino la joven me fué instruyendo de lo que pasaba entre los bandidos. Ese tal Manuel Rodríguez era el que había hecho entrar en sospechas al capitán Neira acerca de mis propuestas, y tales habían sido las razones que había aducido, que sin más auto ni traslado, los bandidos decidieron mi muerte. En fin, no me detendré á contar minuciosamente cuanto hablamos, y sólo diré que en vista de ello, resolví dejar á la joven en Molina y volver solo á tratar de obtener una entrevista con el capitán de los bandidos.

—¿Y no temía usted que esos bárbaros lo despedazaran vivo? preguntó el Presidente.

—Eh! ya llevaba yo mi plan formado. Va á juzgar Su Excelencia. Antes de llegar al lugar en que ellos residen, encontré á Neira con tres de los suyos: andaban buscando á la joven y al hombre que había caído en la trampa en lugar mío: creían que los dos se habían fugado juntos. Dejo á la consideración de Su Excelencia el juzgar cuál no sería la sorpresa de aque-

hombres al verme vivo y saliéndoles al encuentro con tanta tranquilidad.

—Ya me lo imagino, dijo riéndose el Presidente.

—Caballeros, les dije yo sin darme por entendido de su asombro, ustedes dispensarán la libertad que me he tomado de montar en este caballo para dar un paseo por estos alrededores. La mañana amaneció tan pura, el cielo tan despejado y yo de tan buen humor, que no pude contenerme.

Neira se había acercado á mí de modo que nuestros caballos se acariciaban mutuamente, restregándose la cabeza el uno en el pescuezo del otro.

Los demás bandidos me rodearon.

—¿Dónde ha dejado usted á su compañera? me preguntó Neira con un tono de perdonavidas.

Me sonreí entonces con cierto aire de buena fe y le dije:

—Mi compañera, es decir, la presunta esposa del capitán Neira, se halla en poder de tres hombres que me son enteramente adictos y que tienen orden de atentarse contra la vida de ella si mañana al anochecer no estoy de vuelta en Molina, donde los he dejado.

El bandido se quedó mirándome con profundo estupor.

—De manera, continué, que esta noche

podré dormir con tranquilidad, seguro de que no me ha de tragar esa endemoniada cama que á vista y paciencia mía se ha merendado anoche á un compañero de usted.

—¡Por San Pedro! dijo el Presidente, interrumpiendo á Rodríguez, es usted un hombre de mucha calma! Yo, á fe de mi grado de mariscal, no habría cometido la imprudencia de irme á entregar inermes á esos desalmados!

—Ah! bien conocido tenía yo el terreno: la joven me había dicho que Neira estaba loco por ella. Y tan cierto era, que bastó mi intimación para obtener un cambio completo en el ánimo del bandido. Para terminar de una vez, diré á Su Excelencia que desde ese momento se me rindió á discreción: tuvimos una larga conferencia á solas en que me manifestó ser cierto que el insurgente Rodríguez le había aconsejado deshacerse de mí, como también lo instigaba á formar guerrillas para atacar las poblaciones del sur.

—Pero, hombre, volvió á interrumpir Su Excelencia, una cosa me admira mucho.

—¿Cuál, excelentísimo señor?

—¿Cómo es que habiendo llegado á tal punto su ascendiente sobre el bandido, no le puso usted la condición de que le entregara á Rodríguez en cambio de su dama?

—Sí tal, excelentísimo señor, no me olvidé de eso; pero el muy zorro de Rodríguez es tan ladino, que cuando llegamos al punto en que debíamos encontrarlo, había puesto pies en polvorosa. ¡Qué sé yo cómo olió la que le guardábamos! Lástima fué! yo habría querido traérselo á Su Excelencia atado de pies y manos, para que el señor capitán San Bruno le hubiera dado su ración de trabajo en el castillo del Santa Lucía. Pero no pierdo la esperanza... Neira ha quedado obligadísimo.

—¿Y tiene usted confianza en las promesas de ese hombre? preguntó San Bruno.

—Ninguna absolutamente: y por eso es que no me he venido á manos vacías.

—¿Cómo? ¿qué es lo que ha hecho usted? preguntó Marcó.

—Me he traído á la dama.

—Hola! eso está muy bueno!

—Ya ve Su Excelencia que no he andado desprevenido. En presencia de la joven me ha hecho la promesa de desenterrar á Rodríguez y entregármelo mansito. Si al cabo de seis meses no lo ha podido conseguir, debe rendirme pruebas fehacientes de que no ha sido por omisión de parte de él. Además, la retención de la joven me asegura el cumplimiento de todos los pactos hechos con el bandido: cualquier deslealtad me desliga de la promesa que le he hecho de devolvérsela.

—Pero ¿dónde tiene usted á la joven? preguntó San Bruno.

—Ese es secreto mío, que sólo podré comunicar á Su Excelencia en privado. Me liga un juramento acerca de esto, y el señor capitán debe excusarme: en otra circunstancia no tendría yo la menor reserva.

—Los que venían con usted anoche eran cuatro hombres, insistió San Bruno.

—Efectivamente, cuatro hombres; y para decirle á usted la verdad, no negaré que eran cuatro bandidos que me han servido de escolta.

—¿Dónde los ha alojado usted?

Rodríguez se volvió al Presidente con aire de resentimiento:

—Señor, le dije, me parece que he dado hasta aquí bastantes pruebas de adhesión á Su Excelencia para que se me excuse de revelar ciertos secretos que á nadie perjudican.

—Es muy justo, dijo Marcó; y comprendo muy bien que usted necesite de libertad en sus actos. Deje usted, capitán, sus escrupulosas averiguaciones para otros, y no se preocupe tanto de los buenos servidores.

—Sí, pues! repuso Rodríguez; ¡qué diantres! alguna confianza se ha de dispensar á un hombre que, como yo, ha tenido la

vida en un pelo por salir bien en una empresa ardua y de preciosas consecuencias para la causa de nuestro rey y señor.

San Bruno se mordía los labios reprimiendo su despecho.

—No es tampoco un misterio lo de esos hombres, continuó Rodríguez, pues no hay inconveniente para decir que todos cuatro se marcharon hoy muy de mañana; pero podría haberlo sido, y por eso he reclamado la bondad de Su Excelencia en mi favor.

—Disculpe usted al capitán, dijo el Presidente; el celo con que me sirve y los deberes de su cargo, lo impulsan á ser tan exigente con todos.....

—¡Eso es muy bien hecho! me gusta! dijo Rodríguez y ojalá pudiera yo algún día llegar á merecer tal concepto de Su Excelencia.

—Estoy altamente agradecido á los servicios de usted, repuso el Presidente; y aún sin la importante recomendación del señor del Castillo Albo, sobra lo que usted ha hecho hasta aquí para conquistarse mi mayor aprecio.

San Bruno se levantó para retirarse á tiempo que Rodríguez decía:

—Su Excelencia me confunde y no hallo cómo manifestar mi reconocimiento; sólo falta para colmar mi dicha el obtener

del señor capitán igual favor que el que Su Excelencia me concede.

—¡Oh! dijo Marcó, ¿por qué no habría usted de contar con la estimación que deben inspirarle al capitán mis buenos servidores?

Y dirigiéndose á San Bruno:

—¿No es verdad, capitán? preguntó.

—Señor, dijo éste, Su Excelencia no debe poner en duda que yo siempre seré amigo de los leales defensores de Su Majestad el rey don Fernando.

Para Rodríguez no pasó desapercibido el alcance del significado de aquella frase, y dijo en su interior:

—Este hombre desconfía de mí.

Marcó, por su parte, quedó enteramente satisfecho con la contestación, y repuso:

—Me costaría trabajo creer lo contrario.

San Bruno dijo:

—Con el permiso de Su Excelencia, voy á ocuparme de mis quehaceres.

Se inclinó en seguida ceremoniosamente haciendo un saludo que apenas se dirigió á Rodríguez, y salió de la sala con la frente contraída por el furor.

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA NACIONAL

"JOSE TORIBIO MEDINA"

CAPITULO III

LAS ARCAS REALES SE ABREN PARA RODRIGUEZ

Luego que salió el capitán San Bruno, Marcó dijo á Rodríguez:

—No extrañe usted la seriedad del capitán; es así por carácter.

—Así parece; es hombre de pocos amigos, contestó el joven. Sólo temo una cosa de él.

—¿Qué cosa?

—Su Excelencia ha visto el disgusto que le han causado las reservas que he hecho acerca de esa joven.

—No lo he notado; pero nada tiene él que ver en esto.

—Sin embargo, al señor San Bruno le mortifica el que no me haya franqueado completamente; y por otra parte, quizá se

ofende de ver que Su Excelencia... me dispensa tantas bondades...

—¡Ah! sí, bien pudiera ser.

—Lo que temo es, pues, que trate de indisponerme con Su Excelencia.

—No tenga usted cuidado; ¡qué podría hacer él en cuanto á sso!

—Lo digo porque es tan fácil hallar pretextos... En fin, Su Excelencia tendrá presente lo que acaba de pasar, y en cualquier emergencia no se dejará llevar de la primera impresión. Ahora me resta dar cuenta á Su Excelencia de lo que he omitido delante del capitán.

—Ciertamente: eso me interesa. ¿Qué ha hecho usted de la prometida del bandido Neira?

---La he traído á Santiago: es demasiado linda para confiarla á manos extrañas; y Su Excelencia comprenderá que debo evitar el caso de verme en un compromiso cuando sea necesario devolvérsela al capitán Neira, ó más bien, al comandante, pues le he dado este título á nombre de Su Excelencia.

---Bien hecho: eso le habrá halagado un poco.

---Mucho, excelentísimo señor.

- ¿Y en qué casa ha colocado usted á esa joven?

---En la misma posada en que yo me hospedo. Ella era uno de los cuatro hom-

bres con que he entrado anoche á la ciudad: no me pareció conveniente viajar con una mujer; un sacerdote... ya comprende Su Excelencia; eso habría llamado la atención, y valía más que nadie se apercibiera.

—¿Dónde piensa usted colocar á la joven? Porque no es posible que permanezca donde está.

—Ya he pensado en eso, excelentísimo señor; y creo que lo mejor será tomar alguna casa en arriendo é instalarla en ella con una sirvienta que ha venido acompañándola.

—Me parece muy bien; arriende usted por mi cuenta esa casa... ¿Tiene usted dinero?

Rodríguez afectó un aire de cortedad para decir:

—No mucho, excelentísimo señor; el viaje me ha demandado algunos gastos, y los bolsillos no iban muy bien provistos...

—Oh! yo me olvidé de hacer dar á usted lo necesario. Estos son gastos que deben salir de las arcas nacionales; y usted debió haberme advertido antes de irse... En fin, ya está hecho. Felizmente, ahora las arcas están repletas. Le decía, pues, á usted que arrendara una casa y... será preciso ponerle muebles, un menaje decente. No me gustaría que al volver esa joven al poder de Neira pudiera decir que no la hemos atendido como debiéramos. Usted se

encargará, pues, de instalarla convenientemente.

—Muy bien, excelentísimo señor.

—Muebles modernos: no me gustan las antiguallas.

El «no me gusta» hizo sonreír disimuladamente á Rodríguez: ¿qué tenía que ver el gusto de Su Excelencia con muebles destinados al uso de otra persona?

—¿En qué barrio piensa usted tomar casa? preguntó Marcó.

—Al sur de la Cañada, dijo Rodríguez. Así se llamaba entonces el paseo de las Delicias.

—Es muy lejos, repuso Marcó. Sería conveniente buscar más cerca: así estará mejor vijilada. ¿No teme usted que Neira haga algunas tentativas para apoderarse de ella?

—Bien pudiera suceder...; pero es muy difícil que descubra su paradero, pues pienso tomar buenas precauciones para ocultarla.

—Procure usted encontrar casa en alguna calle de poca población y no muy distante de aquí.

—Así lo haré, señor.

El Presidente fué á su escritorio y escribió algunas líneas.

En seguida le entregó á Rodríguez un pliego, diciéndole:

—Aquí tiene usted, señor Pimentel, un

bono de mil pesos contra la tesorería. Gaste usted de ahí en amueblar la casa, y si no es bastante, me avisa.

—Voy á ocuparme luego de eso, dijo Rodríguez tomando su sombrero. Trataré de que todo quede arreglado en esta semana.

—Al fin, no me ha contado usted la historia de la joven.

—Es mejor que la oiga Su Excelencia de boca de ella misma.

—Sí; tengo curiosidad de conocerla. ¿Cuándo la podré ver?

—En cuanto esté instalada en la casa, vendré á ver á Su Excelencia para que vayamos.

—Iremos de noche, y de manera que nadie sepa.

—Muy bien, excelentísimo señor.

—Yo haré preparar hoy la contestación á Castillo Albo. ¿Cuándo podrá usted enviar á Mendoza?

—Cuando Su Excelencia ordene. Para eso sólo tengo que ir á una legua de Santiago á verme con el mensajero.

—¿Es hombre seguro?

—Indudablemente. Sólo que es preciso pagarle bien el viaje.

—Eso no importa con tal que sea fiel.

—Venga usted mañana por la correspondencia y el dinero necesario para ese hombre.

Rodríguez se despidió y salió del despacho.

En las antecámaras encontró á varios cortesanos que lo saludaron con grandes atenciones.

El joven correspondió á todos con finura y amabilidad, pero no se detuvo á conversar con ninguno de ellos a pesar de que conoció que algunos ardían en deseos de estrechar relaciones con él.

Saliendo de palacio, se dirigió á la casa de Lagunas en la Cañadilla, sin descuidarse en observar que nadie siguiera sus pasos; pues calculaba que San Bruno había de tratar de expiarlo en sus menores actos.

Sin embargo, nada notó que verificara sus sospechas.

En la casa de Lagunas, y no en una posada, como el mismo Rodríguez había dicho, era donde se había hospedado con Amelia, Antonia, Ruperto y Neira, que eran los cuatro compañeros de que San Bruno tenía noticias.

Rodríguez había aprovechado bien el viaje de regreso, pues se había puesto en relación con un gran número de patriotas en las provincias de Curicó y San Fernando.

Era por esto que había tardado un mes en estar de vuelta en Santiago.

Habían viajado los cinco á pequeñasjor-

nadas alojándose en haciendas de patriotas conocidos, á todos los cuales Rodríguez recomendó á Neira, comunicándoles sus proyectos y reclamando sus auxilios para los casos necesarios.

Algunos de estos patriotas, los más entusiastas, no se contentaron con ofrecer dinero, caballos y armas, sino que se comprometieron á levantar pequeñas montoneras que debían ir á engrosar las fuerzas de Neira cuando éste lo reclamase.

El entusiasmo se había despertado en todos los campos visitados por Rodríguez, y se hacían infinitos aprestos para la revolución.

Neira debía volverse pronto al sur, é inmediatamente comenzaría á organizar sus partidas.

En cuanto al alojamiento de éste en la casa del tío de Lagunas, nos hallamos en el deber de dar algunas explicaciones.

No habrá olvidado el lector que Rodríguez llevaba una carta de introducción para el capitán de los bandidos, suscrita por el auciano.

Las circunstancias inesperadas en que se había encontrado Rodríguez la noche de su encuentro con Neira, hicieron innecesario el uso de dicha carta; pero ántes de llegar á Santiago, Rodríguez creyó prudente prevenirle al capitán en qué casa pensaba hospedarse, y como se sorprendiera éste al

oir el nombre del anciano, Rodríguez le dijo:

—Me parece que ese señor ha tenido algunas relaciones con usted, pues al salir de Santiago me dió una carta de recomendación... Aquí la tiene usted; no había hecho uso de ella porque las cosas han pasado de otro modo.

Neira tomó la carta y leyó lo que sigue:

«Estimado señor Neira:

El portador es un amigo á quien aprecio, y me permito rogar á usted, en virtud de las demostraciones afectuosas que le he merecido, se sirva dispensarle las mismas atenciones que usted concedería á su afectísimo amigo y seguro servidor

Cosme Lagunas.»

Después de leer, Neira se había quedado pensativo por algunos instantes, y al fin le había dicho á Rodríguez:

Este caballero le habrá contado á usted qué clase de relaciones nos ligan.

—Me ha dicho que es su amigo, dijo Rodríguez sin afectación; que había recibido una visita de usted, y que conservaba muy buenos recuerdos de su amabilidad.

—¿Nada más? preguntó Neira maliciosa-

mente y mirando á Rodríguez de hito en hito.

—Le aseguro á usted que no, contestó éste con finjida sorpresa, como si no comprendiera la causa de tanta insistencia.

—Pues sepa usted, dijo Neira, que este caballero tuvo en vez pasada la bondad de prestarme unos tres mil pesos. Le soy deudor por esta cantidad, y ya que vamos á Santiago, tendré gusto en verlo para convenir con él en las condiciones del pago.

Rodríguez comprendió, con secreta alegría, el buen efecto que había hecho en el ánimo del capitán la jenerosa conducta que suponía en el anciano, y dijo:

—Justamente, vamos á hospedarnos á la casa de ese señor.

Neira no recibió de mal talante esta nueva, y Rodríguez pudo contar como cosa segura la restitución de los tres mil pesos que el anciano creía perdidos.

En efecto, en cuanto habían llegado á la casa de éste, Neira se apresuró á pedir una entrevista á solas con el señor Lagunas, y se habían entendido tan bien, que uno y otro quedaron mutuamente satisfechos.

Neira había querido firmar una obligación á corto plazo por los tres mil pesos; pero el anciano se resistió á aceptarla, prefiriendo contar con la palabra del comandante; y además, autorizólo para invertir mil pesos en pertrechos de guerra.

CAPITULO IV

LOS GASTOS SECRETOS DE SU EXCELENCIA

La más cordial armonía reinaba, pues, entre el dueño de casa y sus huéspedes.

Rodríguez era el alma de aquella feliz concordia y por todos respectos ejercía un gran ascendiente sobre todos sus amigos.

Hallábase en la casa, de vuelta de su viaje á Quillota, el joven Ventura Lagunas, quien comunicó á Rodríguez noticias muy satisfactorias de la buena disposición en que se hallaban los insurjentes de aquel departamento para secundarlo en sus proyectos.

Picarte y La Fuente habían pasado á Valparaíso y no tardarían en regresar á Santiago.

Rodríguez, de vuelta de palacio, comunicó á sus amigos el resultado de su conferencia con Marcó, y se puso de acuerdo con ellos sobre lo que debería hacerse.

Lagunas, el joven, se encargó de buscar una casa para Amelia; Ruperto recibió la orden de prepararse para salir al día siguiente para Mendoza, y el mismo Rodríguez se reservó la diligencia de comprar muebles.

Neira debía entretanto visitar los alrededores de Santiago y en particular la herrería del camino del Resbalón, para dar órdenes consiguientes á su pacto con Rodríguez.

Los bandidos que vivían dispersos en los campos vecinos á la capital y que sólo se reunían cuando eran requeridos por su jefe, debían ahora ir á engrosar la partida de Cumpeo. Sólo quedaría el herrador en su paesto para obrar conforme á las órdenes que recibiera y conservar así un punto de reunión para los casos dados y de hospedaje para los mensajeros.

Rodríguez se reservó la compra de los muebles, porque tenía un plan formado á este respecto.

Quería él economizar el dinero de Marcó, para darle una parte á Neira y enviar otra al jeneral San Martín, por vía de auxilio para la guerra.

A fin de obtener muebles sin menosca-

bar su capital, había pensado hacer uso del crédito que le daba su posición de privado de Su Excelencia. Ya sabía que el nombre de don Jerónimo Pimentel gozaba de algún prestigio, no sólo entre los cortesanos sino también entre los amigos de éstos, quiénes á su turno hacían cundir la fama de su privanza. No le sería difícil, pues, explotar su situación y sacar un buen partido de ella, ocurriendo á casas de mercaderes españoles, únicos á quienes no tenía Rodríguez escrúpulo en inferir un mal.

Conforme á tales propósitos, Rodríguez esperó el día siguiente y fué á palacio á la hora que calculó encontrar mayor número de cortesanos en las antesalas.

Allí trabó conversación con algunos de ellos; so pretexto de avisarles que en la tarde debía despachar un mensajero para Mendoza con la contestación de Su Excelencia al señor Castillo Albo, y que los que quisieran aprovechar aquella oportunidad debían apresurarse á escribir sus cartas y á solicitar la venia de Su Excelencia para remitirlas.

La noticia se esparció pronto entre los circunstantes, y muchos se acercaron á Rodríguez, más por el deseo de estrechar relaciones con él, que por tomar datos acerca de la hora en que debía estar pronta la correspondencia.

Esto era lo que deseaba Rodríguez, y en cuanto se vió rodeado de los personajes de más categoría, dió un nuevo jiro á su conversación hasta llegar á tratar de lo mal alojado que se hallaba y de que, siendo cosa resuelta su permanencia en Santiago por mucho tiempo, pensaba comprar y arrendar una casa. Como era natural, los más solícitos se empeñaron en hacerle indicaciones acerca de los mejores barrios y en darle noticias de las personas á quienes debía dirigirse.

De la casa se pasó á hablar del menaje.

Rodríguez manifestó que en cuanto á eso se encontraba embarazado, pues no conocía el comercio de Santiago y era muy ignorante en precios. El quería un menaje escojido: no sabía á quién dirigirse y temía que los comerciantes abusaran.

Dos de los cortesanos, que se habían dado por muy inteligentes en la materia, se ofrecieron para acompañarlo á casas de mercaderes conocidos, y recomendarlo como buen parroquiano.

Esto era cuanto Rodríguez deseaba. Convinó con sus nuevos amigos, pues por tales se le habían dado, en una hora conveniente para hacer su excursión al comercio, y se despidió de ellos para entrar al despacho del Presidente.

Ya había éste escrito una larga carta pa-

ra Castillo Albo, y no había querido lacrarla por aguardar á Rodríguez para enterarlo de su contenido.

En ella daba las gracias á aquel señor por el importante servicio que le había hecho proporcionándole un consejero utilísimo y un hábil servidor para las circunstancias difíciles que atravesaba el reino.

Dábale parte de las medidas adoptadas de acuerdo con don Jerónimo Pimentel y de los magníficos resultados obtenidos hasta allí gracias á su preciosa intervención.

Rogábale encarecidamente que no se descuidara en comunicarle con la frecuencia posible todas aquellas noticias de algún interés para Chile; que lo tuviera al corriente del estado del ejército de San Martín, de los proyectos y medidas de este jefe, y de cuanto maquinaran los insurjentes de Mendoza contra el Gobierno español.

Por fin, después de darle los más sentidos pésames por las desgracias que le había acarreado su fidelidad al rey, lo exhortaba á soportarlas con paciencia, ya que le era dado, á lo menos, ser útil á tan santa causa en la medida que las circunstancias se lo permitían.

Rodríguez dió las gracias á Su Excelencia por los inmerecidos elogios que de él hacía en la carta, y le suplicó que agregara una potsdata encargándole á Castillo Albo

que tuviera cuidado de averiguar si llegaba á Mendoza el insurgente Manuel Rodríguez.

Marcó se sonrió diciéndole:

—¡Ah! ah! no puede usted conformarse con que se le escape ese tunante!

—No dormiré á gusto mientras no logre hacerlo atrapar, dijo Rodríguez con calor.

El Presidente puso la potsdata, y en seguida llamó á un empleado para que lacrara y timbrara el cierro de la carta.

—Junto con ésta, dijo Rodríguez, irán las demás cartas que Su Excelencia permita enviar.

—Sí; avíseles esto usted mismo á los que recibieron correspondencia de Castillo Albo.

—Ya lo he hecho, excelentísimo señor; pero les he dicho que obtengan previamente la venia de Su Excelencia.

—Perfectamente: yo pondré mi rúbrica en el sobre de las cartas que usted deba admitir. ¿Ha visto ya usted al mensajero?

—Sí, señor; y esta noche debe venir por la correspondencia.

—¿Cuánto hay que darle por cada viaje?

—Doscientos pesos, excelentísimo señor. El hombre dice que ama mucho el servicio de nuestro rey, pero tiene familia, y quiere dejar algo á sus hijos en caso que caiga en manos de los insurjentes.

—Es justo: la empresa es peligrosa, y en algo se ha de estimar la vida.

—Lo mismo que Su Excelencia pensaba mi amigo Castillo Albo; pues cuando yo le manifesté mi designio de venir á Chile, él me dijo que hacía cuatro meses que buscaba, sin poder hallar, un hombre que quisiera hacer el viaje por trescientos pesos.

—Es una ventaja entonces ésta para nosotros y para él.

—Indudablemente, excelentísimo señor; los bienes de fortuna de Castillo Albo son ahora muy reducidos, y me agradecerá mucho que yo le proporcione la oportunidad de poder enviar nueva correspondencia con sólo el gasto de doscientos pesos.

—¡Cómo! ¿él va á tener que gastar otros doscientos para poder contestar?

—Sí, señor, el mensajero cobra por viaje. Pero no se preocupe Su Excelencia por eso; es cosa convenida con mi amigo...

—¡Oh! de ninguna manera! yo no quiero serle gravoso á ese leal caballero. Usted pagará aquí los cuatrocientos pesos de ida y vuelta... Ah! otra cosa: yo encargo en mi carta al señor Castillo Albo que procure enviarme correspondencia frecuentemente; y puesto que sus [negocios han sufrido, será necesario enviarle fondos para que los destine al pago de mensajeros y gratificación de algunas jentes que le ayu-

den á espiar las operaciones del enemigo.

—Quizá se va á ofender mi amigo: él es tan desprendido...

—¿Cree usted que se ofenderá?

—¡Hum!... A no ser que se le explique el objeto y se le diga que, siendo esto un servicio á la nación, ella debe costearlo y...

—Sí, pues; usted mismo le escribirá... ¿Podrá llevar el dinero el mismo portador de las cartas?

—Sin cuidado alguno, señor.

—Sólo que sería bien sensible que cayera en poder del enemigo.

—¡Ah! lances son estos de la guerra: el jefe prudente toma sus precauciones para operar; mas no se queda á brazos cruzados por temor á los riesgos.

—Tiene usted razón: mil lances más arriesgados que éste he emprendido yo en las guerras de España. Quien no se aventura, no pasa la mar.

Diciendo esto, Marcó tomó la pluma y se dispuso á escribir.

—¿Su Excelencia va á extender una orden de pago? preguntó Rodríguez.

—Sí; por la cantidad de dos mil cuatrocientos pesos. Dos mil para Castillo Albo y cuatrocientos para el mensajero.

—Tenía que hacer presente á Su Excelencia que los mil pesos del bono de ayer no van á alcanzar para los muebles. Hoy he recorrido algunas mueblerías, y siguien-

do las indicaciones de Su Excelencia, me he fijado... en los artículos más modernos... de buen gusto.

—¿Y qué?

—Que los comerciantes de Santiago ponen un precio muy subido á sus mercaderías.

—¿A cuánto calcula usted que ascenderá el gasto?

—Al doble de lo que Su Excelencia había creído.

Marcó gustaba de darse los aires de generoso, y al punto dijo:

—Agregaré á este bono mil pesos más, que hacen por todo...

—Tres mil cuatrocientos pesos, dijo Rodríguez.

—Ayer me olvidé de poner algo más, para que usted reembolse los gastos que le ocasionó su viaje á Talca.

—Oh! no se hable de eso, excelentísimo señor.

—¡Cómo no! además de que usted está gastando en el hospedaje de esa joven y... En fin, me gustan los números redondos. Pondré esta orden por cuatro mil pesos.

—Agradezco mucho á Su Excelencia; pero sólo acepto por no contrariarlo. A propósito de hospedaje, se me ha ocurrido una nueva idea para desvanecer toda sospecha en caso que Su Excelencia quiera visitar á esa joven....

—Veamos.

—Como también me era preciso dar alguna disculpa á los que me vieran comprando muebles... Su Excelencia ve que en Santiago todo se sabe...

—Sí; ya estoy.

—Pues bien, he esparcido la voz de que pienso establecerme en Santiago.

—Bien hecho: puede usted vivir en la misma casa que tome para ... Aún no me ha dicho usted el nombre de esa joven.

—Yo mismo no lo sé, excelentísimo señor.

—¡Cómo! ¡no ha tenido usted curiosidad de preguntarle á ella misma!

—Sí, señor, muchas veces; pero se niega á decir su nombre. Ultimamente me dijo: «Llámemme usted como le plazca».

—¡Qué gracioso! He ahí un misterio que pica la curiosidad. ¿Le ha dicho usted que yo quiero conocerla?

—Sí, excelentísimo señor, ayer mismo se lo di á saber.

—¿Qué dijo?

—Se manifestó muy complacida, tanto como está de disgustada conmigo por el pacto que he celebrado con Neira, pues teme que llegue el día en que tenga que volver á su lado.

—Tiene mucha razón.

—Ella confía, sin duda, en que Su Excelencia le evitará tal desgracia.

Marcó se sonrió plazeramente, al mismo tiempo que ponía en manos de Rodríguez el bono firmado por la cantidad de cuatro mil pesos.

Poco después salía éste del despacho y se detenía delante de algunos personajes á anunciarles que Su Excelencia rubricaría el sobre de las cartas que debían ir á Mendoza.

Al atravesar otra sala, encontró al paso á los dos caballeros que se le habían ofrecido para acompañarlo á las tiendas de muebles, é intencionalmente les dejó ver el bono de cuatro mil pesos que tenía en la mano.

—Voy á cumplir una comisión de Su Excelencia, les dijo; tengo que cobrar este dinero en tesorería y ocuparme toda la tarde en despachar el correo para Mendoza. Dejaremos, pues, para mañana por la mañana nuestra diligencia; nos veremos aquí mismo.

Y se retiró despidiéndose de ellos con un cordial apretón de manos.

Fuese en seguida á las Cajas, que así se llamaba el edificio en que estaba la tesorería, hoy palacio del intendente; y allí se hizo cambiar los dos bonos de Su Excelencia en relucientes onzas españolas.

La cantidad debía imputarse á gastos secretos del excelentísimo señor Presidente, y Rodríguez notó con interior regocijo el

gran efecto que causaba en los empleados de tesorería la orden de que era portador. Indudablemente, á todos se les figuraba que aquel dinero era para el uso exclusivo de don Jerónimo Pimentel, cuyos eminentes servicios lo habrían hecho acreedor á tan magnífica gratificación.

Rodríguez hizo que un cargador le llevara el dinero á la posada del Príncipe de Asturias, en la calle de Santo Domingo, en donde tenía tomado un cuarto desde el día anterior, para hacer perder la pista á los que pudieran expiarlo.

Pasó allí dos horas largas escribiendo una carta de algunos pliegos á San Martín, otra para Las Heras en que pedía noticias de todo lo que pudiera interesarle, é incluía una para el sirviente que había dejado en Mendoza, y por fin, un billete de cortas dimensiones para doña Irene, la madre de Corina y de Ricardo Monterreal.

Concluida esta tarea, se echó á los bolsillos el oro que cupo en ellos, aseguró con llave la puerta de su cuarto, dió parte al hotelero de que guardaba en él valores considerables, y salió de la posada con ojo avisor.

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"JOSE TORIBIO MEDINA"

CAPITULO V

¡ERA UN TALAVERA!

Apenas tendió la vista Rodríguez por la calle, divisó en la esquina inmediata un hombre de manta, que echó á andar tras él guardando una considerable distancia.

Fácil es seguir sin ser visto á una persona desprevenida; pero toda precaución es inútil cuando se está sobre aviso.

Rodríguez torció calles é hizo varias pruebas para convencerse de que aquel hombre seguía sus pasos, y cuando ya no le quedó duda, se puso á discurrir lo que debería hacer para burlarlo.

Por supuesto que, mientras andaba, ponía todo esmero en no darse por entendido de que hubiera descubierto la persecu-

ción de que era objeto: su principal interés estaba en que no vieran una conducta misteriosa en él, ni rasgo alguno de desconfianza.

Iba, pues, discurriendo si entraría á alguna iglesia, para salir por otra puerta, ó si se iría á una casa de postas y alquilaría un caballo.

Por aquel tiempo no había en Santiago coches de servicio público.

De repente, quiso la casualidad que, al volver Rodríguez una esquina, se encontrara de manos á boca con Ventura Lagunas, que venía de recorrer varias calles en busca de casa.

—¿Cómo ha ido? preguntó Rodríguez deteniéndose.

—Perfectamente: he hecho apunte de algunas casas desocupadas. La que me parece mejor es una que está á dos cuadras de aquí tomando á la izquierda. Poca vecindad y á cuatro cuadras de palacio. Además, la casa tiene dos salidas.

—Eso es bueno.

—Así me ha parecido; y lo mejor es que nadie puede sospecharlo, porque en realidad son dos casas comunicadas por el fondo: la una da á la calle del Peumo y la otra á la de los padres Teatinos. ¿Quiere usted que vamos á verla?

—No conviene ahora. ¿Ve usted un hom-

bre que debe estar parado á media cuadra de nosotros, á mi espalda?

—Sí, un hombre con manta.

—Hace un cuarto de hora que me sigue, y es muy probable que sea enviado por San Bruno.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Venía pensándolo... Pero ya se me ocurre: ¿hay en la casa de usted algún cuarto seguro, que pueda servir como de calabozo?

—No faltaría; pero... ¿piensa usted llevar allá ese hombre? ¿no cree peligroso...?

—Oiga usted, el modo de hacerlo sería éste: yo seguiré tranquilamente dando vuelta á algunas calles, y en seguida tomaré por la Cañadilla hasta el callejón del Cementerio. Esos parajes son desiertos; principalmente el callejón. Mi hombre me ha de seguir á donde yo vaya, pues de nada le serviría hacerlo en el centro de la ciudad, si hubiera de abandonar su tarea en cuanto me alejara. Pues bien, usted, entretanto, se va á su casa á gran prisa y hace que Ruperto y Antonia se me anticipen y permanezcan apostados en algún punto de ese callejón, prevenidos para echarse sobre el hombre que me sigue, maniatarlo, amordazarlo é internarse con él en la selva inmediata al camino. A la noche lo haremos traer á la casa de usted con los ojos vendados, y después se lo entregaremos á Nei-

ra para que lo aliste en su montonera, conminándolo con pena de muerte por si intenta fugarse. ¿Cree usted buena mi idea?

—Excelente, y me voy á despachar á Ruperto y Antonia.

—Tome usted por esta otra calle, y estire las piernas.

Rodríguez continuó su camino paso á paso, sin mirar para atrás.

Iba por la calle de las Rosas, siguió y se detuvo en la plazuela de las monjas Capuchinas á examinar el frontispicio de la iglesia.

Al cabo de algunos minutos hasta la calle del Puente, en donde entró á una tienda de quincallas y se entretuvo algún tiempo comprando tijeras y otras baratijas.

Al salir echó una ojeada furtiva hacia donde suponía que estuviera su hombre, y no tardó en divisarlo afirmado en el guardacantón de una esquina.

—Ya será hora, pensó Rodríguez.

Y siempre con paso tardo, se dirigió al puente. Lo pasó, deteniéndose dos ó tres veces á mirar las corrientes del Mapocho, y después continuó por la Cañadilla.

Al pasar frente á la casa de Lagunas, vió que el joven le hizo una seña desde el zaguán, indicándole que ya habían salido Ruperto y Antonia.

—¡Bueno! se dijo, la cosa va tomando visos de realizarse.

Y comenzó á apretar el paso paulatinamente.

Ni una sola mirada lanzaba hacia atrás, por temor de despertar las sospechas de su perseguidor.

—Si deja de seguirme, pensaba, que no sea por causa mía: sólo habré perdido el andar inútilmente unas pocas cuadras.

Por fin, llegó al callejón del Cementerio, y sólo al torcer hizo de modo que alcanzó á vislumbrar el bulto del hombre.

El callejón estaba desierto, como lo esperaba.

A menos de una cuadra encontró á Ruperto y Antonia sentados en los escombros de una tapia caída.

—¡Alerta, muchachos! les dijo á media voz al pasar junto á ellos.

Y siguió adelante sin volver la cara á uno ni otro lado, y diciendo en sus adentros:

—Ahora menos que nunca debo mirar para atrás, porque si este hombre logra escaparse después de sorprender que estoy en relación con los que salen á detenerlo, pierdo todo mi juego. Lo que debo hacer es no volver acá hasta la noche y con otro traje. Son como las cinco de la tarde. Me iré á la ciudad por la calle de la Recoleta; pasaré á palacio á tomar las cartas de todos esos papanatas, y en seguida vendré á la casa de Lagunas.

Trazado este itinerario, sus ágiles piernas hicieron la travesía desde el Cementerio á la plaza de Armas en poco más de un cuarto de hora.

En el palacio tomó las cartas que le habían dejado en manos de un ujier, y cambió algunas cortesías con dos oidores de la real audiencia.

Cuando se disponía á salir, encontró á San Bruno en una galería del patio.

—Señor capitán, le dijo con afectuosa sonrisa, ¿no quiere usted escribir á Mendoza?

—Ahora nó, contestó con imperturbable seriedad, esperaré otra coyuntura. Gracias.

Y se volvió á hablar con los oidores.

Rodríguez pasó murmurando:

—¡Gran chasco te llevas el cuentas con descubrir mis maulas!

Y apenas había andado diez pasos, se volvió para decirle:

—¡Ah, señor capitán, me olvidaba de dar á usted una buena noticia!

San Bruno lo miró interrogativamente, pero sin desplegar los labios.

—He sabido que nuestro buen Rodríguez se halla por los alrededores de San Fernando. Ya le tenemos la pista; y de ésta no se nos escapa.

—¿Ha puesto usted eso en conocimiento de Su Excelencia?

—Si lo he sabido hace media hora: ni quiero decirle nada hasta que esté hecho el negocio.

—¿Quién le ha traído á usted la noticia y quién persigue á ese hombre?

—¡Eh! ya sabe usted que eso no se puede decir delante de todos. Son aquellas jentes con que yo me entiendo las que andan en esto. No pasa de tres días que no le cobre á usted las albricias.

—¡Dios lo quiera! contestó San Bruno desarrugando un tanto el ceño.

—Hasta la vista, señor capitán.

—Páselo usted bien.

Rodríguez salió de p^{al}acio diciendo:

—Este hombre me va á adorar sólo por las buenas noticias que le doy.

Libre ya de otras distracciones, continuó su itinerario, preocupándose solamente de tantear que nadie lo siguiera.

Diez minutos después entraba á la casa de Lagunas.

El joven salió á su encuentro al instante y le preguntó:

—¿Qué hay de nuevo?

—No sé nada, dijo Rodríguez. El hombre debe haber quedado en poder de mis acólitos. Bien me guardé yo de mezclarme en tal empresa.

—¿Quiere usted que mandemos averiguar algo?

—¿Quién puede ir?

—Yo, dijo Neira saliendo de una pieza inmediata.

—Hola! aquí estaba usted! ¿cómo ha ido en sus excursiones?

—Muy bien; ya está todo hecho. ¿Con que le parece á usted que yo vaya á saber de Ruperto y Antonia?

—Vamos antes á la mesa, dijo Lagunas.

—Eso es mejor, observó Rodríguez: las cosas se han de hacer con calma. Cambiaré de traje después de la comida é iremos los dos al callejón del Cementerio.

Poco después se hallaban reunidos en el comedor los personajes nombrados, y además don Cosme Lagunas, su hija y Amelia.

Las dos últimas habían hecho gran amistad; de tal modo que el joven Lagunas, á quien solía disgustarle aquella estrecha unión, porque lo privaba de muchas oportunidades de hablar á solas con su prima, había dado en llamarlas «las inseparables».

No hacía mucho que se habían sentado á la mesa y aún se ocupaban de hacer comentarios sobre el éxito del lance encargado á Ruperto y Antonia, cuando se presentaron éstos de improviso.

Rodríguez se sobresaltó al verlos solos.

—¿Qué ha sucedido? ¿qué es del hombre? preguntó dejando caer en el plato el bocado que tenía en su tenedor.

—¡Qué, señor! exclamó Antonia riéndose, ¡era un talavera!

—¡Y porque era un talavera lo han dejado ustedes escapar!

—¡Escapar! ¿quién habla de eso, señor?

—¿Pues qué es lo que han hecho ustedes?

Ruperto se adelantó á contestar:

—Yo no he hecho nada, señor, sino salirle al paso á preguntarle si llevaba fuego para encender un cigarro. Así es que no me culpe usted de nada. Si yo no he hecho las cosas como las ordenó el señorito, y mostró á Lagunas, ha sido por Antonia.

—Cierto, señor, esa es la pura verdad.

—¿Pero qué es lo que han hecho, desdichados? preguntó Rodríguez perdiendo la paciencia.

—Yo se lo diré á usted, señor, respondió Antonia con entereza. Cuando Ruperto detuvo al hombre con su pregunta, yo, que al primer golpe de vista conocí la hermandad á que pertenecía, le cojí la espalda y de rondón le apliqué en la nuca mi espanta-moscas. Esto ha sido todo: yo no creí matarlo; pero como el alma de esos endemoniados está impaciente por irse á los infiernos, aprovecha la mejor oportunidad para largarse.

Esta última ocurrencia hizo reír á los circunstantes.

Neira aplaudió la hazaña con gran gusto.

—¿Qué han hecho ustedes del cadáver? preguntó Rodríguez.

—Ha quedado bien oculto entre los matorrales, á media cuadra del camino.

Pasada la primera impresión de asombro y quizá de horror que la relación del lance había causado en algunos, convinieron todos en que Antonia había obrado perfectamente.

La perversidad notoria de los talaveras abonaba de sobra cuanto pudiera hacerse en daño de ellos.

Así, el joven Lagunas cumplimentó á Antonia por su arrojo, y Neira le confirió el grado de alferez de las milicias que iba á organizar, licenciándola además para poder permanecer al lado de Rodríguez mientras éste necesitara sus servicios.

Antonia salió del comedor palmoteando las manos de gozo y prometiendo no dejar un talavera con vida.

Rodríguez dijo:

—Ya es hora de pensar en el viaje de Ruperto.

Y le preguntó á él:

—¿Tienes listo tu caballo?

—Voy á ensillarlo.

—Ensilla también á Su Excelencia.

Así llamaba Rodríguez el alazán que le había regalado Marcó.

—¿Va á salir usted? preguntó Amelia.

—Tengo que ir á la posada del Príncipe de Asturias, á entregar á Ruperto unos dos mil pesos que le envía Marcó al jeneral San Martín para gastos de guerra.

—¡Al jeneral San Martín! exclamó don Cosme; ¿habla usted de veras?

Rodríguez contó su última conferencia con el Presidente, haciendo prorrumpir en risas y aplausos á todos los circunstantes con sus chistosas ocurrencias.

A los postres; Ruperto avisó que los caballos estaban listos.

Rodríguez se levantó, y vaciando en la mesa sus bolsillos, dijo:

—He aquí dinero para las primeras operaciones.

Contó entonces cincuenta y ocho onzas y las pasó á Neira diciéndole:

—Haga usted con esto sus gastos más urgentes.

Neira tomó el dinero y lo puso en manos de don Cosme Lagunas

—Tome usted eso á buena cuenta, dijo; pues yo tengo fondos en el camino del Resbalón.

Rodríguez hizo llamar á Antonia y le dió seis onzas.

—Este es un anticipo de tres meses de tu sueldo de alférez, le dijo. Dédicalo á mejorar las piezas de tu disfraz y á proporcionarte un uniforme para cuando

vayas á ponerte á las órdenes del comandante.

A Ruperto le dió otras seis onzas para el viaje y el resto del dinero, que serían unos mil pesos, lo hizo dos porciones, de las cuales dió una á Amelia para que se ataviara convenientemente, puesto que en cuanto se instalara en su nueva casa, debía recibir la visita de Su Excelencia.

—Es preciso que usted esté irresistible, le dijo; y aunque no necesita de joyas ni adornos para ello, Su Excelencia no mirará á mal que usted se haya preocupado un tanto de su persona para recibirlo.

—Pero yo no puedo salir á la calle á hacer mis compras. San Bruno me conocería entre mil aunque tratara de disfrazarme.

—Suplicaremos que haga este servicio la señorita Julia.

Así se llamaba la hija de don Cosme.

Asintió la joven con la mejor voluntad, quedando de salir con su padre al día siguiente á elejir joyas y telas, y á hacer venir una modista para la confección de los vestidos.

Rodríguez entregó en seguida el dinero sobrante á don Cosme, previniéndole que se veía en el caso de molestarlo con el cargo de cajero de los fondos de guerra.

—Traeré de la posada, agregó, lo que reste quitados los dos mil pesos que debe llevar Ruperto.

Y como no había tiempo que perder, pues ya eran las siete de la tarde, se despidió para volver pronto.

En la posada entregó á Ruperto la suma antedicha, un paquete de cartas rotuladas para el jeneral San Martín, y varias otras sueltas, entre las cuales iba una de Amelia dirigida al capitán Maruri.

Acerca de ésta, debemos decir que la joven se limitaba á dar parte á su amigo del favorable cambio que se había operado en su situación, y á darle las gracias por lo que había hecho en beneficio de ella enviándole á Ruperto para salvarla del poder de San Bruno. Concluía por desearle felicidad en los peligros que pronto tendría que afrontar.

Ni una palabra al amante: pero mucha afabilidad al amigo.

Rodríguez despidió á Ruperto con las palabras:

—¡Valor y prudencia!

—Y pronta vuelta, dijo aquél dando riendas al caballo.

CAPITULO VI

LAS CHANZAS DE SAN BRUNO

Ocho días después de los sucesos narrados en el capítulo anterior, Marcó y Rodríguez salían de palacio por una puerta excusada, á eso de las once de la noche, embozado el uno hasta los ojos en una larga capa, y el otro en su manteo.

—Por aquí, señor, dijo el último, guiando hacia la calle de la Catedral.

—A bien que la noche está oscura, y nadie que nos encuentre podrá conocernos, observó el Presidente.

—¡Quién podría andar a estas horas y con este frío!

—Los galanes no sienten frío.

Rodríguez se rió y dijo:

—Según eso, Su Excelencia edberá contarse en ese número.

—Bah! lindo galán, que no conoce aún á su dama.

—Pero el hecho es que Su Excelencia arrostra el frío sin pesar alguno.

—Eso quiere decir que no sólo los galanes sino también los curiosos tienen valor para tanto.

Al decir esto llegaron a la calle de la Bandera y vieron venir, a distancia de media cuadra, seis hombres, cada uno con una vela encendida en la mano.

—¿Qué es eso? preguntó Marcó deteniéndose; ¿es procesión?

—Ni yo sé lo que es; creo que los penitentes deben también contarse junto con los galanes y curiosos.

—¿Qué llama usted penitentes?

—¿Los que hacen penitencia por sus pecados. ¿No ve Su Excelencia que esos hombres vienen desnudos de la cintura abajo.

—Así es. ¡Qué cosa tan singular!

—¡Y traen los calzones á los tobillos!

—Oigo ruido de armas, observó Marcó.

—Sí, pues: tras ellos vienen cuatro militares.

—Ocultémonos para ver sin ser vistos.

Ambos se metieron en el hueco de una puerta y aguardaron.

—Vienen tres soldados y un oficial, dijo Rodríguez; será que traen presos a esos hombres.

—¡Pero de esa manera!

—¡Diantres! el oficial es el señor capitán San Bruno!

—¡De veras! él mismo! Pues sálgale usted al encuentro como que va de paso, y le pregunta qué quiere decir eso. Yo me quedaré oculto hasta que se vayan.

Rodríguez puso al instante por obra lo que el Presidente le decía.

—¿Quién va? gritó el capitán en cuanto oyó los pasos de Rodríguez.

—Un amigo, contestó éste acercándose. ¿Cómo está usted, señor capitán? ¿quiere usted decirme, por todos los santos, qué significa esto?

—¡Ah! es usted! exclamó San Bruno sarcásticamente. ¡Bien venido, mi querido señor Pimentel; va usted a saber muy pronto lo que es esto: tendré el mayor gusto en explicárselo! Hace mucho tiempo que deseaba encontrar á usted así, en una ocasión como ésta.

Y volviéndose a los soldados, que se habían detenido junto con los hombres de las luces,

—¡A ver, muchachos! les dijo: dos de ustedes arréglenme á la ordenanza a este cuervo. ¿No llevan más velas?

—Sí, señor.

—Pues quítenle la sota y bájnaenle los calzones.

Los soldados se miraron con asombro antes de obedecer.

—¿Está usted loco, señor capitán? preguntó Rodríguez con la más viva admiración; ¿se olvida usted de que Su Excelencia me honra con su amistad?

—Pues por lo mismo. No cuente usted con ver más a Su Excelencia. ¡Vamos, canallas! tomen a ese miserable.

Los soldados se acercaron á Rodríguez.

—¡No me toquen! gritó éste con voz imponente. Una palabra, capitán San Bruno

—¡No hay palabra que valga! agárrenlo!

—¡Atrás, miserables! gritó Rodríguez, poniéndose en actitud de defenderse con los puños, al ver que los soldados trataban de apoderarse de él á viva fuerza.

San Bruno desenvainó su espada al mismo tiempo que gritaba á los suyos:

—¡Fuera bayonetas!

Marcó se había mantenido oculto hasta ahí, observando con el mayor asombro cuanto pasaba, y sin poder comprender que San Bruno obrara seriamente.

Mas, al ver el jiro peligroso que tomaban las cosas, y convencido de que el capitán no se chanceaba, salió de su escondite, viéndose precisado a intervenir á pesar de que sentía descubrirse.

—¿Qué viene á ser esto, capitán? preguntó apareciendo de improviso con el embozo abajo en el círculo de luz que irradiaba de

las velas. ¿Es una chanza ó ha perdido usted el juicio?

—¡Su Excelencia! exclamó San Bruno bajando la espada.

Los soldados, que estaban á punto de irse sobre Rodríguez bayoneta en mano, quedaron estupefactos al oír la exclamación del capitán.

—¡Y bien! yo soy, dijo el Presidente con tono severo.

¿Qué pretende usted hacer con mi amigo. San Bruno, sin reponerse de su asombro, balbuceó algunas frases entrecortadas, y concluyó por decir:

—Si yo hubiera sabido que Su Excelencia estaba presente .. no me habría chanceado de este modo.

—¡Chanza! dijo Rodríguez enfurecido. Si así son las chanzas del señor capitán, vaya al diablo con ellas: no seré yo el que se las aguante. ¿Qué diría usted si ahora quisiera Su Excelencia gastar con usted la misma chanza que usted quería gastar conmigo? Pero dé gracias á mi paciencia, y sepa que si con estos pobres hombres—y mostró á los que iban con velas en la mano, que puede hacer sus gustos, para otra vez se pretenda chancearse conmigo no me hallará desprevenido. Lo invito desde ahora á que vuelva á hacerlo.

Marcó no hallaba qué partido tomar para

dejar satisfecho á Rodríguez, sin humillar demasiado á San Bruno.

Y quizás éste adivinó su vacilación, pues antes de que el Presidente se decidiera hablar, le dijo con tono más seguro:

—Señor, ¿me permite Su Excelencia dos palabras á solas?

Marcó, sin responder nada, se apartó algunos pasos de Rodríguez, seguido del capitán.

—Hable usted, le dijo.

—La verdad es, excelentísimo señor, que el presbítero Pimentel, que, sea dicho de paso, más tiene trazas de intrigante que de presbítero, me ha inspirado sospechas desde hace días con sus frecuentes idas y venidas por diferentes puntos de la ciudad.

Marcó pensó que las idas y venidas de que hablaba San Bruno, debían haber tenido por motivo la instalación de la prometida de Neira, y dijo:

—Eso no debía haberlo preocupado á usted, pues ya sabe que él está á mi servicio y puedo emplearlo en ciertas comisiones secretas... Además, eso no basta para disculpar la conducta de usted ahora...

—Aún no he concluido, señor. Iba á decir á Su Excelencia que á causa de esas sospechas, he hecho expiar los pasos de este señor...

—¿Y qué ha sabido usted? preguntó Marcó alarmado.

—¡Qué, señor! ya van tres soldados de mi regimiento que han salido tras él y ninguno de ellos ha vuelto.

—¡Cómo! ¿no ha sabido usted que ha sido de ellos?

—Absolutamente. Y ya ve Su Excelencia que esto es grave. Por eso había querido ahora apresarlo y someterlo al tribunal de vijilancia.

—Pero... eso es obrar con alguna precipitación. ¿Por qué no me había informado usted de tales cosas antes de dar un paso como éste? Yo habría tratado de saber, de investigar, pues bien ve usted que no es la primera vez que ocurren desapariciones de talaveras: son mal queridos y en cuanto los ven solos....

—Pero yo he mandado á mis hombres vestidos de paisanos.

—Sin embargo, puede alguien haberlos descubierto... En fin, yo hablaré con el señor Pimentel y trataré de esclarecer la verdad. No puedo creer que él tenga parte alguna en la desaparición de esos hombres, ¿no se ha penetrado usted del celo con que me sirve y del odio que le inspiran nuestros enemigos?

--Sin embargo, ahora mismo acaba de tomar el partido de estos reos, diciendo que son pobres jentes á quienes yo tiranizo, cuando en realidad son unos pillos, han sido soldados del ejército insurgente, y

los he sorprendido renegando de la dominación española.

---¿Y por qué los lleva usted así?

---Para que no puedan fugarse: los calzones les sirven de grillos, y las velas les impide aprovecharse de las tinieblas para burlarnos. (1)

---Está bien; siga usted con ellos; y yo me entenderé con el señor Pimentel.

En seguida, yendo hacia Rodríguez, que permanecía en su puesto con aire de indiferencia, aunque no dejara de alarmarlo tanto misterio, agregó:

---Si todas las noches se hiciera una cosecha igual de insurjentes, en muy poco tiempo dormiríamos tranquilos.

---¡Ah! son insurjentes esos gagnápiros! exclamó Rodríguez, ¡bueno! esto me reconcilia con el señor capitán.

---¿Oye usted, San Bruno? preguntó el Presidente lanzándole una mirada que equivalía á decir:

«Ya ve usted qué errados son sus juicios».

---Sí oigo, señor, contestó el capitán.

Y concluyó diciendo en tono zumbón:

---Gracias, señor Pimentel; es usted muy bondadoso.

---A veces, dijo Rodríguez; pero si vamos

(1) Histórico.

de chanzas, en juego que tiene desquite nadie se pique.

San Bruno se alejó refunfuñando algunas frases en tono de amenaza.

El Presidente siguió con Rodríguez su camino sin hablar palabra.

—¡Qué le habrá dicho ese bribón! decía Rodríguez interiormente, discurriendo un medio de hacer hablar á Marcó.

Anduvieron así más de una cuadra, hasta que, tomando el joven su resolución, dijo de súbito:

—En verdad, señor, que me extraña la conducta del capitán, y por más que él asegure que esto es una chanza, me cuesta trabajo creerlo. Parece que tuviera algún resentimiento conmigo; pero desde que nos conocemos, ni yo lo he ofendido en nada, ni él á mí. A no ser por aquello que pasó delante de Su Excelencia, en que hice algunas reservas sobre lo que él quería averiguarme...

—Puede que tenga usted razón, dijo el Presidente; de ahí debe nacer el encono del capitán. Antes de esto, ¿nada había ocurrido entre usted y él?

—Desde la escena que he tenido el honor de recordar á Su Excelencia, no habíamos hablado palabra hasta ahora, salvo un día que le di á saber la noticia de que á Rodríguez lo habían visto en los alrededores de San Fernando.

—Yo creo que él desconfía de usted...; como es tan receloso... ¿No ha notado usted si alguien lo ha expiado en estos días?

—¿A quién? ¿á mí? preguntó Rodríguez adivinando al punto el objeto de la pregunta, y calculando, por consiguiente, cuáles habían sido las revelaciones misteriosas de San Bruno.

—Sí, á usted, pues quisiera saber si el capitán, á pesar de mis recomendaciones, se ha dejado llevar de su carácter suspicaz. Tal desobediencia merecería castigo.

—Pero no hay nada de eso, señor; si alguna vez hubiera yo visto que alguien me expiaba, le habría dado parte á Su Excelencia para que pusiera remedio en ello. A propósito, Su Excelencia me hace un buen acuerdo: en lo sucesivo voy á poner cuidado: esta conducta del señor capitán me da mucho que pensar; veo que es preciso vivir prevenido.

Estas palabras de Rodríguez, pronunciadas con el mejor aire de buena fe, cautivaron completamente la confianza de Marcó.

Ya no le quedó duda de que el capitán odiaba á Pimentel por rivalidad, celoso de la amistad que él le dispensaba, y se persuadió de que, si era cierta la desaparición de los tres talaveras, el presbítero no tenía la menor parte en ella.

Cuando más absorto iba Marcó en estas reflexiones, el joven le dijo:

—Ya hemos llegado, señor; esta es la casa.

Y se paró delante de una elevada puerta, á cuyo postigo aplicó tres leves golpes con las coyunturas de los dedos.

—¿Quién es? dijo de adentro la voz de Antonia.

—Quién paga la casa y da que comer, respondió Rodríguez.

Y volviéndose á Marcó le dijo:

—Esta es la contraseña, que por cierto no miente, puesto que viene conmigo Su Excelencia.

—Pero no soy yo quien paga, sino el Estado, observó el Presidente, que gustaba siempre de restablecer las cosas en su lugar.

—Luis XIV decía: «El Estado soy yo»; ¿y por qué no lo diría Su Excelencia hablando de una nación que le debe tanto?

Marcó se pavoneó saboreando la lisonja con infinita complacencia, y como al mismo tiempo se abriera la puerta, Rodríguez entró diciendo:

—«Voy delante para mostraros el camino», como le decía el cardenal de Richelieu al padre del rey que acabo de nombrar.

—Desgraciadamente, ni soy Luis XIII, ni usted el cardenal de Richelieu, observó riéndose el Presidente y siguiendo tras de Rodríguez.

—El nombre es lo de menos, dijo éste pues lo que hace justa la comparación es que Su Excelencia es el jefe del reino, y yo... casi, casi podría llamarme su favorito.

Encantado Marcó de las halagüeñas ocurrencias de Rodríguez, dijo:

—Quítele usted el *casi*: la comparación será más exacta y la frase más verdadera.

—Su Excelencia me hará reventar de orgullo, concluyó Rodríguez, abriendo la puerta de una sala profusamente iluminada.



BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPITULO VII

PROTECTOR Y PROTEJIDA

En un precioso diván tapizado con damasco de seda azul celeste á flores blancas, y entre mullidos cojines del mismo color con alamares de plata, Amelia, recostada indolentemente, con todo el abandono de la coquetería, dormía ó finjía dormir en la postura más natural y graciosa, rodeando su cabeza, sin descomponer el peinado, con un brazo de purísimas formas, descubierto hasta el codo merced á la ancha manga de su vestido de raso color granate.

Hermosas arracadas de perlas pendían de sus orejas, contribuyendo con su dulce oriente á realzar el carmín de las aterciopeladas mejillas, encantadoramente contraídas por una leve sonrisa.

Un estrecho corpiño, de atrevido corte, dejaba adivinar las esbeltas formas de la joven, sobre cuyo pecho se veía caer serpenteando caprichosamente la extremidad de un collar de pequeñas perlas que formaba juego con las arracadas.

El conjunto era encantador, y en vano se habría buscado una idea tan feliz para hechizar el corazón del hombre más estoico.

La hermosura de Amelia resplandecía.

Rodríguez había abierto la puerta de la sala sin hacer ruido, y en seguida dió lugar al Presidente para que se adelantara, designándole con la vista el diván en que dormía la joven.

Marcó era soñador por naturaleza; lo que quiere decir que no se necesitaba tanto para dominar sus sentidos, que sobraba aquello para enloquecerlo.

Detúvose, pues, verdaderamente deslumbrado, á tres pasos de Amelia; y Rodríguez que seguía junto á él para analizar sus impresiones, pudo oírlo balbucear con voz apenas perceptible, como si temiera desvanecer una ilusión, la frase:

—¡Qué linda es!

—¿Quiere Su Excelencia que la despierte? le preguntó Rodríguez al oído.

Marcó se llevó un dedo á los labios, y como arrobado por una hermosa visión, avanzó dos pasos, hincó una rodilla en la orla del vestido de Amelia y se inclinó pa-

ra besarle la mano que tenía extendida sobre los cojines.

Mas, aún sus labios no rozaban la extremidad de los dedos, cuando la joven se estremeció de improviso y abrió asustada sus hermosos ojos negros, llenos de viveza y de expresión.

—¡Ah! gritó incorporándose y cubriéndose la cara con ambas manos, como avergonzada de haber sido sorprendida en aquel negligente abandono.

—¡Señor! exclamó en seguida con tono suplicante, al mismo tiempo que Marcó se levantaba: perdóneme Su Excelencia... me había dormido esperando...

—¡Ha esperado usted! exclamó el Presidente en el mismo tono en que un año más tarde había de decir: «¡Han derrotado á Maroto!»

Y volvió los ojos á Rodríguez como para culparlo de aquella falta.

—Señor, dijo éste, hace dos horas que he ido en busca de Su Excelencia.

Marcó se sentó al lado de Amelia diciéndole:

—Soy yo, señorita, quien debe pedir perdón; disculpe usted mi tardanza: los negocios embargan de tal manera mi tiempo....

—¡Oh, señor, ¿merezco yo acaso que Su Excelencia se preocupe de darme excusas?

—¡Santo Dios! si usted no merece esto, ¿qué mujer merecería atención de ningún hombre?

Amelia se echó á reir, mostrando dos hileras de finísimos y nacarados dientes que competían en limpidez con las pequeñas perlas de su collar.

—En verdad, dijo al fin, que si el señor Pimentel no me hubiera prevenido que Su Excelencia es el modelo de los hombres galantes, me envanecería atrozmente.

—¿Eso ha dicho mi amigo? preguntó Marcó sin poder disimular el placer que le causaba tal opinión.

—He dicho lo que no puede negar ninguna persona á quien Su Excelencia honre con su amistad, dijo Rodríguez con acento de convicción.

Y en seguida, juzgando que su presencia estaba de más ahí, añadió:

—Señor, yo he contado con que Su Excelencia tendría á bien honrar esta casa dignándose cenar en ella, y sólo espero sus órdenes para preparar el servicio.

—¡Que me place! exclamó el Presidente. Bendigo y alabo su previsión, querido señor Pimentel. Yo seré el que me honre en cenar con tan agradable compañía. Puede usted disponer lo que guste, con el beneplácito de esta señorita.

Rodríguez se inclinó delante de Amelia y le dijo:

—¿Me permite usted, señorita Julia, hacer disponer la cena?

—Como Su Excelencia consiente, nada tengo que decir, repuso la joven haciendo una graciosa mueca.

Rodríguez volvió á inclinarse delante de ella, y después de hacerle un reverente saludo, se retiró de la sala.

Marcó tomó la palabra en cuanto quedaron solos.

—Mucho hemos hablado con el señor Pimentel, dijo, acerca de usted, señorita.

—Es un gran honor para mí, del cual me creo verdaderamente indigna. ¿Querría Su Excelencia decirme con qué motivo ha podido el señor Pimentel mortificar á Su Excelencia con tal conversación?

—Lo que en realidad me ha mortificado es la espera que me ha hecho sufrir para presentarme á usted; de manera que sin los encantos que encontraba en esa conversación, me habría desesperado.

—¡Desesperado! ¿Y por qué?

—Va usted á convenir en que tengo razón: mi amigo, luego que llegó de Talca, me habló de usted en tales términos, elogiando su hermosura, sus gracias, su discreción, en fin, todas sus bellas cualidades, que me devoraba la impaciencia, y he llegado á desvelarme pensando en este feliz momento.

Amelia se puso seria para decir:

—¿Es amigo de Su Excelencia el señor Pimentel?

—Mi mejor amigo, mi más hábil consejero.

—¿Y cómo es que se permite estas burlas con Su Excelencia?

—¿Cuáles burlas? preguntó admirado Marcó.

—La que Su Excelencia mismo acaba de referirme.

—¡Cómo!

—Y me admira, continuó Amelia, que ahora, convencido ya Su Excelencia del engaño de que ha sido víctima, no castigue ejemplarmente á su autor.

Marcó no pudo menos de aplaudir con una franca risa la picaresca seriedad de la joven.

---Confieso que he sido engañado, dijo al fin, pues veo que el orijinal sobrepuja inmensamente al retrato.

Amelia se echó atrás en los cojines sonriéndose y fijando en Marcó una mirada de dulce reconvención.

---Veo que no hay medio de entenderse con Su Excelencia, dijo meneando la cabeza; el señor Pimentel debía haberme prevenido.

—¿Prevenido qué?

---Los propósitos de Su Excelencia.

—¡Vamos! no comprendo á qué propósitos se refiere usted.

—A los que hasta aquí he podido comprender: de avergonzarme ó de hacer concebir una falsa idea de mí misma.

—¡Dios mío! ¿soy yo acaso el primero que le habla á usted la verdad?

Amelia afectó reconcentrarse un instante en sí misma, y una sombría nube de tristeza se esparció por su rostro.

---Señor, dijo con sentido acento, he vivido desde hace tiempo hasta ahora poco, entre jente ó tan grosera, ó tan rústica, ó tan abominable, que naturalmente me toma de nuevo el lenguaje culto de Su Excelencia y me avergüenza el oír elogios á que no estoy acostumbrada y que tengo conciencia de no merecer. Y así suplico á Su Excelencia que no volvamos á ocuparnos de mí; hablemos de tantas otras cosas...

---¡Oh! de ninguna manera, interrumpió Marcó acaloradamente. ¡Por vida mía! ahora más que nunca debemos ocuparnos de usted. ¡Conque ha sido tan desgraciada!... Pero es inconcebible! Ah! cuénteme usted eso, nómbrame á los que hayan tenido cualquiera participación en sus desgracias, y si aún están en Chile, juro por el poder que tengo, no omitir medio alguno de hacerles pagar bien cara su osadía.

Amelia se sonrió tristemente.

—Ya eso no tiene remedio, dijo; lo pasado, pasado. ¿De qué me serviría el molesta

á Su Excelencia haciéndolo ocuparse de mi humilde persona?

—No diga usted eso, señorita... ¡Ah! ni aún tengo la felicidad de poder pronunciar su nombre.

—Su Excelencia puede llamarme Julia, si así le place.

—¡Qué! ese no es el verdadero nombre de usted. ¡Vamos! ¿ni merezco el que usted haga en mí la confianza de darme á conocer su nombre?

—Amelia pensó un momento, como para decidirse á ceder, y reprimiéndose al punto,

—Ah! nó! exclamó. Soy tan feliz ahora, señor; Su Excelencia me colma de tanta dicha con su afabilidad, que temo por mí misma. La revelación de mi nombre podría hacerme perder tanta felicidad.

El Presidente hizo un movimiento de asombro.

—¡Cómo! exclamó. ¿Por qué la revelación de su nombre habría de traer tales consecuencias? Explíquese usted, por Dios!

—Señor, no me obligue Su Excelencia, porque no podría negarme á revelarles mi secreto, lo cual me haría vivir en continuo sobresalto.

—¡Por todos los santos! cada palabra de usted me maravilla más! Habla de sobresalto: luego lo que usted temería sería una

indiscreción de mi parte; luego hay álguien á quien usted teme.

Amelia bajó los ojos como excusándose de hablar.

—Señorita! dijo Marcó en tono de súplica, yo le ruego á usted que sea franca conmigo; ¿qué podría temer usted estando bajo mi protección? ¿quién más interesado que yo en su felicidad, en el castigo de los que pretendan inferirle el menor agravio? Yo quiero saberlo todo, para poner remedio en ello; y si no bastan los ruegos de un amigo, el Presidente se lo ordena á usted.

Marcó adoptó un aire de arrogancia que habría hecho estallar la risa de Amelia si ésta hubiera tenido un pretexto para coonestarla.

—Supongamos que yo revelase á Su Excelencia mi secreto, dijo reprimiendo su deseo de reir, ¿qué podría esperar en mi favor para vivir con tranquilidad?

—¡Oh! eso no necesita decirse: demasiado le aseguro á usted que mi único anhelo será propender á su completa felicidad. Es ese el principal objeto de mis exigencias. Haré cuanto usted me ordene.

—¡Ah, señor! no se comprometa demasiado Su Excelencia: mi enemigo podría ser un hombre poderoso...

—¿Más poderoso que yo?

—¡Eso no! ¿Quién hay en Chile que pue-

da igualar en poder á Su Excelencia? Pero sin embargo, el hombre que ha causado mi mayor desgracia y que ahora y siempre ha de contribuir á ella, es poderoso respecto de mí.

—Pues yo lo castigaré, lo humillaré, lo aniquilaré, en fin, usted ordenará, y mi dicha mayor será complacerla.

Amelia ocultó la cara entre las manos y se mantuvo un instante inmóvil.

—¡Vamos! dijo Marcó, ¿ya está usted decidida?

La joven levantó la cabeza y dejó ver sus ojos empapados en lágrimas, al mismo tiempo que animados por la más grata sonrisa de satisfacción.

—¡Llora usted! exclamó el Presidente juntando las manos.

Dos lágrimas cristalinas, como las gotas del más puro rocío, se desprendieron de las pestañas de la joven y rodaron silenciosamente por sus mejillas.

—Sí, señor, lloro, dijo; pero lloro de gozo, de felicidad: mi satisfacción es infinita. ¡Yo he podido despertar el interés de Su Excelencia! del más noble! del más poderoso y jentil caballero del reino! yo puedo contar con su protección, con su...!

—Con mi obediencia, arrebató Marcó.

—¡Es mucho, es demasiado para mí!... señor, yo debería caer de rodillas á sus pies!

Amelia hizo ademán de acompañar la acción á sus palabras.

—Ah! no! dijo Marcó tendiendo sus manos á ella para contenerla. Soy yo quien debe arrodillarse delante de usted. ¿Acaso no me colma de alegría el poderle ser útil en algo? Dígame usted: ¿es cosa decidida que yo he de saber todos sus secretos?

—Así lo ha querido Su Excelencia, y fuerza será complacerlo, dijo Amelia con aire de resignación.

—Gracias! gracias! exclamó el Presidente cayendo de rodillas y apoderándose de una mano de la joven con intención manifiesta de llevarla á sus labios.

—¡Ay, señor, que viene! exclamó ella al punto, retirando vivamente la mano para no ser sorprendida.

Antonia se presentó en la puerta de la sala, con traje de mujer, bien peinada y acicalada, y con una seriedad que habría hecho honor á la más circunspecta ama de llaves.

—La cena está servida, dijo sin mirar á Marcó, que se levantaba apuradamente.

—Vamos, señor, dijo Amelia abandonando su asiento.

Y sin esperar que Marcó le presentara el brazo se apoyó en él con toda sencillez.

Esto acabó de embriagar al Presidente, que trasportado de gozo y comprendiendo que aquello no era más que la significa-

ción espontánea de la confianza con que la joven se acogía á su protección, dijo oprimiéndole la mano con su brazo:

—¡Desgraciados de los que han hecho correr una sola lágrima de esos preciosos ojos!



BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

VIII

LA CENA

Marcó y Amelia entraron en la sala inmediata.

Rodríguez se hallaba de pie en la actitud del que espera, delante de una mesa cubierta de exquisitos manjares y en que brillaban las piezas de bruñida plata al lado de los mejores cristales y porcelanas que por aquel tiempo venían á Chile.

Sólo había dos cubiertos: uno á la cabecera y otro al lado derecho; lo cual hizo decir en el acto á Marcó:

—¿Por qué no ha hecho usted poner otro cubierto?

—Esperaba las órdenes de Su Excelencia, contestó Rodríguez.

—No soy yo quien manda aquí, repuso

Marcó fijando en Amelia una expresiva mirada impregnada de amor.

La joven contestó con una sonrisa placentera, y tomando en seguida cierto aire de travesura,

—Le permito á usted, dijo, que tome asiento al lado de Su Excelencia.

Rodríguez se inclinó sin desmentir su seriedad, y luego dijo á Antonia:

—La señorita Julia ordena que se me ponga un cubierto.

Antonia ejecutó la orden con presteza, y los tres comensales ocuparon sus asientos.

Los primeros instantes de la cena se pasaron alegremente, amenizados con algunos chistes de Rodríguez que encantaron al Presidente.

Amelia recobró poco á poco su buen humor, que había afectado perder con las tristes reflexiones á que la había arrastrado su conversación con Marcó.

El exquisito vino, que Rodríguez escanciaba con abundancia en las copas, contribuyó en gran manera á hacer más festiva la reunión y á establecer una confianza ilimitada entre los tres.

Marcó rebozaba de gozo:

—¡A fe de quien soy! exclamaba, asegurado á ustedes que este es el único momento de verdadero placer que he tenido desde mi salida de España.

—Y yo desde mi niñez, contestaba Amelia, lanzándole una provocativa mirada.

—La vida se ha de gozar, observaba Rodríguez; no todo ha de ser trabajos; y si Su Excelencia se encuentra ahora satisfecho, en su mano está el darse con frecuencia estos agradables pasatiempos.

El Presidente consultó á Amelia con una mirada que ésta finjió no comprender.

—Si no temiera abusar, dijo entonces, yo suplicaría que repitiéramos noche á noche estas preciosas cenas.

—Yo desecho esa súplica, contestó Amelia: Su Excelencia concluiría por hastiarse pronto de nuestra compañía, y yo no quiero eso.

—¡Hastiarme! ¿cree usted posible eso?

—No sólo posible, sino seguro: consentiré en que Su Excelencia me vea cada ocho...

—No, por Dios, interrumpió Marcó apresurándose á no dejar concluir la frase. Será noche por medio.

Amelia meditó un instante, y después de sonrer á Marcó, dijo en tono de niña mimada:

—Yo que nunca he mandado, tengo sed de manco, quiero tiranizar á Su Excelencia.

—Buero! con tal que no haya un exceso de crueldad en su tiranía, observó Marcó dejándose dominar gustoso por el nue-

vo encanto que encontraba en la irresistible firmeza de la joven.

—Pues bien, quiero que Su Excelencia no venga á esta casa, sino cuando yo lo ordene.

—¡Eso me gusta! dijo el Presidente, yo me prometo obtener esas órdenes con más frecuencia de lo que usted misma espera.

Marcó creía haber avanzado bastante en el corazón de Amelia, para que ella pudiera regarse á sus ruegos en lo sucesivo.

Así agregó con entera confianza haciéndole un guiño á Rodríguez:

—¡No sabe ella lo que ha prometido!

Y como Amelia en ese momento se ocupaba en dar una orden á Antonia, siguió él diciendo á Rodríguez á media voz:

—No sólo me permitirá venir noche de por medio, sino que ella misma me exigirá que no falte ninguna noche.

—Así me va pareciendo, contestó el joven acompañando su frase con un jesto significativo.

Amelia dejó de dirigirle la palabra á Antonia.

Señorita, dijo Marcó, ya es tiempo de que nos cuente usted su historia y nos revele su nombre.

—¡A los dos! exclamó la joven, como recelándose de Rodríguez.

—¡Qué importa eso! Ya sabe usted que mi amigo Pimentel es de toda confianza.

Amelia movió la cabeza dubitativamente.

Rodríguez se paró entonces diciendo:

—Nada más fácil: yo me retiraré, y así quedará en paz la señorita Julia de poder revelar todos sus secretos.

A Marcó le agradaba el quedar solo con la joven, y no hizo resistencia.

—La señorita lo quiere así, dijo mirándola apasionadamente como para alentarla á aceptar la propuesta de Rodríguez.

Amelia comprendió la intención de Marcó, y con la previsión natural de la mujer, que instintivamente sabe irritar la aspiración del amante suscitándole obstáculos, se apresuró á decir, á tiempo que Rodríguez se retiraba:

—Si Su Excelencia me asegura la discreción del señor Pimentel, no tengo inconveniente para hablar en su presencia.

Rodríguez se detuvo á esperar la contestación del Presidente, quien lanzando á Amelia una mirada de reconvención, se vió obligado á decir:

—Nada tiene usted que temer; yo lo aseguro.

Amelia contentó á Marcó con una cariñosa sonrisa, y en seguida le dijo á Antonia:

—Puedes retirarte; no te necesitamos.

Rodríguez volvió á su asiento y Antonia salió.

—Su Excelencia dijome va á permitir,

Amelia, reservar los nombres de las personas que figuran en mi narración.

—¿Para comunicármelos á mí solo?

—Una vez que haya concluido, pondré ciertas condiciones para revelarlos, y estoy cierta de que Su Excelencia convendrá en la justicia que me asiste para proceder así.

—Muy bien.

—Principiaré por decir á Su Excelencia que en 1814 vivía yo tranquila, si no dichosa, al lado de una tía á quien trataba y quería como á una hermana, pues habíamos crecido juntas, y bien pocos años me aventajaba en edad. Morábamos en Rancagua, que, como Su Excelencia sabe, fué teatro en Octubre de ese año de un sangriento combate que puso fin á la revolución, restableciendo el antiguo orden de cosas y dando lustre á las armas españolas.

Marcó hizo un signo de asentimiento.

—El ejército vencedor, cuyo triunfo le importaba bastantes fatigas y crecidas pérdidas, entró irritado á la ciudad, sediento de venganza, y la victoria hubo de ser coronada por crueles escenas de devastación, de pillaje y de inmoralidad, que quizás no estuvo en manos de los jefes el reprimir.

—Esa es la verdad, observó el Presidente.

—La desgracia me tocó en mayor escala que á otros, pues perdí á mi idolatrada

tía, ó más bien, mi querida hermana, como yo la llamaba, víctima de los excesos de los soldados, quienes la despedazaron atrozmente.

Amelia calló un instante, haciendo un doloroso esfuerzo para devorar las lágrimas que se agolparon á sus ojos.

El Presidente, respetando tan justo dolor, dejó correr algunos segundos y dijo:

—Señorita, hábleme usted con franqueza: ¿estos odiosos sucesos no han causado en su espíritu alguna funesta impresión de odio ó de desprecio por la dominación española ó por las personas que la sostienen?

La joven se sonrió tristemente.

—Lo que aborrezco, dijo, lo que me inspira verdadero horror es la guerra y los que la ocasionan.

Amelia daba un sentido equívoco á sus palabras, y Marcó las interpretó á su paladar.

—Es usted muy razonable, repuso.

—Mis desgracias, continuó Amelia, no pararon ahí; se iniciaron con aquel terrible suceso. Algunos días después del saqueo de Rancagua, de cuyos horrores me libré ocultándome tras el altar de una iglesia, pues hasta ahí llegó la persecución de los soldados, poco después, digo, y cuando aun no era dueña de mis sentidos perturbados por el dolor, practicóse en el vecindario de

Rancagua una pesquisa para descubrir el paradero de un famoso insurgente que había cometido no sé qué desacato de gravedad con el Presidente Osorio.

—¿Sería Manuel Rodríguez? preguntó el mismo Rodríguez.

Marcó dijo riéndose:

—Apénas se habla de un insurgente, y ya le parece á usted que se trata de él. Ese hombre es su pesadilla.

—Ah! señor! no negará Su Excelencia que tengo sobrada razón para odiarlo y preocuparme con su recuerdo.

—Yo creo que el señor Pimental, observó Amelia, no se equivoca al decir que ese era el insurgente que buscaban en Rancagua: tengo una idea remota de haber oído pronunciar ese nombre. Pero esto no hace al caso, pues por lo único que cito el hecho es porque, con motivo de esa pesquisa, pudieron entrar á mi casa y verme sola y sin amparo los soldados encargados de practicar las visitas domiciliarias. Esos perversos hombres concibieron el atroz designio de atentar villanamente contra mi honor, y gracias á la entereza ó más bien al frenesí con que luché para defenderme, pude intimidarlos, habiendo tenido la felicidad de herir á uno de ellos en un ojo.

—¡Bravo! exclamó el Presidente, golpe magnífico! ¡Hombres infames! ¿de qué batallón eran?

— Eso queda para después. Su Excelencia ha aplaudido el que yo hiriera á uno de esos monstruos...

— Precisamente, ojalá los hubiera usted muerto. Habría obrado con perfecto derecho.

— Pues, señor, Su Excelencia va á ver que esa fué la causa de mis mayores desgracias. Los soldados hicieron creer que yo me había resistido á dejar registrar la casa, y volvieron con orden de sacarme de ella á viva fuerza para trasportarme á la cárcel de Santiago.

No me detendré á narrar las penalidades de aquel viaje hecho en compañía de algunos reos políticos á quienes se trataba, como á mí, con inaudito rigor. Ni tampoco quiero hacer mérito de lo que importara para mí aquella injustísima prisión que duró cerca de cuatro meses.

— ¿Y en todo ese tiempo no le tomaron á usted declaración, ni se trató de averiguar el motivo de su encarcelamiento?

— Señor, en esa época la cárcel estaba atestada de reos, y sólo se atendía á restablecer el orden y á juzgar á los más culpables. No tenía nada de extraño el que yo pasara desapercibida entre tantos presos, hombres y mujeres de todas condiciones, encerrados en aquella prisión.

— Así, pues, ¿sólo á los cuatro meses pudo obtener usted su libertad?

—Pude cambiar de prisión, señor. ¡Más me valiera haber permanecido en la misma!... Sucedió que un oficial de los que montaban la guardia me hizo una noche salir de la cárcel, fingiendo orden superior, y me condujo á su casa, en donde me esperaba el tratamiento más vil que se podría imaginar.

Marcó escuchaba con inmenso interés la narración de Amelia, sintiéndose vivamente impresionado con cada una de sus desgracias, á cuya descripción sabía dar ella un tierno colorido usando hábilmente de las fáciles inflexiones de su voz y de las más insinuantes expresiones de su rostro.

Rodríguez estaba completamente satisfecho del talento que la joven desplegaba en el desempeño de su rol, y ya que no le era dado aplaudir con la animación que lo habría hecho en un teatro, ante una sobresaliente actriz, limitábase á expresar con sus elocuentes miradas el entusiasmo con que aprobaba cada rasgo feliz de la narradora.

El lector conoce ya en todos sus detalles la historia de la prisión de la joven en casa de San Bruno, pues la ha oído de boca de ella misma, cuando en presencia de los bandidos confundió al capitán con sus acusaciones.

No necesitamos decir que Amelia introdujo en su narración aquellas variaciones que juzgó necesarias para alejar todo in-

dicio capaz de despertar en Marcó la menor sospecha de que el oficial á que se refería era su predilecto capitán de talaveras y presidente del tribunal de vijilancia y de seguridad públicas.

Así, concluyó la parte principal de su lamentable historia diciendo que había podido fugarse de la casa del oficial, gracias á un descuido del hombre que hacía las veces de carcelero.

Detúvose aquí la joven como subyugada por las terribles emociones que el recuerdo de sus sufrimientos despertaba en su alma, pero en realidad para cobrar aliento al terminar lo más importante de su tarea, de la misma manera que el viajero, al fin de una penosa jornada, se detiene á descansar de sus fatigas.

El Presidente suspiró con todas las fuerzas de sus pulmones al enterarse de la feliz escapada de Amelia. Era como si le hubieran quitado un peso enorme que amenazara sofocar su respiración.

Los peligros á que había estado expuesta la inmaculada pureza de la joven, habían causado tal impresión en su espíritu, que materialmente no supo darse cuenta de sí mismo hasta que la vió libre de las asechanzas de su infame opresor.

Habría querido adorarla como á una imagen al saber que su poderosa virtud había podido resistir á tan duras pruebas.

Rodríguez se encargó de hacer reanudar á Amelia el hilo de su historia, pues Marcó había quedado en extremo sobreexcitado y falto de ánimos para exigirlo.

—Según parece, dijo, aun no hemos llegado al término de las penalidades de esta señorita.

Amelia se sonrió melancólicamente.

—No, por cierto, contestó; pero mi permanencia entre los bandidos, por mucho que me halla contrariado, no me ha ofrecido los terribles sinsabores de mi cautiverio en poder de ese miserable oficial.

—Un favor, antes de seguir adelante, interrumpió Marcó.

Amelia lo miró interrogativamente.

—¿Ese oficial está aún en Santiago?

—Es muy probable.

—Nómbremelo usted, y en el acto firmo la orden de prisión.

Amelia dudó un momento, y luego dijo:

—¿Querria Su Excelencia proceder de manera que yo quedara enteramente satisfecha?

—Indudablemente: esa es mi única aspiración.

—Pues bien, desearía dar por mí misma la orden de prisión, al oficial que debe ejecutarla.

El Presidente titubeó.

—Tendríamos, dijo, que hacer venir aquí... á un extraño... Yo habría querido conser-

var el secreto de nuestra amistad, por evitar... comentarios desfavorables.

—Pero, señor ¿no tiene Su Excelencia algún oficial de confianza, con cuya discreción se pueda contar?

—Sí, muchos; pero una comisión de este jénero sólo podría confiarse á...

—¿Al que hemos encontrado en nuestro camino al venir á esta casa? preguntó Rodríguez.

—Precisamente; pero hay de por medio lo que le ha acontecido á usted con él. Yo pensaba echarle mañana una reprimenda, en vez de eucargarle una comisión de confianza.

—Ahorre Sa Excelencia la reprimenda; yo no exijo tal cosa: el capitán es un hombre que me merece una gran estimación, y sentiría ocasionarle, aunque indirectamente, un disgusto.

—Pues tanto mejor: me limitaré á decirle que usted mismo ha intervenido en favor de él: de esta manera lo tendremos mejor dispuesto para hacerlo venir aquí á recibir las órdenes de esta señorita. ¿Quiere usted que venga en la noche?

—Sí, dijo Amelia; pero no ha de ser mañana.

—¿Por qué?

—Porque mi deseo es aprisionar en esta misma casa al que fué mi verdugo, y ap-

ra esto necesito tomar algunas precauciones, preparar el cuarto que le ha de servir de calabozo...

—Comprendo su intención y la encuentro muy justa: usted quiere que el infame expie sus faltas á la vista de la que ha sido su víctima; que se humille delante de usted, y que á usted misma deba su perdón.

—Ese es exactamente mi pensamiento.

—Sólo una cosa siento, observó el Presidente manifestando un verdadero aire de pesar.

—¿Qué cosa?

—Que usted no tendrá la suficiente entereza para aplicar al miserable el castigo que merece: ¡en mis manos sería otra cosa!... Pero en fin, yo no debo oponerme á sus deseos. ¿Cuándo cree usted hallarse en disposición de dar sus órdenes?

—En unos ocho días.

—Pero entretanto yo estaré viniendo á saludar á usted y...

—¿Cuándo querría venir Su Excelencia? preguntó sonriéndose Amelia.

—Mañana en la noche, contestó al punto el Presidente.

—Ah! eso es lo que yo quiero evitar! tanta frecuencia...! Será pasado mañana... Y entonces concluiré mi historia.

—¿Lo ordena usted así?

Amelia contestó con un gracioso ademán de afirmación.

—Esto quiere decir que por ahora está terminada la audiencia, repuso Marcó.

—Son ya las tres de la mañana, observó Rodríguez.

—Nos iremos, pues, dijo el Presidente levantándose y exhalando un suspiro.

Rodríguez pasó á la sala vecina con el pretexto de ir por la capa y el sombrero de Su Excelencia.

—¡Dos días de martirio! dijo Marcó. Pero está visto: no debo ser exigente: hombres han sido los que han motivado las desgracias de usted, y no es extraño que su corazón se encuentre mal dispuesto para aceptar la amistad de otro!

—¡Dios mío! dijo Amelia fingiendo admiración ¿es así como interpreta Su Excelencia mis caprichos?

—¿Luego es tan solo un capricho...?

—Su Excelencia no es para mí como los demás hombres.

—¿De veras? ¿Habla usted con sinceridad?

—Si Su Excelencia me inspirara el mismo recelo que todos, no le habría confiado mis secretos.

—Pero si hay eso, y si usted ha estado complacida con mi compañía, ¿por qué negarse á recibirme todas las noches?

—Se olvida Su Excelencia de que habíamos delante de otra persona, dijo Amelia con el más perfecto aire de candor.

—¡Ah! eso era! exclamó Marcó lleno de entusiasmo. ¡Lo hacía usted por delicadeza, pero en realidad habría querido acceder á mis deseos!

Amelia bajó la vista como si no se atreviera á dar una respuesta afirmativa.

—¡Es usted un ángel! prosiguió acaloradamente Marcó tomando la mano de Amelia para despedirse. Adios! Hasta mañana. Vendré mañana!

—Cuando Su Excelencia quiera.

—¡Todas las noches!

Amelia contestó con una mirada que equivalía á decir:

—No habría dicha mayor para mí.

Pero acto continuo, como asaltada por un nuevo pensamiento que la obligara á violentar su voluntad,

—Ah! no! exclamó. No abusemos de la felicidad: venga Su Excelencia pasado mañana.

—¡Señorita!...

—Yo lo ordeno, concluyó sonriéndose y retirando su mano de las de Marcó.

Y como para no dar lugar á nuevas exigencias, gritó:

—Antonia! Antonia!

La criada ama de llaves acudió al instante, preguntando:

—¿Qué se ofrece, señorita?

Al mismo tiempo Rodríguez le presentó la capa y el sombrero á Marcó.

—Pase usted muy buena noche, señorita, dijo el Presidente devorando á la joven con una dolorosa mirada.

Rodríguez le hizo también un respetuoso saludo, y se retiró en pos de Su Excelencia.

Al pasar por el zaguán, preguntó Marcó:

—¿Cuáles son sus habitaciones?

—Estas, excelentísimo señor, contestó Rodríguez mostrando las que ocupaban el cuerpo exterior del edificio.

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA MARIANA

"JOSE FORNIO MEDINA"

CAPITULO IX

CARTAS DE MENDOZA

Rodríguez acompañó á Marcó hasta la puerta del palacio.

Por el camino, Su Excelencia no habló de otra cosa que de la hermosura de la joven, de sus encantos, de su gracia para hablar, para reirse y aun para entristecerse.

—¿Ha quedado Su Excelencia satisfecho en cuanto á esperanzas? se aventuró á preguntar Rodríguez.

—Mucho, muchísimo, dijo Marcó restregándose las manos bajo la capa. Imagínese usted que apenas ha tenido valor para negarse á recibirme mañana.

—Hum! la cosa marcha! dijo Rodríguez.

—Y marcha bien! vive Dios! La pobre

joven ha sufrido tanto, que no es extraño que se entregue con alma y vida al primer hombre que le brinda felicidad.

—¡Eso es muy lógico!

—Y ya lo ha visto usted.

—Sí, y he notado que ella se recela de mí. ¿Apuesto á que cuando yo no estaba presente se portaba más cariñosa y...?

--Justo! ha acertado usted! Pero no es precisamente por recelo, sino por delicadeza: es una joven pundonorosa, y por más que se sienta halagada con mi amor, prefiere ocultar sus impresiones.

Hablando así llegaron á la puerta excusada de palacio, y Rodríguez se volvió á casa de Amelia.

Esperábalo ésta en compañía de Antonia, en la misma sala en que había recibido al Presidente.

Ambas estaban riéndose á más y mejor con el recuerdo de sus propias ficciones y de los arranques amorosos de aquél.

Lo que más había llamado la atención de Antonia, pues había podido observarlo á su sabor, eran las miradas elocuentes y apasionadas del ilustre galán.

Rodríguez entró á tiempo que una y otra prorrumpían en estrepitosa carcajada.

—Señorita Julia, le dijo á Amelia, doy á usted los más cumplidos parabienes: de hoy en adelante la reconozco por mi maestra en el arte de la ficción y de la astucia.

—Señor presbítero don Jerónimo Pimentel, repuso Amelia, no envanezca usted á su discípula con tan ponderativos elogios, si no quiere que se engría y pretenda emanciparse de su maestro.

—Ya no necesita usted de mis consejos para obrar: nos bastará ponernos de acuerdo, y usted discurrirá lo que convenga.

—Ah, señor Pimentel, ¡cómo se olvida usted de la fábula del volatinero!

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

—¿Quiere usted que como el aprendiz en la cuerda, me envanezca con mis adelantos, arroje el balancín creyéndolo un estorbo, y me dé un feroz porrazo?

—No tiene usted que temer tales resultados; y para poner fin á esta disputa, dígame usted: ¿está contenta con su amante?

—Phs! qué vale eso! un viejo verde!

—¿Cómo viejo? si no tiene cuarenta años.

—Ésas son las pretenciones de él, parecer jóven.

—Ahora tiene otras que lo preocupan en igual grado, es decir, superlativamente.

—Ya lo adivino: pretende enamorarme. ¿Se lo ha dicho á usted?

---Casi; pero no se necesita ser profeta para conocerlo.

---¿Muy desconsolado iba?

---Por el contrario, entusiasmadísimo. Ya cuenta por hecha la conquista.

—Pobre hombre! me da lástima! En el fondo es bueno.

—Hum! es un mandatario estúpido, débil, tirano, cruel... en fin, tiene todas las cualidades que se requieren para favorecer nuestra empresa.

—Eso nos está bien, y no debemos guardarle rencor por ello.

—Pero sí por la complacencia con que se presta á favorecer las atrocidades de que son víctimas los insurjentes.

Antonia intervino en la conversación, diciéndole á Amelia:

—Señorita se olvida usted del encargo de Ruperto.

—Ah! es verdad, tan distraída he estado...

—¿Encargo de Ruperto? preguntó Rodríguez con admiración.

—Ni más ni menos.

—¿Cómo! ¿Ha llegado ya?

—Sin novedad alguna.

—¿Y quién lo ha traído á esta casa?

—El señor Lagunas le dió las señas de la puerta que da á la calle del Peumo y una llave para que pudiera abrir.

—Bueno: eso estuvo bien pensado: conviene que ninguno de nuestros amigos éntre por la calle de los Teatinos, porque en palacio saben muchos que el presbítero Pimentel vive aquí. Pero ¿qué ha dicho Ruperto? ¿Por qué no me ha esperado?

— Si está aquí: llegó cuando usted aca

baba de salir con el Presidente, y como creyera que tardaría mucho en volver, y venía rendido, se fué á dormir después de dejar en el cuarto de usted un paquete de cartas.

—¡Excelente! voy á leerlas.

—¿No piensa usted dormir? Son las cuatro de la mañana.

—¡Qué importa! tiempo hay para eso. Dormiré en el día, si á Marcó no se le ocurre hacerme llamar para que hablemos de usted.

—¿Y si se le ocurre, como es muy posible?

—Le mandaré decir que aguarde, que no estoy para oír sus sandeces.

—Bueno, dijo Antonia; eso quiere decir que si vienen á buscar al señor Pimentel, diré que ha salido.

—Como quieras, contestó Rodríguez.

Y volviéndose á Amelia, le dijo:

—Buenas noches, señorita Julia; que no la desvelen sus cuitas amorosas.

—Eso podrá decirse por usted, que según entiendo recibirá ciertas cartas de más importancia que las del jeneral San Martín.

—A propósito, usted habrá recibido alguna del capitán Maruri.

—No es tan á propósito la pregunta sino en cuanto á que se trata de cartas de Mendoza.

—Qué sé yo; pero dado que le hayan es-

crito á usted, permito que me clave la carta en la frente si no contiene amargas quejas contra sus desdenes.

Y sin aguardar contestación, Rodríguez salió riéndose de la sala.

En su cuarto de dormir, encontró el paquete de cartas traído por Ruperto.

Venían contestadas las que Marcó y los palaciegos habían dirigido á Castillo Albo, todas abiertas, para que Rodríguez pudiera enterarse de su contenido; y además, tres cartas cerradas con sobrescrito para Rodríguez.

Por la letra, conoció éste que una era de San Martín, otra de Las Heras, y la última de doña Irene.

Esta fué la que Rodríguez abrió con preferencia, lo cual nos obliga á transcribirla antes que las otras.

A fuer de escrupulosos narradores, debemos también prevenir que Rodríguez vió con gran satisfacción que la carta había sido escrita por Corina, si bien traía la firma de doña Irene.

Decía:

«Mi más apreciado amigo:

¡Qué de sinsabores, qué de lágrimas, me ocasionó usted con su secreta partida! Sólo ahora, al recibir su carta, he venido á desengañarme de que su prisión no había

tenido un fin desgraciado. ¡Corina y yo lo hemos llorado á usted por muerto!

«En fin, ¿á qué aflijir á usted con el recuerdo de nuestros pesares? Demasiado los ha compensado la inesperada alegría de saber que usted está bueno y trabajando con admirable éxito por el triunfo de los patriotas, que será el término de nuestras desgracias.

«Sólo ha faltado en su carta, para que mi alegría fuera completa, el que hubiera podido usted darme noticias de mi hijo, de mi querido Ricardo.

«Consuélame siquiera la esperanza de que usted no desmayará en procurarse noticias, y alentará á Antonia á proseguir en sus investigaciones. ¡El cielo ha de permitir que para otra nueva carta pueda usted darme tan grato consuelo!

«Ha hecho usted bien en encargarme no revele á nadie que me ha escrito desde Chile, pues el placer que he experimentado con su carta, me habría inducido á hablar de ella á todas mis amigas y amigos, quienes en jeneral lamentan la desgraciada suerte de usted, suponiendo que San Martín lo tiene reducido á una estricta incomunicación ó le ha hecho dar la muerte

«Ni aun me daré por entendida con O'Higgins, que suele venir á verme, y que siempre ha finjido ignorar la suerte de usted á pesar de la intimidad en que vive

con el jeneral San Martín. Ahora que su carta me ha revelado la verdad de las cosas, yo debiera resentirme con el brigadier, si no calculara que al obrar así debe haber obedecido á imprescindibles necesidades políticas.»

Rodríguez interrumpió su lectura para decir con reconcentrado enojo:

—¡Falso! no lo ha hecho por eso! Bien habría él deseado poder asegurar que yo estaba muerto! Ah! está yendo á la casa; luego no ha abandonado sus antiguas pretensiones; luego espera vencer la resolución de Corina de tomar el hábito y de consagrarse á Dios! Esto es claro como la luz del día. Pero sigamos.

«A los pocos días de su prisión, y cuando se me había negado la entrada á la cárcel, se apareció en casa el sirviente de usted, el buen Blas, y me dijo que usted le había dicho el día antes de haber sido aprehendido, que proyectaba un viaje de alguna duración y quería que él se viniera á mi casa en su ausencia.

«Desorientado Blas con aquella inesperada prisión, no sabía qué hacer, y fué preciso que yo lo decidiera á venirse á casa, en donde se halla actualmente. Nada sabe ni he querido participarle acerca de usted; pero supongo que algo habrá sospechado ó sabido de boca de Ruperto, porque lo he visto más alegre que de ordina-

rio y ha andado estos días en misteriosas diligencias que me han indicado alguna novedad.»

El resto de la carta se reducía á desear á Rodríguez felicidad en sus empresas, y no contenía cosa de interés.

Sólo la última línea, más grata que todas para Rodríguez, merece que la transcribamos.

Decía simplemente:

«Mil expresiones de Corina.»

Rodríguez detuvo su vista en ella más tiempo que el que había empleado en leer la mitad de la carta, y descubrió con alegría que el pulso había temblado al escribir esa corta frase. Además, antes de ella había una letra borrada; lo cual indicaba que la joven había pensado poner otra cosa, y se había arrepentido al comenzar á escribir.

Estas fútiles reflexiones eran de una importancia suma para nuestro tan audaz conspirador como tímido enamorado.

No nos detendremos á disertar sobre si era ó no razonable el que un hombre de su ingenio se preocupara de las nimiedades que dejamos apuntadas: aprécielo el lector, si es filósofo, con su corazón en la mano; si enamorado, con la mano en su corazón, y nos atrevemos á esperar que ns

censura no será adversa para el héroe de nuestra prolija historia.

De la carta de doña Irene, pasó Rodríguez á la del coronel Las Heras, concebida en estos términos:

«Valiente amigo:

«Para usted las glorias y para mí los fríos. Estacionado en esta maldita cordillera, sólo tengo aliento para esperar el grito de «adelante», que no sé hasta cuándo se le antoje lanzarlo á nuestro jeneral.

«Prepare usted el terreno entretanto, y nosotros iremos á sembrar balas para cosechar «libertad.»

«Pero ya lo veo á usted impaciente, porque tardó en hablarle de su adorado tormento.

«Blas ha estado ayer á verme, conforme al encargo de usted, para informarme *de lo que le interesa saber á Ricardo acerca del jeneral O'Higgins*».

El lector recordará que Rodríguez, al hacer sus encargos á Blas para que lo tuviera al corriente de las novedades que ocurrieran en la casa de doña Irene, le previno que era con el objeto de transmitir tales noticias al hermano de Corina.

Hecha esta explicación, que da á conocer el motivo por que Las Heras subrayaba

las palabras que van en cursiva, proseguimos.

«Seré franco aun cuando sepa que mis nuevas no han de ser del todo agradables. Tal es también la recomendación que usted me hace en su carta; y mal que me pese, debo ser explícito.

«O'Higgins frecuenta la casa de Corina más de lo necesario para dejar comprender que no sólo la amistad lo lleva á ella: sus visitas son dos á la semana, y sabe usted que él reside en el campamento, y por consiguiente, tiene que darse un buen galope de ida y vuelta por dos horas de pasatiempo.

«Blas me dice que la tristeza habitual de Corina desaparece como por encanto en presencia del brigadier; pero sin embargo, ella mantiene su resolución de tomar el velo, á pesar de que según se ha sabido, él se empeña en disuadirla.

«Por lo demás, poco pueden ambos hablar á solas, pues siempre está doña Irene con ellos, y raras veces, sólo cuando O'Higgins se hace acompañar de un oficial, hay quien haga cuarto en la conversación.

«Mucho ha tratado O'Higgins de hacerlas aceptar un paseo á la finca de unas amigas; pero la joven se niega tenazmente.

«Como usted ve, esta última noticia no es tan desagradable, y espero que la estime en lo que vale.

«Intencionalmente he guardado para lo último lo más sabroso. Esto es, que recién se fué usted, y cuando todos ignorábamos su partida, habiendo ido yo á Mendoza, me encontré con doña Irene y Corina, quienes me detuvieron para preguntarme por usted, y hablando del rigor de que lo suponían víctima, Corina me hizo acaloradas reflexiones acerca de su inocencia, y sorprendí en sus ojos dos lágrimas que se esforzó cuanto pudo en ocultar.

«Ate usted ahora estos cabos y trate de descifrar el enigma: lo que es yo, no me meto en ese abismo insondable que las mujeres tienen en vez de corazón.

«Deseo que las últimas noticias mitiguen el mal efecto de las primeras, y quedo esperando las órdenes de usted, que supongo han de venir mucho más luego que el grito de guerra del jeneral.

Su afectísimo amigo y compañero.

Gregorio Las Heras.»

Esta carta produjo en Rodríguez mil encontradas emociones que en vano ensayaríamos transcribir.

Leyóla por dos veces consecutivas; luego releyó los párrafos más importantes, y por último, se abismó en profundas meditaciones, ora desagradables, ora halagüeñas,

que hubieron de terminar por un ruidoso suspiro y la siguiente exclamación:

—¡Eh! volvemos á las andadas! Me olvido de que estoy en campaña, y de que el éxito que corona mis empresas me asegura un glorioso porvenir. Sigamos nuestro camino y Dios dirá.

Hecha esta breve composición de lugar, propia de su jenio travieso, Rodríguez tiró á un lado la carta de Las Heras y desgarró el cierre de la de San Martín, mucho más abultada que la anterior.

Haremos merced de ella al lector, concretándonos á decir que el jeneral gastaba una llana en aplaudir las hazañas de Rodríguez, manifestándose abismado de la audacia y protestando que con los dos mil pesos que le había enviado eclipsaba absolutamente los méritos que él, San Martín, creía haberse conquistado reuniendo los muchos miles que le costaba la organización de su ejército.

Extendíase en seguida largamente acerca de varios puntos de política, recomendándole lo que importaba hacer durante el invierno, é instruyéndolo de la buena marcha que llevaban las cosas en su campamento.

Trascribiremos íntegros los últimos párrafos, por considerarlos de algún interés para el lector:

«Ha caído en mis manos un mensajero

del capitán San Bruno que traía una carta para Castillo Albo, en contestación á la que le escribí á nombre de éste. Nada dice en ella acerca de usted; pero el hecho de haberse valido de otro para remitirla, me hace creer que el tal capitán desconfía. Guárdese usted, pues, de él, que yo guardaré aquí al mensajero, hombre de mala catadura, llamado, según él dice, Juan Morán, y comerciante en rosarios, escapularios, cruces y demás baratijas de beatas. Buenos rosarios de cadenas le he hecho poner en la cárcel, y por cierto que no será tan diestro como usted para despojarse de ellas.

«Dígale usted á Neira, de parte mía, que le confirmaré su título de comandante en cuanto reciba buenas noticias de su desempeño en el servicio de la patria.

«Escribame pronto, antes que se cierre el paso de la cordillera, y confirme las noticias que doy en las cartas que van á nombre de Castillo de Albo.

«Adjunta va una firma en blanco de este sujeto.

«Le desea toda felicidad su afectísimo amigo

San Martín.

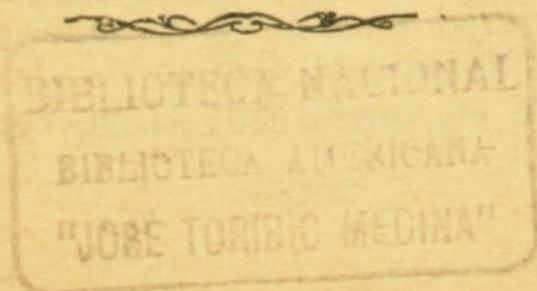
«P. D. Las cartas de Castillo Albo llevan, como usted notará, la fecha que me recomendó hacerles poner.»

—Eso es, murmuró Rodríguez, abriendo

una de las referidas cartas. Fecha 25 de Mayo. Hoy estamos á diecinueve; luego no debo llevarlas á palacio hasta el 1.º de Junio. Si se supiera que tengo un mensajero que va y vuelve en menos de ocho días, incluyendo los tres ó cuatro que debe perder en esperar las contestaciones, me asediarían á preguntas y quizás pretendería el Presidente mandar hacer un reconocimiento del camino.

En seguida Rodríguez abrió una carta de Maruri, en que se manifestaba muy satisfecho con haber sabido que Amelia estaba fuera de peligro, y la recomendaba á su cuidado invocando los deberes de amistad.

Nuestro joven se sonrió, hizo un jesto festivo, y pasó á enterarse de la carta dirigida á Marcó por el supuesto Castillo Albo, hasta que asaltado por el sueño, se metió á la cama, echándose á dormir tan tranquilo como si no existiera en el mundo un San Bruno que habría dado sus grados de capitán de talaveras por echarle las garras.



CAPÍTULO X

EL REGALO DE MARCÓ

A las once de la mañana del día siguiente, y cuando aún dormía Rodríguez, se presentó en la casa un empleado inferior de palacio con una carta y un paquete para el señor presbítero don Jerónimo Pimentel.

Antonia recibió ambas cosas, diciendo que el amo había salido y las pondría en sus manos en cuanto regresara.

A las doce se levantó Rodríguez, y no pudo menos de reirse al ver que el paquete contenía una linda caja de sándalo con incrustaciones de concha de perla.

Estaba cerrada, y la llave venía dentro de la carta.

Rodríguez abrió ésta y leyó:

«Querido señor Pimentel:

«Tenga Ud. la bondad de saludar á mi nombre á la señorita Julia y rogarle que acepte como una prueba de cariño el cofrecillo adjunto.

«Cumplido este encargo, véngase Ud. á palacio. Comeremos juntos.

Marcó».

— ¡Oh! oh! hizo Rodríguez. ¡Tanto honor! Vamos, vamos, parece que nuestra privanza no reconoce ya rival.

En efecto, Marcó no concedía á muchos el insigne honor de acompañarle á la mesa. El capitán San Bruno, á pesar del favor de que gozaba, no lo había obtenido sino en raras ocasiones: era demasiado grave y taciturno para que el presidente buscara su compañía á una hora en que gustaba del buen humor, de la franqueza y de la animación.

Para estas invitaciones, casi siempre escogía á los más alegres de sus cortesanos; pero siempre cuidando de hacerlo entre los de más encumbrada posición ó alcurnía.

Rodríguez llevó el cofre á Amelia y le dijo al presentárselo, saludándola ceremoniosamente.

— Señorita Julia, Su Excelencia el señor Presidente, me acaba de honrar con la comisión de poner en manos de usted, como una

humilde demostración de cariño, esta insignificante bagatela.

Amelia contestó riéndose:

—Es preciso ver antes de aceptar.

Y tomando el cofrecillo y la llave, lo abrió en presencia de Rodríguez.

Era un magnífico estuche de tocador, con piezas de un trabajo primoroso, entre las cuales se distinguían dos hermosos pomos de cristal con embocaduras de oro, á las cuales venían atados con cinta de sedas ricos pendientes de esmeraldas y diamantes, y un anillo con los iniciales del nombre de Marcó, grabadas delicadamente en una amatista oriental de un color azul violáceo.

—¡Tan luego principia a llover! dijo Amelia examinando las joyas.

—Y este es el primer chubasco. ¿Qué le parece á Ud?

—Me parece... que lo mejor es no aceptarlo.

—¡Bravo! ahí está el verdadero golpe! adivina usted mi pensamiento.

Amelia cerró el cofre diciendo:

—Bien precioso es.

--No tema usted perderlo, dijo Rodríguez; Marcó suplicará hasta obligarla á aceptarlo: y así abrirá usted más brecha en su corazón.

Convenido esto, Rodríguez fué en busca de Ruperto al interior de la casa, y conferenció largamente con él, haciéndole mil

preguntas sobre todo lo que había acontecido en su viaje, y con particularidad en los días que había pasado en Mendoza.

Después de esto, le dijo:

—Ocupémonos ahora de cosas de más provecho. Necesito un carpintero para hacer algunos trabajos en la casa.

—No es preciso buscar, contestó Ruperto. Entiendo algo de carpintería, y si usted duda, puede informarse del capitán San Bruno, en cuya casa hay una puerta reforzada por mí y varias otras composturas.

—Pues cabalmente, se trata de reforzar una puerta, dijo Rodríguez. Vea acá.

Y llevó á Ruperto á uno de los cuartos interiores de la casa.

—Quiero hacer de este cuarto, le dijo, un calabozo seguro, de tal manera que si es necesario encerrar una fiera en él, podamos estar tranquilos, con la certeza de que serán impotentes todos sus esfuerzos para fuggarse.

Ruperto echó una ojeada al cuarto, y dijo:

—Murallas de adobe, suelo sin ladrillos... Se necesita un largo trabajo: el preso más inepto puede abrirse paso...

—Ya lo veo; y sé también que sé necesitaría un largo trabajo para remediar esto. Pero no; la cosa urge: sólo tenemos ocho días. La debilidad de las murallas no importa cuando se tiene cuidado de visita.

una prisión frecuentemente y con prolijidad. Por lo demás, hay un sistema adoptado por el jeneral San Martín en Mendoza para asegurar á los reos más temibles; y me parece el más á propósito para nuestro objeto.

Esplicó en seguida el sistema del poste, banquillo y cadena, que el lector conoce por haberlo visto experimentar en el mismo Rodríguez.

Eso y una lijera modificación en la puerta del cuarto completaron las instrucciones de Ruperto, quien se encargó de hacerlo todo en el término señalado.

Rodríguez se fué entonces á palacio, tanto por acudir al llamado del Presidente, como por darle la nueva de que la señorita Julia se negaba á aceptar su presente.

Marcó se hallaba poseído de la mayor impaciencia al arribo de de Rodríguez.

Todo fué verlo entrar á su despacho, y despedir á dos oidores de la real audiencia con quienes se ocupaba de un asunto de gravedad.

—¿Ha visto usted á la señorita Julia? fué su primera pregunta en cuanto quedaron solos.

—Vengo de verla, señor.

—¿Le ha dado usted eso?

—Le presenté el cofrecillo y la carta de Su Excelencia.

—¿Y qué dijo?

—Siento decirlo, excelentísimo señor.

Marcó se puso pálido.

—¡Qué! exclamó, ¿trae una respuesta poco agradable?

—Su Excelencia será el que la califique: la creo algo ofensiva... Yo me he empeñado en cumplir mi cometido de la mejor manera posible; más, parece que la señorita Julia mira las cosas de otra manera que Su Excelencia, y tales reflexiones me ha hecho, que he llegado á creer... Aunque no sé: talvez el regalo ha sido un poco prematuro.

—Pero explíquese usted por Dios: estoy en ascuas.

—El caso no es para alarmarse tanto, señor, todo se reduce á que se le ha metido en la cabeza á la señorita Julia la idea de que en su humilde situación no debe aceptar un regalo tan valioso de Su Excelencia. Talvez hay en esto simplemente una cuestión de delicadeza: ella creerá desdorado ó humillante lo que en otras circunstancias le habría parecido muy natural;... aunque también me desagrada lo que ha hecho.

—Pero veamos, ¿cuáles han sido sus palabras? Porque supongo que me habrá mandado decir algo.

—Sin duda alguna. He aquí textualmente lo que ha dicho en cuanto vió el interior del cofrecillo: «Más me habría gustado que no vinieran estas joyas; y mucho más el que Su Excelencia, en vez de este precio-

so regalo, me hubiera enviado una flor. Dígame usted á Su Excelencia que si recibiera esto, no podría ponerme á su vista sin ruborizarme, y por consiguiente prefiero rehusar, sólo por tener el gusto de poder recibir sus visitas con el corazón heuchido de alegría y no de vergüenza».

—¡Oh! ¿eso ha dicho?

—Sin quitarle una coma, excelentísimo señor.

—¡Hombre! ¿y creía usted que me había de desagradar tal contestación? Pues por el contrario, me encanta, me enloquece. He ahí una joven digna, bajo todos respetos, de la mayores consideraciones. Con esto se ve claramente que ella se complace en mi amistad, no por lo que soy, ni por lo que puede obtener de mí, sino simplemente obedciendo á la simpatía que he tenido la felicidad de inspirarle. ¿Por qué temía usted que me había de causar mal efecto una cosa como ésta?

Rodríguez se encojó de hombros y alargó los labios para decir:

—Qué sé yo. Nosotros los hombres de iglesia poco entendemos de galanterías. Encárgueme Su Excelencia un sermón ó la conversión de un hereje, y me expediré con más acierto que ante los melindres de una dama caprichosa.

—Así lo creo, dijo sonriéndose Marcó: es

usted muy corto de vista para estos negocios.

—Y tanto, excelentísimo señor, que á decir verdad, yo he venido bastante amostazado por la contestación que tenía que dar á Su Excelencia.

Marcó se echó á reir con toda expansión.

—Ríase Su Excelencia cuanto quiera de mi ignorancia: cada uno en su cuerda, dijo Rodríguez sencillamente.

—¿Y qué ha hecho usted del cofrecillo? preguntó Marcó una vez calmada su hilaridad.

—Lo dejé en mis habitaciones, esperando que Su Excelencia enviaría por él en cuanto supiera el rechazo que había sufrido.

—¡Enviar por él! no faltaría otra cosa! pues ahora es el caso de ir yo mismo esta noche á desvauecerle sus ideas á la señorita Julia.

—Su Excelencia quedó en ir mañana.

—Así es; pero como hay un motivo...

—Ya se ve, y poderosísimo, dijo Rodríguez con aire de profunda convicción.

—Sin embargo, agregó el Presidente, una cosa se me ocurre...

—¿Alguna idea feliz?

—Felicísima.

—¡Bueno! dijo Rodríguez restregándose las manos. ¿Su Excelencia va á tomar algún desquite...?

—¡No diga usted eso, hombre de Dios!

No se trata de desquite, ni hay para qué! Lo bueno es que nunca mejor que ahora tendré oportunidad para escribirle una carta... Y en materia de cartas de esta naturaleza, no me cambio por otro.

— Su Excelencia no tiene necesidad de decirlo: eso se conoce á la simple vista.

— ¿Lo presume ya usted...?

— ¡Cómo no! Basta oír hablar á Su Excelencia para formarse una buena idea.

— Pues con más acierto juzgará usted luego que le muestre la carta. Déjeme usted solo, y en una hora habré concluido. Entretanto usted en las antesalas con los amigos: yo lo haré llamar cuando sea tiempo.

— Muy bien, señor.

— Diga usted que no estoy visible para nadie.

Rodríguez salió conteniendo la risa y repitió á los ujieres la orden del Presidente.

Justamente era á tiempo que San Bruno entraba á la antesala, con el propósito, sin duda, de pasar al despacho de Su Excelencia.

Rodríguez corrió á su encuentro, fingiendo una súbita alegría.

— ¡Señor capitán! ¿cómo le va á usted desde anoche acá? Supongo que no habrá tenido novedad ninguna.

San Bruno miró á todos lados antes de contestar, como preparándose á lanzar alguna frase descompuesta; mas, al ver que

había otras personas de valimiento en la sala, temió las consecuencias de un escándalo que forzosamente habría de llegar á oídos de Su Excelencia.

—Gracias, dijo esforzando una semisonrisa. ¿Dice usted que el señor Presidente no está visible?

—Tal es la orden que me ha encargado dar: está ocupado en un negocio de mucha trascendencia, que debe resolver antes de una hora para comunicarme en seguida la resolución. ¿Ha hablado usted hoy con él?

—Sí, ¿por qué?

Rodríguez bajó la voz.

—Por lo que pasó anoche, dijo confidencialmente. Su Excelencia no quiere que nadie sepa que ha andado fuera de palacio á esa hora.

—Ya me lo ha prevenido.

—¿Y de parte mía no le dijo á usted nada?

—¿Qué quería usted que me dijera? preguntó San Bruno con un tono en que se revelaba el esfuerzo que hacía para ocultar su disgusto.

—Es que yo le recomendé mucho que no se dejara llevar de la cólera que tenía contra usted por aquella chanza...

—¿Sí, eh?

—Qué quiere usted, yo no soy rencoroso... Vi á Su Excelencia con el ánimo tan alterado, que no era posible presajiar nada

bueno para usted. Pero qué diablos! cómo había de permitir que por una chanza tan inocente hubiera usted de pasar un maltrato! Y por otra parte, usted habría tenido así un motivo para mirarme con malos ojos...; al paso que ahora, hemos quedado en perfecta armonía, y en prueba de ello voy á hacer á usted una importantísima confidencia.

Rodríguez bajó más aún la voz y le dijo en el oído:

—Parece que hemos cojido al bribón de Rodríguez.

San Bruno lo miró con ojos extraviados, pasando del despecho á la sorpresa.

—Es de eso precisamente de lo que se ocupa Su Excelencia en este instante; ya verá usted...

Rodríguez se interrumpió para saludar á un oidor de la real audiencia que, viniendo hacia él con toda gravedad, le preguntó:

—¿Cómo está usted, señor Pimentel?

—Señor Caspe! á las órdenes de su señoría.

—¿Para cuándo tendremos cartas de Mendoza?

—No sé á puuto fijo; pero creo que será á fines del mes. A propósito, señor capitán San Bruno, cuando usted me dijo que se guardaba para escribir después á Mendoza ¿era porque pensaba enviar á alguien?

—Talvez. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque si á mi mensajero le hu-

biera sucedido alguna desgracia, el suyo podría tratar de obtener noticias de él.

---Luego ¿teme usted que no venga la contestación de las cartas? preguntó el capitán con interés.

—¡Quién puede asegurarlo! exclamó Rodríguez.

—En tal caso, más valía no haber corrido el riesgo de comprometer al señor Castillo Albo. Para cosas como éstas, se ha de contar con alguna seguridad: tener un mensajero fiel, sagaz y experimentando en lances de esta naturaleza.

—¡Bueno! pensó Rodríguez, con que de esa calidad es el hombre que has mandado! Lo tendré presente para prevenirle á San Martín que no lo deje escapar.

En seguida, encojiéndose de hombros, dijo en voz alta:

—Cada uno hace lo que puede, señor capitán: á usted le parece fácil encontrar jente de la condición que dice, porque tiene buenos muchachos entre quienes escojer.

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo ocurriría á los soldados de mi rejimiento para tales comisiones?

—Sin que me lo diga nadie, lo juzgo así, porque es tan natural... ¿No es verdad, señor Caspe?

—Así es, dijo éste; cualquiera se lo figuraría.

—Mis soldados son buenos tiradores, exce-

lentes guardianes del orden, aguerridos en los combates, jente de disciplina, de moralidad, y en fin, de valor; pero no encuentro en ninguno de ellos las cualidades especiales que requiere una comisión tan delicada.

—Pero usted tiene un hombre á propósito, insistió Rodríguez.

—No lo niego: un hombre que no se dejará cojer vivo, y que en caso de peligro, se tragará la correspondencia antes que entregarla al enemigo.

Rodríguez se sonrió disimuladamente.

Las palabras de San Bruno habían sido oídas por varias personas que durante la discusión se habían acercado al grupo formado por los interlocutores.

Es de notar que San Bruno tenía tanta fe en la fidelidad y habilidades de Villalobos, que aún cuando el plazo que éste se había fijado para su vuelta estaba ya excedido, no perdía la esperanza de verlo aparecer de un momento á otro.

Rodríguez dijo:

—Lo que yo siento es que el señor capitán no se haya apresurado á enviar á su hombre; que en tal caso ya contaríamos con la vuelta del uno ó del otro.

—Contaríamos con la de mi enviado, dijo resueltamente San Bruno; pues la del suyo la tengo por muy dudosa, desde que usted

manifiesta haber andado tan poco escrupuloso en la elección.

—Confíemos en la Divina Providencia, contesto Rodríguez alzando beatamente los ojos al cielo.

Algunos de los circunstantes tomaron en seguida parte en la conversación, prolongándose ésta hasta que un ujier dijo:

—Su Excelencia llama al señor presbítero Pimentel.

—Voy allá, contestó Rodríguez.

Y volviéndose á San Bruno, guiñó un ojo en señal de inteligencia.

—Es para eso, le dijo misteriosamente; lo de la captura de Rodríguez.

—Veremos en ello, contestó San Bruno con tono de duda, pues no quería exponerse á una burla de su rival.

Rodríguez entró al despacho de Su Excelencia diciendo:

—Señor, me acabo de ver en grandes aprietos.

—¿Por qué? preguntó Marcó apartando la vista de un papel que tenía en las manos y enjugándose la frente con un pañuelo, como si acabara de dar cima á un trabajo superior á sus fuerzas.

—Porque el capitán San Bruno parece que ha sospechado algo acerca de nuestra excursión nocturna.

—¿Cómo así?

—Su Excelencia recordará que él sabe

que la prometida de Neira está en mi poder.

—En efecto, usted lo dijo en su presencia, y la elojó bastante

—Ahora veo que no hice bien.

—Pero ¿qué es lo que ha habido?

—Me encontré ahora en la antesala, y después de haber hablado algo acerca de su famosa charza, me preguntó maliciosamente:

—«Ya habrá conocido Su Excelencia á la prometida de Neira!»

Yo titubeé algo, pues me turbo cuando hay que ocultar la verdad y me cojen desprevenido. Sin embargo, anduve feliz: se me ocurrió una salida.

—Ah! ah! muy bien! ya creía que usted se había dejado sorprender.

—Nó, señor; lo que se me ocurrió muy á tiempo para distraer la atención del capitán, fué decirle:

—«No ha habido tiempo de pensar en ella porque desde anoche Su Excelencia y yo nos hemos ocupado de un asunto muy importante, nada menos que de la captura de Rodríguez: parece que ya lo tenemos cojido.»

—¡Hombre! exclamó el Presidente, ¿eso le ha dicho usted?

—¿Y qué quería Su Excelencia que le dijera? Gracias á esto se distrajo al punto de su pensamiento, y quedó convencidísimo de

que desde anoche hasta ahora mismo nos ocupamos de ese negocio.

—¿Y si me viene á preguntar lo que hay de verdad en eso?

—Su Excelencia le da cualquier salida, sin desmentirme.

—Pero el caso es que vamos á quedar en descubierto en cuanto se vea que no hay nada de eso.

—No le dé cuidado á Su Excelencia: ya buscaré yo cómo paliar la cosa: puedo decir que me habían dado una noticia falsa ó que resultó ser otro individuo el que habíamos tomado por Rodríguez; en fin, mil cosas, señor.

—Qué se ha de hacer! yo soy enemigo de mentir; pero cuando es necesario...

—Y que no se le hace mal á nadie, agregó Rodríguez. Quebrantaría yo mi juramento de no ejercer mis augustas funciones sacerdotales, sólo por absolver á Su Excelencia de pecados como ese.

—Dios premie sus buenas intenciones, dijo Marcó riéndose. Veamos, pues, esta carta, para que usted mismo la lleve inmediatamente y se venga en seguida á comer conmigo. Oiga usted.

«Amable señorita X»

Marcó se interrumpió para preguntar:

—¿No le parece á usted bien el que ponga X en vez de Julia?

—Oh! muy bien pensado! sistema algebrá-

co: las iacógaitas se representan por una x .

---Yo no sé álgebra; pero el sentido común...

---El buen criterio suple los estudios, observó Rodríguez: personas hay que se queman las pestañas registrando libros, y no serían capaces de discutir una cosa tan razonable.

—Pues prosigo, dijo Marcó.

Y volvió á repetir con estudiado tono:

«Amable señorita X:

«La inmensa simpatía que hemos tenido la felicidad de inspirarnos mutuamente, nos abre el camino de la franqueza, á mí para obsequiarla y á usted para aceptar mis testimonios de amistad.»

—¿Qué tal? preguntó Marcó dejando de leer.

—Argumento incontestable, contundente, ó *ad hominem*, como decimos en teología.

—¿Trata la teología esta clase de argumentos? preguntó Marcó admirado de sí mismo.

—¡Cómo nó, señor! y también la lójica, que es una parte de la filosofía. Esto confirma mi idea de que el buen criterio reemplaza con ventaja los estudios.

—Tiene usted razón: me voy convenciendo de ello.

Sigamos:

«Así, pues, señorita, sería una contradicción incalificable, que sólo podría interpretarse como un acto de verdadera crueldad, la negativa que usted funda en una exajerada delicadeza».

—¡Muy bien! exclamó Rodríguez. Sólo una cosa noto ahí

—¿Alguna falta? preguntó alarmado el Presidente.

—Nada de eso, señor; simplemente una pequeña omisión.

—¡Ah! ¿cuál?

—Donde dice *señorita*, yo habría repetido *señorita X*.

—¡De veras! y eso será como un delicado reproche por el misterio que hasta aquí ha hecho de su nombre.

—Fuera de que la frase gana en elegancia, añadió Rodríguez.

—Felizmente hay un pequeño espacio en que cabe bien la *x*.

Marcó tomó la pluma é hizo la intercalación.

«Verdaderamente, yo debiera dudar de la sinceridad de su conducta de anoche; pero quiero confiar en que la lectura de estas reflexiones la harán cambiar á usted de resolución.

«¡Ah, señorita! no...»

—Señorita X, apuntó Rodríguez.

—Cierto...; pero aquí no cabe la *x*, porque hay un signo admirativo.

—Póngala Su Excelencia entre renglones.

—De ninguna manera! un billete de esta naturaleza con enmendaturas! ¿Dónde se ha visto? Valía más hacerlo de nuevo. Dejaremos la *x* para más adelante.

«...¡Ah, señorita! no quiera usted borrar las agradables impresiones que su amabilidad, su condescendencia, aparte de su hermosura, han causado en mi corazón! No quiera usted hacer de su delicadeza una Parca atroz, más atroz que la de los mortales, y cuyo lúgubre destino sería cortar el hilo de nuestra naciente amistad!...»

Marcó miró á Rodríguez para ver el efecto de esta última frase.

—¡Bravo! bravísimo! exclamó el joven. Su Excelencia demuestra ahí vastos conocimientos mitológicos y la figura es muy oportuna.

—¿La figura? ¿qué figura? Lo que he puesto son dos admiraciones y puntos suspensivos para darle más expresión á la frase.

—Perfectamente! eso es muy ingenioso! Pero yo me había referido á la comparación de la *delicadeza* con la *Parca*, que es de muy buen gusto.

—¿Y no se ha fijado usted en lo principal?

—¿En qué, señor?

—En que con esto hago la forzosa: ya no

puede ella negarse á recibir mi obsequio sin dar me á entender que quiere cortar mi amistad.

—¡Exacto! no me había fijado en eso!

—Ahora, fíjese usted en la conclusión:

—«¡Ah! ¿te daría usted valor para esto? ¿quería usted, señorita...»

—Aquí cabe la *x*; después la pondré.

«... ¿querría usted, señorita X, convertir en mayores recuerdos lo que ahora constituye mi única, mi suprema, mi delirante felicidad?»

—«¡Nó; no lo creo! Pero mientras usted no me tranquilice, mi vida será un martirio.»

«Espera su contestación el más rendido esclavo que besa sus pies.»

Casimiro.»

—¡Oh! hizo Rodríguez ¡es cuanto se le puede decir! No le deja Su Excelencia á donde darse vuelta. Es una pieza perfectamente acabada. Voy á llevarla inmediatamente.

—Pero no vaya usted á revelar que sabe su contenido.

—¡De ninguna manera!

Marcó se puso á plegar la carta.

—¡Ah! ¿y la *x*? preguntó Rodríguez.

—Cabal! se me olvidaba.

El Presidente abrió la carta, hizo la importante enmendatura debida al buen con-

sejo de su confidente, plegó y lacró con todo esmero y dijo:

—Vaya usted y vuelva pronto, que ya va á ser hora de comer. No me sentaré á la mesa sin tener la contestación por escrito. Dígalo usted así á la señorita Julia.

—Muy bien, señor, dijo Rodríguez saliendo.

Al pasar por la antesala, mostró á San Bruno la carta desde alguna distancia, diciéndole:

—La cosa marcha: aquí va la orden para que nos entreguen al pillastre.

Y sin aguardar observación, salió á toda prisa, dejando al capitán con dos palmos de narices.

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA CLASICA

"JOSE TORIBIO MEDINA"

CAPITULO XI

EL OFICIAL DE AMELIA

Media hora después, Rodríguez volvía al despacho del Presidente con un billetito perfumado que contenía estas pocas palabras:

«Señor:

El portador dirá lo que ha visto. Quedo rogando á Dios me dé fuerzas para poder ser menos condescendiente con Su Excelencia.

«Antes de ocho días dejaré de ser

X.»

La letra era menos mala de lo que podía esperarse de una mujer, y la ortografía, purísima.

—¿Qué es lo que ha visto usted? preguntó el Presidente con ansiedad.

—La señorita X leyó la carta por dos veces consecutivas, é inmediatamente me dijo:

—«Tenga usted la bondad de traerme el cofrecito.»

En dos segundos lo puse en sus manos, ó más bien ella se abalanzó á él; lo abrió precipitadamente; desató los pendientes y anillos; se los puso; destapó en seguida un pomo, y vació en su seno una buena parte de su contenido, diciéndome al mismo tiempo:

—«Dígale usted á Su Excelencia lo que ha visto.»

—«Sería mejor que usted le escribiera», repuse yo.

No necesité repetírselo. Corrió á una mesa; trazó velozmente las líneas que Su Excelencia ha leído, y me dijo:

—Aquí tiene usted. ¿Vendrá mañana Su Excelencia?

—Sin falta alguna, contesté saludando para retirarme. Esto es todo.

Marcó no había perdido una palabra de la relación de Rodríguez, y fué tal su gozo, que en cuanto ésta concluyó de hablar, le tomó una mano y la estrechó entre las suyas con la expresión del más vivo reconocimiento, como si le fuera deudor de un inmenso servicio.

La privanza de Rodríguez crecía, pues con los estragos que la amistad de Amelia hacía en el corazón de Su Excelencia.

Así, á la hora de la comida, nuestro joven, con gran envidia de los cortesanos, tuvo en la mesa el puesto de preferencia á la derecha de Marcó.

No necesitamos decir que él supo manifestarse digno de aquel honor, eclipsando con su variada y festiva conversaci6n á los más locuaces y alegres comenzales de palacio.

Sus dichos ingeniosos, sus espirituales ocurrencias, sus prontas y oportunas contestaciones, la orijinalidad de sus frases, y en fin, el d6n particular que él tenía de hacer chistoso lo que en boca de cualquier otro no habría tenido gracia alguna, mantuvieron la más espontánea animación en la mesa, é hicieron el encanto de Marcó.

— ¡Por vida mía! le decía á Rodríguez; es usted un excelente compañero de mesa, y protesto no volver á comer sin tenerlo á mi lado.

Después de la comida, el Presidente manifestó á Rodríguez el deseo de ir un momento en la noche á saludar á la señorita Julia; pero éste le hizo ciertas reflexiones que le fué preciso aceptar mal de su grado.

La visita hubo de aplazarse para la noche siguiente, conformándose así á lo prescrito por Amelia.

No nos ocuparemos de trascribir punto por punto lo que pasó en esta segunda entrevista del amartelado galán y de la verdaderamente fementida dama.

Colíjalo el lector por lo que conoce del carácter y del espíritu de ambos, y permítanos que sólo digamos que Amelia contó durante la cena, pues hubo cena como en la primera noche, la historia de su permanencia entre los bandidos, historia que en su mayor parte fué concertada entre ella y Rodríguez con rasgos novelescos, románticos y verdaderamente propios para exaltar la imaginación de un cándido amante.

Marcó se retiró más enamorado que nunca: no se cansaba de hablar de la señorita X, cuyo incógnito lo desesperaba, habiéndose ella propuesto no *despejarlo*, como decía Rodríguez en términos algebráicos, hasta el momento en que diera la orden de aprisionar á su enemigo, al causante de todas sus desgracias.

Ya se comprenderá que el Presidente, para saciar su apetito de hablar todo el día de las gracias de su amada, retenía á Rodríguez á su lado cuanto más podía. Y así éste sólo podía atender á sus multiplicadas ocupaciones, ó más bien diremos intrigas, cuando lograba escaparse de palacio con plausibles pretextos.

Así avanzó la semana, habiendo logrado el Presidente hacerse admitir en la casa

de Amelia las tres últimas noches que faltaban para completar los ocho días de plazo que ella había fijado para sus más importantes revelaciones.

Fuerza es decir que tal plazo no sólo había sido calculado para preparar la prisión destinada al famoso oficial, sino también, y muy principalmente, con el fin de asegurar mejor el golpe premeditado, contando con un poderoso dominio sobre el corazón y la voluntad del Presidente.

Y tan bien calculado había sido esto, que ya Marcó, según el mismo decía, sólo respiraba para ella, y no tenía más vida que para someterse á sus insignificantes caprichos.

Amelia se había dado trazas, con encantadora coquetería, para avasallar á su amante imponiéndole su voluntad, sin embargo de fijarse cada vez más dominada por el amor que tan sutilmente, según le decía á Marcó, había sabido inspirarle.

Los coloquios que ambos sostenían en los momentos que Rodríguez se alejaba estruendosamente de ellos, eran verdaderos idilios.

Llegado el octavo día, que era el 28 de Mayo, Rodríguez se determinó á llevar á palacio la supuesta correspondencia de Castillo Albo, anticipándose así tres días al plazo que anteriormente se había fijado.

Inducido á esto el deseo de desazonar á San Bruno, con una jugada maestra, de

las que tan bien sabía él forjar, y hacerlo perder algo de su buena reputación en el ánimo del Presidente, preparando así el camino para el gran golpe que debía tener lugar en la noche.

En la madrugada del día citado, se fué, pues, á casa de Lagunas, que hacía tres días se hallaba en Santiago, y le hizo escribir la siguiente carta, dirigida á Marcó y destinada á presentársela á nombre de Castillo Albo, junto con la que San Martín había enviado de Mendoza. La firma recortada autorizaba cuantas cartas fueran en el paquete.

«Corocorto, Mayo 25 de 1816.»

«Excelentísimo señor:

«Después de cerrada mi anterior, que Su Excelencia recibirá junto con ésta, he recibido una orden del jeneral San Martín para que comparezca inmediatamente á su presencia.

«Según me asegura un amigo que me merece entera fe, lo que ocurre es que ha caído en poder de los insurjentes un hombre que viene de Chile con una carta del capitán San Bruno dirigida á mí, en contestación á otra que yo le he escrito.

«Es sensible que el señor capitán no se

haya valido del mensajero del señor Pimentel, ocasionándome así lamentables disgustos, y quizá exponiéndome á una prisión que por lo menos tendrá la fatal consecuencia de interrumpir nuestras comunicaciones.

«El tiempo apremia.

«Repito mis consideraciones á Su Excelencia».

Escrita esta carta, Rodríguez la empaquetó con las otras.

La diferencia de letra con las que venían de Mendoza, no debía sugerir dudas, en atención á que ya se sabía que Castillo Albo no escribía sus cartas, para alejar todo indicio que pudiera comprometerlo.

A eso de las dos de la tarde, Rodríguez llevó á palacio la ansiada correspondencia; y decimos ansiada, porque ningún día dejaba á alguien de asediar á nuestro joven con preguntas acerca de ella.

Rodríguez había elejido la hora en que las antecámaras estaban más concurridas, y al pasar por ellas dijo en voz alta:

—Señores, ya tenemos cartas de Mendoza.

Y mostró el paquete que llevaba bajo el manto.

—A ver! á ver! dijeron acercándose á Rodríguez algunos de los que esperaban contestación.

—¡Vamos! no hay para qué apurarse tanto, observó Rodríguez. Su Excelencia es

el que debe abrir el paquete. ¿Dónde está el capitán San Bruno?

—Está con Su Excelencia.

—Mejor que mejor: parece que le he ganado la partida; ¿no es verdad? señores?

—Sí, pues él decía que su mensajero vendría primero que el de usted.

—Más que eso decía, observó Rodríguez; ¿no le oyeron asegurar que mi mensajero no volvería? ¿no lo oyó usted señor oidor?

—En efecto, hace pocos días que lo dije aquí mismo.

—Ya lo ven ustedes, dijo Rodríguez apartándose de los palaciegos para ir a traer al despacho de Marcó, lo cual efectuó sin ceremonia, pues Su Excelencia lo había autorizado para hacerlo á toda hora sin previo anuncio.

San Bruno se hallaba sentado al frente de Marcó, bufeta de por medio presentándole algunos decretos para que los firmara.

Rodríguez saludó sin cortedad y presentó el paquete de cartas á Su Excelencia.

—¿Qué es esto? preguntó Marcó.

—La correspondencia de Mendoza, que acaba de llegar, dijo Rodríguez mirando de reojo á San Bruno, el cual no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—¡Bueno! bueno! exclamó el Presidente apoderándose del paquete y disponiéndose á desgarrar la cubierta.

—Junto con eso, agregó Rodríguez, me ha entregado el mensajero esto otro.

Y mostró un puñado de cigarrillos.

—¡Cigarros! exclamó el Presidente.

—Sí, señor; en uno de éstos viene un papelito con la firma de Castillo Albo.

—Me gusta la idea; muy bien pensado. Busque usted la firma mientras yo veo las cartas.

Rodríguez puso los cigarrillos sobre la mesa, al lado del capitán San Bruno, y comenzó á deshacerlos uno por uno. A los seis ó siete halló la firma y se la presentó á Marcó.

—Muy bien, dijo éste, recibéndola y pasándole al mismo tiempo á Rodríguez las cartas dirigidas á los cortesanos, que se había ocupado en apartarlas.

—Tenga usted la bondad de distribuir las mientras yo leo, dijo; vienen dos cartas para mí. Comenzaremos por la más abultada.

Rodríguez salió á dar cumplimiento á la orden de Su Excelencia.

A todo esto, San Bruno había permanecido en absoluto silencio, y con el rostro más sombrío que de ordinario, como ocupado de un grave pensamiento.

Apenas hubo salido Rodríguez, exclamó él con sordo acento.

—¡Dios me perdone!

—¿Qué cosa? preguntó Marcó apartando

la vista de la carta que iba á principiar á leer.

—Es un pensamiento que se me ocurre acerca de estas cartas; casi no me atrevo á comunicarlo á Su Excelencia.

—¿Por qué?

—Porque sólo es una sospecha... Sin embargo, lo diré. Dios sabe que me guía una buena intención.

--Hable usted.

—Lo que se me ocurre es que cualquiera puede recortar una firma al pie de una carta.

—¿Y qué hay con eso?

—Que bien pudiera suceder... que esa firma de Castillo Albo... fuera recortada de alguna carta que él hubiera escrito á un amigo ó á cualquier individuo.

—¡Cómo! exclamó el Presidente asombrado; es decir que estas cartas serían falsas!

—No digo yo que lo sean, sino que podrían serlo.

—¡Oh! eso es llevar muy lejos la desconfianza. ¿Dada usted acaso del señor Pimeattel hasta el punto de figurarse una cosa semejante?

—Bien hacía yo en no querer comunicar mi pensamiento á Su Excelencia, dijo San Bruno como resentido del tono que Marcó empleaba para desaprobár sus sospechas.

Disgustado en efecto el Presidente, se echó

atrás en su asiento concretándose determinadamente á leer.

—San Bruno se mordió los bigotes con encarnizamiento, y en seguida dijo para sí:

—¡Ah! llegará Villalobos, y entonces veremos.

La supuesta carta de Castillo Albo era bastante larga, y aún no concluía el Presidente de leerla, cuando Rodríguez volvió de las antesalas.

Para no interrumpir, se sentó en un sofá á cierta distancia del bufete.

San Bruno estaba inmóvil, abismado en profundas meditaciones.

Al cabo de un buen rato, Marcó terminó su lectura, y volviéndose á Rodríguez, dijo:

—Buenas noticias; aunque no del todo.

—¿Cómo así, excelentísimo señor?

—San Martín aplaza sus proyectos para la primavera próxima...

—¡Buena! eso da tiempo para preparar la defensa!

—Así es. Lo que más me recomienda ahora es que no descuide las costas: parece que han enviado refuerzos á la escuadra insurgente para emprender un golpe de mano en algún puerto de Chile.

—¡Malo está eso!

—Esas son las dos principales noticias, aunque también hay varias otras que no carecen de interés. Tome usted, lea.

Rodríguez se paró á recibir la carta de manos del Presidente, y volvió en seguida á ocupar su asiento.

San Bruno se puso á hojear los pliegos que aún quedaban sin firmar. Su despecho se iba haciendo visible por grados: conocíase que su situación era violenta y que ardía en deseos de retirarse.

Desgarró Marcó el cierro de la segunda carta, y principió á leer para sí.

Rodríguez lo miraba á hurtadillas desde su lugar, aunque simulando la más profunda contracción á la carta que tenía en las manos.

De pronto, Marcó se enderezó en la silla y continuó su lectura con notable avidez, frunciendo el ceño y abriendo los ojos como poseído de una viva admiración.

Rodríguez no perdía el más mínimo ademán.

—¡Bueno! exclamaba interiormente; ya va á estallar la mina. ¡Atención!

Y en efecto, casi al mismo tiempo Marcó dejó caer la carta de sus manos y dió un golpe en la mesa con muestras de la mayor estupefacción.

—¡Por todos los santos, qué ha ido á hacer usted, hombre de Dios! exclamó mirando á San Bruno con brasas de fuego más bien que con ojos humanos.

—¡Yo, señor! dijo el capitán, cortado con aquella brusca interpelación.

—¡Usted, pues! usted! usted! Me parece que bien claro me dirijo á usted! repuso el Presidente exasperándose más y más.

—Pero, señor... no sé de que se trata...

—¡No sabe! estamos bien! no sabe, y he aquí que nos echa usted á perder todo el juego que le estábamos haciendo á ese endiablado San Martín!

—¡Yo, Excelencia!... pero... no comprendo.

Marcó se levantó de su asiento, dió algunos pasos hácia Rodríguez, que afectaba una gran sorpresa, y cruzándose de brazos frente á él.

—¡Qué le parece á usted! le dijo. ¡Todo se ha perdido!

—¡Cómo, excelentísimo señor!

—¡Castillo Albo debe estar preso á estas horas!

—¡Preso! gritó Rodríguez tomándose la cabeza con ambas manos.

—¡Y todo por causa de este caballero! agregó el Presidente, designando á San Bruno con el dedo pulgar por encima del hombro.

—¡El capitán tiene la culpa! dijo Rodríguez imitando el ademán de Marcó!

San Bruno estaba anonadado, pues ya calculaba lo que debía haber sucedido.

—¿Y cómo ha sido esto? preguntó Rodríguez tras un momento de silencio.

—¡Ah! señor San Bruno exclamó Marcó

volviéndose á él. Usted abusa del poder que le doy; usted obra sin consultarme, y aún contrariando mis intenciones!

—Señor, contestó el capitán con el aire más sumiso, Su Excelencia debe notar que en todo lo que hago sólo me guía el buen servicio del rey... Talvez una desgracia ha venido ahora á cruzar mis buenos propósitos...

—Es que esa desgracia se habría evitado si usted, como era de su deber, me hubiera prevenido antes de dar un paso como ese. Ya comprendo yo sus miras! ya sé que objeto lo impulsaba á usted! y esto mismo es una razón más para que yo me enfade, porque veo que eso es llevar la desconfianza, la tenacidad, el rencor, diré, hasta un extremo imperdonable. Por consideración á mí mismo debiera usted haber meditado mucho antes de dar un paso semejante.

Marcó dió un paseo á lo largo de la sala, y como si la humildad del capitán desarmara su cólera, volvió á pararse delante de él para decirle con tono más calmado:

—En verdad que esto es para volver loco á cualquiera, y que si no fuera usted... Pero en fin, ya esto no tiene remedio; no hay que darle vuelta... y vale más no decirlo.

Sentóse otra vez el Presidente, y después de un instante de meditación, agregó con aire amenazador:

—¡Pero que no vuelva á suceder una cosa parecida! que no tenga yo otro motivo de disgusto! porque entonces... ya será otra cosa!

San Bruno vió que la tormenta amainaba, y se repuso.

—Señor, dijo, si Su Excelencia se imagina que en alguno de mis actos me ha guiado otro interés que el de servir fielmente á su Gobierno, quiero más bien renunciar á los favores que me dispensa. Serviré como el último soldado, pero estaré libre de que una nueva desgracia me haga salir ignominiosamente de palacio. Ruego á Su Excelencia tenga á bien exonerarme del cargo de presidente del tribunal de vijilancia, y aceptar la dimisión que inmediatamente voy á hacer de mi grado de capitán.

Marcó levantó la cabeza al oír esto, y se quedó mirando fijamente á San Bruno, el cual permaneció inmóvil, con la vista fija en el suelo.

Aunque el Presidente era de un carácter bastante débil, aquella determinación lanzada en un momento en que había tanta justicia para hacer un reproche, le disgustó, pues era un desconocimiento de la razón que había tenido para exasperarse.

Iba á formular una brusca frase de despedida, cuando le asaltó la idea de que en la noche debía necesitar los servicios del capitán para cumplir su palabra á Amelia.

Recorrió sin embargo su memoria tratando de fijarse en algún otro oficial capaz de desempeñar bien aquella comisión; pero halló que entre los de alta graduación no había ninguno que le mereciera toda su confianza como servidor discreto y decidido á ejecutar sus órdenes.

Entonces dijo:

—Capitán: hace usted mal en precipitarse á pedir su retiro. Eso es negar el derecho que tengo de enfadarme cuando algo me desagrada. Harto disgusto me causa lo que ha pasado; harto repruebo lo que ha dado margen á ello: pero esto no quiere decir que yo desconozca su decisión por mi gobierno, ni que le niegue la confianza que usted me ha merecido hasta aquí. En prueba de ello, esta noche voy á dar á usted una delicada comisión, que espero sea tan bien ejecutada, que me haga usted olvidar el mal rato que he tenido con esta fatal noticia.

Y al decir esto, Marcó recojió la carta del suelo y la pasó al capitán.

—Nadie sabrá esto, concluyó, á menos que llegue la noticia por otro conducto.

San Bruno lanzó una mirada á Rodríguez, que había asistido á toda esta escena con gran indiferencia desde que había visto apaciguarse al Presidente.

Comprendió Marcó lo que significaba

aquella mirada del capitán, y se apresuró á decir:

—No tenga usted cuidado: el señor Pimentel debe saberlo todo tarde que temprano, y mejor es explicárselo desde luego. Yo me encargaré de ello, y cuente usted con su discrecion. Deje ahí esos pliegos que quedan por firmar y vuelva esta noche á las ocho.

San Bruno se inclinó sin decir palabra, y salió guardándose la carta con torvo ceño y más pálido que de ordinario.

La jugada perdida redundaba en provecho de su rival, quien ganaba en el ánimo del Presidente tanto terreno como el que él perdía.

El Presidente se quedó explicando á Rodríguez la parte que San Bruno tenía en la prisión de Castillo Albo. Hablaba él de prisión, dándola como cosa cierta, porque no dudaba que San Martín sería implacable contra un delito de tanta trascendencia.

Recomendóle finalmente que dispusiera un nuevo y pronto envío del mensajero á Mendoza, para informarse de lo que hubiera ocurrido.

Rodríguez quedó de tratar de eso al día siguiente; aceptó un bono de mil pesos que Marcó le ofreció para gastos de mensajería, y pidió diez pasaportes en blanco que, según dijo, necesitaba Neira para sus correos.

CAPITULO XII

CONTINUACIÓN

Poco antes de las nueve de la noche, llegaban á la casa de Amelia, ó de Rodríguez si se quiere, el Presidente y el capitán San Bruno.

Ambos habían hecho el camino sin hablar palabra, y el último había tenido especial cuidado de mantenerse un poco más atrás de Marcó, obedeciendo así á una etiqueta de corte que debía halagar á éste.

Cuando entraron á la sala de recibir, sólo hallaron á Rodríguez, parado junto á una consola y leyendo en su breviario.

—¡Hola! dijo Marcó ¿está usted rezando?

—Sí, señor, contestó Rodríguez cerrando el libro, lo he tenido tiempo de hacerlo en el día; y el oficio es de obligación.

El Presidente se volvió á San Bruno, que había entrado mirando á todos lados, como sorprendido del lujoso ajuar de la sala.

—Siéntese usted, capitán, le dijo señalándole una silla, al mismo tiempo que él lo hacía en un diván.

Rodríguez permaneció parado donde estaba, pero atento á lo que dijera el Presidente.

—¿Dónde está esa persona? le preguntó éste.

—Espera las órdenes de Su Excelencia en aquella sala, dijo Rodríguez señalando la pieza contigua.

—Muy bien, repuso Marcó.

Tras un corto instante, en que pareció meditar lo que debía hacer, se volvió á San Bruno y le dijo:

—Tenemos aquí á esa joven...

El Presidente titubeó sin hallar cómo designarla.

—A la prometida de Neira, concluyó Rodríguez oficiosamente.

—Lo presumía, dijo San Bruno para dar una prueba de intelijencia.

El Presidente no dió importancia alguna á esta observación y continuó:

—Esta misma joven me ha denunciado un crimen horrible que merece ser castigado ejemplarmente; y quiero que usted se encargue de prender al culpable.

—¿Quién es, Excelencia? preguntó San Bruno.

—Lo va á saber usted muy pronto: para eso lo he traído aquí. Voy yo mismo á hacer venir á la acusadora para que le dé á usted el nombre, domicilio y demás indicaciones del caso. Aguarde usted un momento

El Presidente atravesó la sala á grandes pasos y desapareció por la puerta que Rodríguez había designado poco antes.

Dejaremos al capitán aguardando ávidamente la presentación de la prometida de Neira, mientras Rodríguez abría con gran reposo su breviario y se ponía á recitar en voz perceptible los latines del oficio mayor.

El Presidente halló á Amelia arrellanada en un sillón, en actitud meditabunda, calentándose los pies en un bruñido brasero de cobre; dos piececitos primorosamente calzados, que habrían cabido en el hueco de las manos.

—¿Cómo está usted, preciosa mía? dijo Marcó alargándole las manos.

Debemos advertir que las frecuentes entrevistas de las noches anteriores habían dado lugar á que se estableciera una gran intimidad entre ambos, pues uno y otro se esforzaban en ello por sus respectivos intereses.

—Me va mal, dijo la joven sin variar de postura y alargando con indolencia su ma-

mano, que abandonó por algunos instantes entre las del Presidente.

---¡Mal! exclamó éste, ¿por qué?

—Porque hoy todo el mundo se ha olvidado de mí.

—¡Todo el mundo! pero qué llama usted todo el mundo?

Amelia levantó dulcemente los párpados y fijó en Marcó una mirada abrasadora.

—Su Excelencia sabe muy bien, dijo con tono de reconvención, á qué se reduce el mundo para mí.

—¡Dígalo usted! suplicó Marcó.

Amelia trepidó un instante, y luego dijo pronunciando lentamente sus palabras:

—Cuando sólo se ve á una persona, cuando sólo se piensa en ella, cuando sólo á ella... se ama ¿quiénes componen todo el mundo para una?

—¡Vida mía! exclamó el Presidente cayendo de rodillas junto á Amelia y tomándole la manos sin que ella opusiera resistencia alguna. ¡Yo no me he olvidado hoy de usted, preciosa de mi corazón! Si no he escrito, ni he mandado, nuestro amigo Pimentel tiene la culpa; pregúntelo usted á él mismo...

—Se lo preguntaré; y si no es así...

Amelia levantó el dedo índice moviéndolo en actitud amenazadora.

El Presidente se apoderó al punto de la

mano que se había escapado de entre las suyas y trató de besarla.

—Nó! nó! exclamó vivamente la joven, eso no es lo pactado. Ahora veremos si Su Excelencia se hace acreedor á mis concesiones.

—Pero ya está el oficial ahí, repuso Marcó argumentando.

—Bien puede estar, pero aún no he dado la orden; ni sé si será obedecida.

—¡Oh! vaya á usted hacer la prueba!

—Iré, dijo Amelia enderezándose lentamente.

—Oiga usted, agregó Marcó deteniéndola. En cuanto el capitán salga á cumplir la orden, ¿seré yo dueño de besar estas preciosas manos?

Amelia pareció dudar.

—Sí! sí! repuso Marcó lleno de gozo.

—A nada me comprometo, dijo la joven con un aire reflexivo que le sentaba admirablemente; pero sí puedo asegurar que una vez ejecutadas mis órdenes, no seré dueña de contradecir en nada á Su Excelencia.

—¡En nada! ¿de veras?

—Así lo creo.

—Asegúremelo usted.

—Con tal que Su Excelencia no me dé motivos que, como hoy, puedan hacerme dudar de su amor, esté seguro de que no lo contrariaré en nada.

—Estoy tranquilo por esa parte, exclamó el Presidente oprimiendo las manos de la joven para demostrarle su gozo y agradecimiento.

—Vamos, dijo ella levantándose y apoyándose con voluoptosa languidez en el brazo de Marcó.

Así avanzaron ambos hasta la puerta de la sala, que Amelia abrió procurando dominar la emoción que se apoderaba de todos sus sentidos y la hacía temblar como la hoja en el árbol.

—¿Por qué tiembla usted? le preguntó Marcó antes de pasar el umbral de la puerta.

---Tiemblo de gozo, dijo Amelia sobreponiéndose á su emoción por un supremo esfuerzo de voluntad.

Y acto continuo pasó la puerta obligando á Marcó á caminar con cierta precipitación.

Al mismo tiempo Rodríguez se apartaba de la consola é iba á colocarse entre San Bruno y la puerta que daba al patio exterior.

Apenas Amelia hubo andado cuatro ó cinco pasos por la sala, fijó la vista en San Bruno y lanzó un grito de horror.

Y como si no se creyera segura.

—Favorézcame, señor, exclamó, echándose en brazos del Presidente. ¡El es! el

capitán San Bruno! mi carcelero! mi verdugo!

Al primer grito de la joven, San Bruno saltó de su silla como al impulso de un resorte.

Pero no hizo más movimiento; el espanto heló la sangre en sus venas, lo anonadó.

No menos sorprendido el Presidente, acogió á la joven en sus brazos sintiéndose cuenta al pronto de lo que pasaba.

Sólo se oyó entonces la voz de Rodríguez que decía finjiendo la más estupenda sorpresa:

—¡Santo cielo! era él!

—¡Pero Dios mío! exclamó Amelia estrechándose contra el pecho de Marcó; ¿qué hace usted, señor, que no ordena el castigo del malvado?

Atónito Marcó, sin atreverse, ó más bien, sin saber qué resolución tomar, balbuceó.

—¡El!... el capitán San Bruno!...

—¡Si! él mismo! exclamó Amelia ¡Ah! Su Excelencia no se encuentra con fuerzas suficientes para castigarlo!

Y al pronunciar estas palabras con punzante ironía, Amelia rechazó al Presidente en actitud de huir de aquel lugar.

—Ah! nó, nó, exclamó él alcanzando á detenerla de una mano.

Y como si aquel último rasgo de la joven lo hiciera volver en sí de su estupor y le restituyera la entereza que había perdido, se

rguió con afectada superioridad, avanzó un paso hácia San Bruno, y sin soltar la mano de Amelia, le dijo:

—Capitán San Bruno: es usted indigno de vestir ese uniforme. Entregue usted su espada al señor Pimentel.

San Bruno se movió menos que sí fuera de piedra. Lo cual hizo que Marcó se viera en un conflicto, pues reflexionó que carecía de otros medios que su voz para hacerse obedecer; y si el capitán, que era el único hombre armado que allí había, se empecinaba en hacerse sordo, corría el riesgo Su Excelencia de quedar en ridículo.

Mas Rodríguez comprendió al punto lo que pasaba en el alma de Marcó, y terciándose con fiera arrogancia, se le eucaró á San Bruno diciéndole:

—¡Vamos, amiguito! ¿No ha oído usted la orden de Su Excelencia? Qué hace pues ahí como un estafermo? Ya sabe usted que no es la primera vez que me entiendo con bandidos. ¿Obedece usted?

Los ojos del capitán pasaron de Marcó á Rodríguez y por fin se fijaron en Amelia de una manera amenazadora.

Era evidente que su turbación cedía dando lugar á la cólera.

— Esa mujer, dijo con ronca voz, me ha calumniado. Que pruebe sus acusaciones.

Rodríguez, que ya alargaba la mano para tratar de apoderarse de la espada de San

Bruno, se detuvo al oír estas palabras, y miró al Presidente como para consultar lo que debía hacer ante un alegato que no carecía de fundamento.

Pero al punto lanzó Amelia un grito de indignación; corrió á una puerta de la sala, y tras unos pocos segundos de ausencia en que no varió la actitud de los otros tres personajes, dominados como estaban por tan fuertes emociones, apareció la joven trayendo á Ruperto de la manga de la chaqueta á Ruperto sin disfraz y con el mismo traje que vestía cuando era jardinero del capitán.

---¿Quién es este hombre? le preguntó á San Bruno, deteniéndose á alguna distancia como si temiera acercarse á él.

Un rujido sordo, semejante al de un ahorcado, es exhaló del pecho del capitán; su rostro pálido, se puso lívido, amoratado; sus ojos parecieron querer salirse de las órbitas; y tras un breve instante de visible hesitación, negándose las piernas á sostenerlo, se dejó caer en la silla que tenía á su espalda.

---¿Aun duda Su Excelencia de la culpabilidad de ese malvado? preguntó Amelia. Este hombre, añadió designando á Ruperto, era jardinero en casa de él durante el tiempo de mi prisión: lo sabe todo, y fué hecho enterrar vivo por él, en castigo de mi fuga. Dios lo ha salvado para que

pueda certificar las infamias de ese hombre inicuo y anonadarlo con su sola presencia!

—¡Qué tal! murmuró Rodríguez á media voz, haciendo un movimiento de cabeza y contemplando a San Bruno con una especie de admiracion mezclada de curiosidad.

Amelia se volvió al Presidente como interrogándolo con la vista acerca de su determinacion; y al verlo aun indeciso, sin atreverse a dar fin a aquella violenta escena, hizo un jesto de desaliento y se dirigió a la puerta de la sala.

Esto acabó de decidir al Presidente.

—Señorita, dijo sin alzar mucho la voz, es usted la que debe ordenar.

—¿Yo? preguntó Amelia deteniéndose.

—Me parece que eso es lo convenido.

La jóven cambió de espresion, volvió a su lado y dijo:

—Señor Pimentel ¿querria usted hacerme el servicio de aprisionar a ese hombre?

Con el mayor gusto, señorita, pero ántes ha de tener usted la bondad de decirnos su nombre. Me parece que eso tambien es lo convenido, y yo estoi que revido de curiosidad.

—Ahora no tengo inconveniente: me llamo Amelia Sandoval.

Rodríguez se inclinó graciosamente, y

jirando en seguida sobre sus talones, se volvió a San Bruno para decirle:

— Señor capitán, la señorita Amelia Sandoval lo degrada a usted y le ordena entregarse prisionero.

A estas palabras San Bruno pareció volver en sí y darse cuenta de lo que pasaba.

Miró a todos lados, e incorporándose súbitamente, llevó la mano a la espada.

Pero Rodríguez, atento a sus menores movimientos, previno su intención, y con admirable presteza le tomó la empuñadura y tiró de ella ántes que la mano del capitán alcanzara a tocarla.

— ¡Eh! cuidado, que aquí no vamos de chanza exclamó dando un salto atrás y presentándole la punta en actitud de amagar. Es usted mi prisionero por orden de quien tiene autoridad para decretarlo; cuidado con pretender escaparse, porque me obligaría usted a adoptar el sistema de grillos que en días pasados quiso hacerme experimentar por vía de chanza. Vamos; marche usted: la señorita Amelia lo decreta y Su Excelencia lo refrenda.

San Bruno caminó en la dirección que Rodríguez le indicaba, es decir, hacia la puerta donde había entrado Ruperto; y salió seguido de uno y otro, sin decir palabra y con la vista baja, como persuadido

de que era inútil suplicar u oponer resistencia.

En cuanto hubieron salido, el Presidente quiso ir tras ellos arrastrado por la curiosidad o por el interés que naturalmente debía inspirarle el que hasta ahí habia sido un predilecto servidor.

Pero Amelia le cerró el paso diciendo:

—¿Se arrepiente Su Excelencia de haber consentido en esto?

—¡Ah! no! ¿por qué me pregunta usted eso?

—Porque bien claro veo que Su Excelencia ha violentado su voluntad sólo por cumplir un compromiso. Pero yo no quiero eso... ¡Ah! cuando creía poder vivir tranquila y feliz de hoy en adelante, me encuentro más desgraciada!

Y para dar más valor a sus palabras, la joven se arrojó en un sillón cubriéndose la cara las manos.

—¡Dios mio! ¿por qué habla usted así? preguntó el Presidente maravillado.

—Por lo que acaba de pasar, dijo Amelia levantando la cabeza, me ha dado a conocer la medida de su amor. ¡Su Excelencia ha trepido entre ese hombre y yo! ¿Eso es amor?

—¡Señorita, por Dios, discurre usted de una manera mui injusta, replicó el Presidente yendo hacia ella.

—Le ruego a Su Excelencia que no se

acerque a mí. Harto siento haberle ocasionado un disgusto. Pero todo tiene remedio: Su Excelencia puede volver a palacio con su amigo y concederme permiso para salir de Santiago, si es que no quiere castigar la osadía de haberme quejado de su digno capitán!

—¡Oh, Amelia mía! reflexione usted lo que dice. Hágase cargo de lo inesperado que ha sido para mí este lance. Yo no me imaginaba que pudiera ser el capitán...

—¡Ya lo cre! y según se ha visto, Su Excelencia no habría entrado en compromiso alguno si hubiera tenido la más mínima sospecha!

—¡No diga usted eso! No interprete mi asombro, mi sorpresa, como una prueba de indecisión. ¡Adorada Amelia! ¿es posible que usted dude ahora de mí?

Rodríguez entró a ese tiempo diciendo:

—Señorita, ya están cumplidas sus órdenes.

—¿Dónde ha quedado el capitán? preguntó Marcó.

—Vaya Su Excelencia a verlo, dijo Amelia anticipándose a Rodríguez. Me es muy sensible, en verdad, ver cómo se preocupa Su Excelencia de un hombre que nos ha hecho tanto mal. Prefiero dejarlo en libertad: de otro modo, Su Excelencia pasará mortificado el día que no sepa cómo está

su capitán, qué dice, qué hace, qué come, cuántas horas duerme, y en fin, hasta lo que piensa. ¡Vaya! pues no me creí nunca que llegaría el caso de tener que envidiar a un hombre el cariño de Su Excelencia.

Amelia terminó sus palabras con una risa sarcástica perfectamente ejecutada.

¡Oh! hizo Marcó. ¿Hasta cuándo me acrimina usted? Pues protesto desde ahora no preguntar jamás a persona nacida por ese malvado hombre; ni quiero, ni querré saber más de él.

—¡Lo veremos!

—Bueno, lo veremos, y tendrá usted que convenir en que sé respetar mi palabra.

—¿Y qué diremos de él a los que pregunten? dijo Rodríguez.

—Diga usted que yo le he dado una comisión reservada.

—Muy bien, señor. ¿Y el Tribunal de Vigilancia quién lo presidirá?

—¡De veras! ahora me hace usted pensar en ello... ¿A quién confiarle un cargo tan delicado...? ¡pero hombre... usted mismo!

—¡Ay, señor! no sirvo yo para eso.

—¿Por qué no? ¡Me admira su ocurrencia! Usted es mil veces más despierto que San Bruno; y en cuanto a odio a los insurgentes, no le va en zaga.

—Eso de despierto lo dudo. Su Excelencia es muy indulgente para juzgarme. Yo temo

mucho que el tal destino sea superior a mis fuerzas.

—¡Qué, hombre, un poco de actividad y nada más! Piense usted en que así va a tener en sus manos los medios de hacer perseguir a ese endiablado Rodríguez, cuyo recuerdo le es tan odioso.

—¡Cierto! eso sí! Vaya! sólo por esto me decido. Y verá Su Excelencia como ántes de quince días desentierro a ese paniaguado!

Y Rodríguez se restregó las manos e hizo chasquear la lengua, como saboreando la hermosa perspectiva que se le ofrecía.

Tras esto, vino Antonia a avisar que la cena estaba servida.

Amelia consintió en apoyarse en el brazo de Marcó para pasar al comedor, y en el resto de la noche, o mejor durante la cena, se reconcilió un tanto con él; pero prometiéndole no conceder ninguna prueba de cariño interno, desaparecieron las dudas que habían surjido en su ánimo acerca del amor de Su Excelencia.

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA

"JOSE TORRES"

CAPITULO XIII

EL ENFERMERO

Rodríguez estaba encantado de Amelia: la ejecución de su papel sobrepujaba inmensamente a las esperanzas que en ella habían fundado.

A veces llegaba a encontrar en su ingenio previsor, en su fuerza de espíritu para dominar sus emociones en los trances más difíciles y aun para sacar partido de ellas, cierta superioridad respecto de él mismo, que lo colocaba en el caso de consultarla en vez de dirijirla.

Esta intelijencia poco común en una mujer, las virtudes que a ella juntaba, las des-

graciadas persecuciones de que había sido víctima, la orfandad a que se hallaba reducida, su situación anómala, su juventud, sus atractivos, la finjida aunque irresistible coquetería de que hacía gala para encantar a Marcó, eran cosas que más de una vez habían preocupado la imaginación de Rodríguez desde que vivía bajo el mismo techo que ella, llegando á encontrar cierta complacencia en recordarlas a medida que se iba penetrando más y más de su verdadera importancia.

La amistad que en un principio los había ligado, simplemente por la comunidad de intereses, de ideas o de aspiraciones, fué pues cambiándose para él en una poderosa simpatía que muchas veces lo arrastraba a perder largas horas en conversar con ella, desquitándose así de las que se fastidiaba al lado de Marcó.

Y como por otra parte, Amelia se manifestaba tan contenta de su compañía, y solía instarle a que permaneciera cerca de ella, encontrando un verdadero goce en oír las espirituales ocurrencias e inagotable conversacion, propia de su carácter festivo y de su raro despejo, sucedió que poco a poco las entrevistas fueron haciéndose más frecuentes y prolongadas, de manera que la mayor parte del día o de la noche, es decir, todas aquellas horas que Rodríguez podía robar a la privanza de Marcó o a las nece-

sidades de sus intrigas, las saboreaban uno y otro en bien sazónada plática que casi siempre interrumpían con pesar.

Sin embargo, y a pesar de los hermosos conceptos que recíprocamente se inspiraban, nunca se le ocurrió a Rodríguez un pensamiento que sobrepasara lo límites de la más tierna amistad, ni a Amelia la sospecha de que pudiera llegar ha existir otro móvil de intimidad entre ellos que una mera simpatía, en la acepción más inocente de esta palabra.

Mas, fuerza es decir que en medio de esta sencillez de relaciones, surjía en el espíritu de ambos un sentimiento inapercibido por ellos; sentimiento debilísimo, imponderable por decirlo así, disfrazado con el manto de la amistad; pero más exigente que ella.

Así, Rodríguez solía recrearse a solas pensando en los actos de Amelia, en sus manejos para seducir a Marcó; en sus frases y hasta en sus jestos más insignificantes. Y esto, a la verdad, ocupaba su mente en muchos de aquellos ratos de ocio que antes destinaba casi per hábito a otros recuerdos arraigados en su corazón.

El no lo notaba; y su espíritu se iba haciendo cada día más perezoso para remontar su vuelo sobre las empinadas cumbres de los Andes: bastábale mirar a su alrededor para distraerse.

Pero todo era simplemente una distracción: ni el recuerdo de Corina asaltaba su mente con tanta frecuencia, ni le producía tan intensas emociones; nunca dejaba, por lo menos, de ajitar febrilmente su pecho.

Además, las noticias acerca de O'Higgins no habían cesado de preocuparlo, ni tampoco miraba con menos interés la correspondencia relativa a Corina. Prueba de ello es que había acojido con gusto la orden de Marcó para despachar nuevamente y pronto al mensajero para Mendoza.

Y así al día siguiente de la prisión de San Bruno, su primer cuidado al levantarse fué ir a prevenir a Ruperto que se dispusiera para ponerse en viaje antes de las oraciones.

En seguida fué a saludar a Amelia, estrechándole cariñosamente la mano, según costumbre que había adquirido desde algunos días atrás.

Después de algunas frases banales y ciertos cumplidos acerca de las escenas de la noche anterior, le dijo:

—¿Quiere usted que vamos a hacer una visita al famoso capitán?

—¡Cómo no! Sólo esperaba su invitación para ir. ¿Lo ha visto usted?

—No. Sólo me he informado de que está muy tranquilo.

—Vamos a mortificarlo un poco, dijo Amelia, parándose y aceptando el brazo que

le ofrecía Rodríguez: no usaremos de la crueldad que él usó conmigo; creo que bastará el tenerlo secuestrado hasta que se presente la ocasión de entregarlo a la justicia... ¡Si pudiéramos enviarlo a Mendoza!

—Eso es muy difícil.

Al decir esto atravesaban el patio interior y fueron interrumpidos por Antonia, que venía con un papel en las manos.

—Señor, le dijo a Rodríguez, un hombre llamado Lorenzo Romero trae esta carta de mi comandante Neira.

—¡Lorenzo Romero! ¿dónde está?

—Ha venido por la puerta del fondo y está esperando.

—Hazlo entrar, dijo Rodríguez, ¿Sabe usted, Amelia, quién es Lorenzo Romero?

—¿No es aquel hombre que cocinaba en la posada de Chagres?

—El mismo.

Rodríguez abrió la carta de Neira, que decía:

Curicó, Mayo 27 de 1817.

«Estimado señor Rodríguez:

Mis trabajos avanzan admirablemente. Hay tres partidas de doscientos hombres perfectamente organizadas, fuera de otra

que se ha encargado de formar el señor don Francisco Villota, hacendado de este *partido*, la que estará lista en dos meses a más tardar.

«Mis jentes se hallan distribuídas en Tenno, Cumpeo y Nancagua. Sólo espero eus instrucciones.

«Nada se sabe por acá del capitán San Bruno, a quien esperamos día por día confiados en la promesa de usted. ¿Será que no se ha podido conseguir del Presidente el que lo envíe a perseguirnos?

Contésteme pronto y ordene a su afectísimo servidor.

José Miguel Neira».

Rodríguez le dijo sonriéndose a Amelia:

—¿Qué le contestaremos a esto? El hombre está empeñado en pescar la ocasión de cumplir su compromiso, y no nos conviene disgustarlo con la noticia de que ya hemos hecho nosotros mismos lo que le habíamos encargado a él.

—¿Por qué se habría de disgustar? ¿Qué indicios tiene para creer que hemos hecho la captura con el fin de desligarme de mis promesas de matrimonio?

—¡Ah! los enamorados tienen cuatro ojos, y no ven nada. Vale más entre-

tenerlo con esperanzas: le diré que Marcó ha aplazado para el mes entrante el envío de talaveras al sur.

Antonia volvió con Romero, que venia con su caballo del diestro.

—¿Cómo te va, hombre? dijo Rodríguez.

—Muy bien, señor, contestó Romero descubriéndose respetuosamente.

Rodríguez estaba con sotanas, pues siempre cuidaba de no ser sorprendido aún estando en su misma casa, con más razón teniendo en ella al capitán San Bruno.

—¿Te acuerdas de mí? le preguntó a Romero.

—Sí, señor, contestó él con ansiedad.

Rodríguez se sonrió.

—Vamos, dijo, ya comprendo que el Chato te ha contado que yo fui el que te puso sobre la trampa. ¡Qué diablos! cuando uno se ve en apuros, echa mano del primer recurso que se presenta... Pero también te habrá dicho que yo le recomendé que te sacara del hoyo.

—¡Muchas gracias! dijo Romero irónicamente.

—Oye: muy bien me hago cargo de que tienes motivos para estar resentido conmigo, principalmente si sabes quien soy yo.

—Sí señor, lo sé.

—¡Ah, bueno! entonces sabes que te debo dos malas jugadas; la de aquel pasaporte

que te cambié por unos caballos y que te costó algunos azotes, y la caída a esa endiablada trampa que por nada no desbarata mis mejores proyectos. Pues bien, ahora te voy a proporcionar la oportunidad de tomar un desquite que te reconciliará conmigo. Aguárdate aquí algunos minutos; yo te haré llamar.

—Señorita, le dijo Romero a Amelia presentándole un papel. Mi comandante me encargó entregarle a usted en sus propias manos esta carta.

Amelia la guardó sin abrirla, y haciéndole un malicioso jesto a Rodríguez, siguió con él hasta el cuarto en que estaba San Bruno.

Ruperto, que guardaba la puerta haciéndole de centinela de vista, se apresuró a abrirla.

Sentado en un poste fijo en el suelo, y cubierto de cadenas de pies a cabeza, hallábase San Bruno exactamente lo mismo que Rodríguez se había encontrado en la prisión de San Martín. Tenía la vista baja, y el rostro pálido y contraído por una expresión de fiereza y menosprecio. Ni aun demostró preocuparse de los que venían a verlo.

—Tenga usted muy buenos días, señor capitán, le dijo Rodríguez con el mismo

tono que acostumbraba saludarlo en palacio.

San Bruno levantó los ojos y los fijó amenazadoramente, primero en él, después en Amelia y por último en Ruperto, que asomaba la cabeza por sobre el hombro de Rodríguez.

No contestó una palabra.

—La señorita Amelia, continuó Rodríguez, desea saber el nombre del talavera que usted envió a Mendoza.

San Bruno se mantuvo en silencio.

—¿No puede usted hablar? La señorita Amelia tiene muy buenos remedios para la mudez.

Nada; ni aun pestañeó el capitán.

—¡Muy bien! dijo Rodríguez.

Y volviéndose a Amelia, le preguntó:

—¿Quiere usted que siga al pie de la letra sus instrucciones?

Amelia hizo un ademán de asentimiento.

—Vé a llamarme a Romero, ordenó Rodríguez a Ruperto.

Al nombre de Romero, San Bruno alzó los ojos y permaneció en expectativa hasta que lo vio venir. Pero su rostro no manifestó la más leve expresión de sorpresa, ni de ninguna otra impresión.

Rodríguez se hizo a un lado para que Romero alcanzara a ver al preso.

—¿Conoces a este señor? le preguntó.

—¡El capitán San Bruno! exclamó Romero con el mayor espanto.

—El mismo en carne y hueso. El pobrecito ha perdido el habla de ayer acá, y Su Excelencia nos ha dado el encargo de someterlo a un buen régimen curativo. La señorita Amelia es la que receta, yo soy el boticario, pues suministro los remedios, y tú vas a ser el enfermero. ¿Te gusta el oficio?

Romero miró a todos lados sin comprender lo que Rodríguez decía, ni hallar que contestarle.

—Pierde cuidado, añadió éste; los remedios serán fáciles de aplicar. Principiaremos por unos sinapismos de cáscara de novillo, que por primera providencia ha recetado esta señorita.

—¡Cáscara de novillo! repitió Romero.

—Exactamente. ¿No conoces ese tópico? pues es uno de los más eficaces.

Ruperto se adelantó con un látigo de cuero trenzado.

—Este ha sido hecho de cáscara de buey, dijo presentándolo a Rodríguez con cómica seriedad.

—¡Tanto mejor! He aquí un admirable específico.

El capitán hizo un imperceptible jesto de horror, al mismo tiempo que el rostro

de Romero se iluminaba con la más alegre sonrisa.

—Seré enfermero y cuanto usted quiera, dijo apoderándose del látigo. Ciento cincuenta azotes recibí yo de orden de este caballero, en raciones de a veinticinco día por medio. Los descontaremos por iguales partes.

—No, repuso Rodríguez, la cosa varía aquí de aspecto, pues sólo se trata de curar una enfermedad. Cada cinco minutos le preguntarás: «¿Cómo se llama el talavera que mandó usted a Mendoza?» Si no contesta, le aplicas un zurriagazo; uno solo.

—Pero con toda mi alma!

—Tú eres dueño de graduarlo.

Muy bien, señor. ¿Principio?

—No, se apresuró a decir Amelia; en mi presencia no; me disgustaría tal espectáculo, a pesar de la repugnancia que me inspira este monstruo.

Rodríguez halló muy justa la reflexión de Amelia, sea porque lo animara el mismo sentimiento, o porque sus ocupaciones lo llamaran a otra parte; dijo:

—Ni usted ni yo tenemos que hacer nada aquí. El enfermo quedará al cuidado del enfermero.

Y salió del cuarto con la joven.

En el patio encontró a Antonia, que había cambiado sus vestidos por un traje de araucano.

—¿Qué vas a hacer? le preguntó Amelia.

—Voy a presenciar la primera curación, dijo Antonia. ¿Me da su merced permiso, señor Rodríguez, para ponerle un sinapismo al enfermo por mis propias manos?

—Con tal que sea con la misma cáscara de novillo que tiene Romero, y no con tu espanta-diablos.

—Espanta-moscas querrá decir su merced.

—Es verdad, me había equivocado. Cuidado con que el capitán te conozca: tiene mui buen ojo.

Rodríguez y Amelia siguieron hácia sus habitaciones; pero ántes de salir del patio alcanzaron a oír el ruido seco del primer zurriagazo aplicado por Romero, y un ruido sordo que se escapó del pecho de San Bruno.

Ambos apretaron el paso, y Rodríguez para distraer la atención de Amelia, le dijo:

—Esta tarde sale Ruperto para Mendoza; ¿no tiene usted que escribir?

—Nó, dijo la jóven sencillamente; y entró en sus habitaciones.

Rodríguez se encerró también en las suyas y escribió hasta las once de la mañana.

A esa hora hizo llamar a Romero y le preguntó:

—¿Se mejora el enfermo?

—Está peor: ni siquiera ruje ahora.

—¡Hola! ¿Entonces se ha desmayado?

—No, señor, está muy sereno: es que tiene el cuero duro. Creo que sería bueno cambiar de remedio.

—Eso será hasta mañana que lo visite el médico nuevamente. Pero hoy no hay que apartarse de la receta.

En seguida se fué Rodríguez a palacio.



BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA "JOSE TORIBIO MEDINA"

CAPITULO XIV

UNA MISIÓN INESPERADA

Marcó se hallaba visitando sus caballerizas cuando llegó Rodríguez.

Informado el joven de esto, se dirigió allá.

No hizo más que verlo el Presidente, y venirse a su encuentro.

—¡Por vida mia! le dijo; anoche no he podido dormir: me he levantado temprano, y por distraerme, despues de informarme de un asunto importante que luego le comunicaré, he pasado la mañana visitando mis caballos.

—¿Y se puede saber la causa del desasosiego de Su Excelencia?

—¿Entonces no la conoce usted?

—En verdad que no, Excelentísimo Señor, a no ser que sea por la prision del capitán.

—No me hable usted de eso; ya sabe que prometí anoche no ocuparme de él; lo que me aflige es no haber avanzado nada con ello, sino por el contrario.

—No comprendo.

—Pero ¿no notó usted la conducta de Amelia, sus quejas, su resentimiento...?

—Sí; es verdad; se disgustó un poco por la falta de enerjía que creyó ver en Su Excelencia...

—Eso es; ¡pero qué quiere usted! bien se lo dije yo a ella; la sorpresa puede tanto, y aunque mi amor sea inmenso, habia motivo para trepidar.

—Todo eso pasará, dijo Rodríguez. Pero entretanto; Excelentísimo Señor... ruego a Su Excelencia que sea ménos franco conmigo a ese respecto.

—¿Cómo? a qué respecto?

—Su Excelencia me habla... de su amor... hacia una niña que vive a mi lado... Y mi carácter de sacerdote no me permite autorizar...

—Pero hombre, si en esto no hay mal fin: todo es tan inocente...

—¡Ah! eso es otra cosa. Ya comprendo: Su Excelencia estima mucho a esa joven. La palabra amor es un poco mundana, y me

había alarmado. Puede Su Excelencia estimar cuanto quiera, pero no alar.

Y Rodríguez acompañó estas palabras de una sonrisa maliciosa.

—¿En ese concepto puedo contar con su absolución? preguntó riéndose el Presidente, pues le gustaba a veces echarlas de jocos en sus pláticas con Rodríguez.

Esta conversación había tenido lugar durante el trayecto de las caballerizas al despacho de Su Excelencia.

Al llegar a él, Rodríguez dijo:

—El mensajero para Mendoza está dispuesto a ponerse en viaje esta tarde.

—Perfectamente... Pero no me hallo en disposición de escribir hoy. Tómese usted por mí esta melestia, y me la trae para firmarla.

—Muy bien, señor.

—Dígale usted al señor Castillo Albo cuánto siento la desgracia que me anuncia; tranquilícelo en cuanto a la defensa de nuestras costas, pues ya he dictado providencias para ello; y encárguele que me avise inmediatamente el resultado que ha tenido su comparecencia ante San Martín. Por lo demás, ahí tiene usted la carta de Castillo Albo para que la conte en todas sus partes.

Marcó sacó de un bufete la expresada carta y la entregó a Rodríguez, quien la guardó en su faltriquera diciendo:

—Muy luego me ocuparé de esto, como también de escribirle a Neira, de quien he recibido noticias.

—¿Qué es de esa jente?

—Cumple a las mil maravillas con sus promesas: han cesado sus depredaciones y esperan que yo les indique contra qué personas deben dirigir sus ataques. Además, parece que han descubierto que en ciertos parajes de San Fernando se organiza una montonera, y están con el ojo listo para echarse sobre ella en cuanto dé sus primeros pasos.

—Ordénele a Neira que procure aprehender a todos esos facinerosos y nos los entregue.

—Sí, señor; ya está hecho eso. Despaché inmediatamente la contestación.

—¡Malo! yo habría querido que usted le ofreciera a Neira alguna recompensa en cambio de los prisioneros que nos entregue.

—No hay necesidad de eso, señor: el hombre trabajará bien, sólo con la expectativa de obtener la mano de su querida Amelia.

El semblante del Presidente se nubló con un visible rubor, y dijo cavilosamente:

—Es preciso ver algún modo de salvar ese compromiso sin desagradar a Neira.

—Yo le buscaré el ajuste a su debido tiempo, contestó Rodríguez. Tranquilícese Su

Excelencia, y por lo pronto haga preparar las prisiones para los reos que nos remita Neira, que no serán pocos.

Marcó se rió con esta expectativa, y luego dijo:

—A propósito de prisioneros, ¿sabe usted que hemos hecho una escapada milagrosa?

—¿De qué manera?

—Este es el asunto importante que tenía que comunicarle. Ha llegado el gobernador de Juan Fernández, don Anselmo Carabantes, y trae la noticia de una conspiración fraguada por un insurgente... No recuerdo el nombre; aquí está el *auto cabeza de proceso* que debe pasar al Tribunal de Vigilancia.

El Presidente tomó de la mesa un legajo de papeles, en cuya primera hoja leyó:

«Contra Ricardo Monterreal y otros, por haber favorecido un conato de fuga de los reos políticos de Juan Fernández».

Si Marcó no hubiera tenido fija la vista en el papel, necesariamente habría sorprendido en el semblante de Rodríguez el poderoso efecto de tan inesperada noticia.

Mas, aquello fué cosa de un segundo: Rodríguez dominó al punto su emoción por un extraordinario esfuerzo de voluntad, de que sólo él habría sido capaz, acostumbrado como estaba al más hábil disimulo.

Así pues, cuando el Presidente alzó los ojos, no encontró en él vestigio alguno de su asombro, sino aquella espresion natural de indignacion que debía despertar semejante noticia en un partidario del réjimen peninsular.

—¿Pero cómo ha sido esto? preguntó nuestro jóven.

Marcó refirió en pocas palabras lo que ya sabe el lector sobre tales sucesos, sin omitir la fuga de Ricardo con Teresa, ni la venida de Jenoveva a Santiago para rendir la declaracion del caso.

—Ricardo Monterreal..., dijo Rodríguez en seguida, como recapacitando, me parece haber conocido á alguien de este nombre en la banda Argentina.

El Presidente abrió el legajo y dijo:

—Es un joven de veinte años.

—Cabal: ya recuerdo: un joven rubio, de ojos azules.

—El mismo! esas son las señas que me ha dado el capitan Carabantes.

—¡Y se ha fugado! exclamó Rodríguez con desaliento.

—Pero ya sabemos que el padre de Jenoveva reside en Quinteros, y es muy probable que se hayan ido todos allá. Había pensado enviar al mismo capitan Carabantes pero viene tan enfermo...

—¿Quiere Su Excelencia que yo vaya?

—Lo he pensado tambien; pero el Tribunal

de Vijilancia está acéfalo... Aunque eso no importa, pues hay quien reemplace al Presidente.

—Si yo me ofrezco, Excelentísimo Señor, es porque conozco a ese mozo de Montreal, y no es tan fácil que se me escape.

—Ya lo veo; y me parece bien su idea; es preciso asegurar la captura de esos insurjentes. Pero habria usted de ponerse hoy mismo en marcha.

—No hay inconveniente, señor. ¿Y qué ha dispuesto Su Excelencia acerca de esa muchacha Jenoveva?

—La he hecho hospedar en la cárcel.

—Eso es lo mejor. Conviene asegurarla hasta que todo se esclarezca.

Rodríguez iba a retirarse, cuando el Presidente le dijo:

¿Nadie ha preguntado hoy por el capitán San Bruno?

—Nadie, señor. Pero voy a propalar desde luego la noticia de que ha salido para el sur de incógnito.

—Diga que va a entenderse con los bandidos para preparar la captura de Rodríguez.

—¡Magnífico! no se me habria ocurrido tan buena disculpa.

Rodríguez salió; habló con algunos artesanos acerca de la misión de San Bruno,

tal como se lo había recomendado Su Excelencia, y volvió en seguida á su casa.

Lo primero que hizo fué ver á Amelia para darle la noticia de su viaje á Quinteros, en busca de Monterreal.

Las mejillas de la jóven se colorearon visiblemente al oír el nombre de Ricardo, y brilló en sus ojos un relámpago de alegría, que Rodríguez apagó al punto, quizás sin intención, agregando:

—Debe estar con él aquella amiguita de usted y compañera de prisión...

—¡Teresa Rosales! exclamó Amelia pali-
deciendo súbitamente.

Rodríguez contó cuanto sabía sin preocuparse, al parecer, de las emociones de Amelia.

—Siento tener que separarme de usted, le dijo en seguida, ¡estoy tan acostumbrado á su agradable compañía!

—¿Cuántos días durará su ausencia? preguntó la joven.

—Seis ú ocho. ¿Será mucho para usted que debe esperar impaciente la venida de sus amigos?

Amelia hizo un jesto de displicencia.

—Lo que más siento, dijo, es la soledad en que voy á quedar. ¿Vendrá el Presidente en estas noches?

—Es muy probable.

—Me finjiré enferma.

—Recíbalo usted la primera noche, para no

inspirarle malos pensamientos, y además, para obtener que Ricardo y Teresa no vayan a la cárcel. Haga usted que Su Excelencia le cuente el objeto de mi viaje, y cuando nombre a Ricardo, se da usted por pariente de él y le pide su perdón. No se olvide tampoco de la pobre Teresa, concluyó sonriéndose Rodríguez.

—¿Haré de ella otra pariente? preguntó Amelia sonriéndose también, pero con distinta expresión que Rodríguez.

—No; pero por cariño a su primo, es natural que le interese lo que él ama.

—Tiene usted razón, dijo la joven bajando la vista como para disimular sus impresiones.

Y dando al punto un jiro diverso a la conversación, preguntó:

—¿Cuándo piensa usted contestarle a Neira?

—Hoy mismo, dijo Rodríguez; pero no despacharemos á Romero: conviene que él quede aquí al cuidado del capitán San Bruno. Conteste usted la carta que Neira le ha escrito, y démela para hacer que ese herrador del camino del Resbalón la remita con alguno de los suyos. Voy yo también á contestar la que recibí. Le recomiendo que sea cariñosa con el bueno del comandante.

En pocas horas Rodríguez atendió á todos sus quehaceres.

Le escribió á Neira esperanzándolo acerca de la ida de San Bruno al sur, é indicándole las propiedades de algunos españoles que debían hacer atacar, absteniéndose él y sus parciales más conocidos de tomar parte en esos salteos, para hacer creer a Marcó que sus perpetradores no tenían nada que ver con las jentes de Neira.

En seguida escribió la carta que el Presidente le encomendó para Castillo Albo; toda conforme á sus instrucciones.

Al pie de la que tenía escrita para la madre de Corina, agregó esta posdata:

«Acabo de saber que Ricardo está en Quinteros, y voy a ponerme en viaje inmediatamente para verme con él. Sé que está bueno!»

El resto del día lo ocupó Rodríguez en hacer que Ruperto fuera á casa del herrador á dejar las cartas para Neira, encargándole que no dijera nada acerca del secuestro de San Bruno; en ir á palacio á hacer firmar la carta para Castillo Albo, tomar el expediente de Ricardo y despedirse de Su Excelencia para irse a Valparaíso, en donde se le juntarían los oficiales que debían acompañarlo; y finalmente, en despachar a Ruperto para Mendoza.

A todo atendió con la actividad que él sabía desplegar cuando las circunstancias lo requerian, y aun tuvo tiempo para ir á saludar á su amigo y cajero el señor Lagu-

nas, recomendarle á la hija de él, la señorita Julia, no se olvidara de ir alguna vez a visitar á su amiga, y encargarle al jóven Ventura que fuera á informarse día á día de las novedades que pudieran ocurrir en casa de Amelia.

A las oraciones estaba en su casa despidiéndose de su compañera de intrigas, y tenían á la puerta dos dragones que debían acompañarlo hasta Valparaíso.

Antes de salir llamó a Romero y le preguntó:

—¿Qué hay de nuevo? ¿notas alguna mejoría en tu enfermo?

—Va peor, señor; desde esa tarde que tuvo un momento bueno.

—¿Cómo ¿habló algo?

—El araucano le aplicó un sinapismo con tanta eficacia que lo hizo decir: «¡Bribón!» Pero desde entonces parece que ha empeorado.

—No importa: esa es seña de que el remedio va obrando. Sigue con él hasta que se explique. Yo voy a estar ausente unos seis días. Cuida de darle la comida a sus horas: pan y frejoles dos veces al día, y un vaso de agua.

—Hoi no ha querido comer.

—Ese es un síntoma de la misma enfermedad. No te dé cuidado.

—¿Y si al fin contesta con algún nombre á la pregunta que le hacemos?

—Si no es el de *Juan Morán*, sigue la dosis.

El lector recordará que este era el nombre que, según decía el general San Martín, había dado Villalobos en Mendoza.

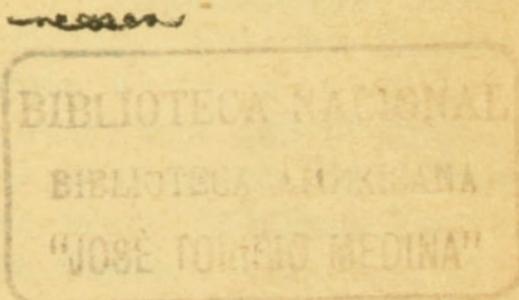
Rodríguez se despidió de Amelia oprimiéndole la mano con más fuerza y detención que otras veces, y fijando en ella una mirada de tristeza que denotaba claramente el pesar con que se sometía á aquella separación.

—¡Felicidad y pronta vuelta! contestó la jóven correspondiendo con idénticas demostraciones de afecto.

—¿Nada le digo á Ricardo de parte de usted? le preguntó Rodríguez en un tono indefinible.

—Lo que usted quiera, contestó Amelia estirando el labio inferior con una gracia que hizo sonreír a Rodríguez.

—Adios, le dijo éste desde la puerta lanzándole una cariñosa mirada.



CAPITULO XV

LOS PRISIONEROS DEL PRESBITERO PIMENTEL

El viaje de Rodríguez á Quinteros no ofreció novedad alguna, y ya conoce el lector la manera como se procedió á aprehender á Ricardo Monterreal, á Teresa Rosales y á tío Muni, á quienes hemos dejado á bordo de la corbeta *Sebastiana*, en el momento que Ricardo venía en cuenta de que el clérigo que le recomendaba tener confianza en Rodríguez, era el mismo Rodríguez en persona.

Ebrio de gozo nuestro teniente de dragones, estuvo á punto de cometer una imprudencia por darse prisa á comunicar á su amada tan grata nueva.

Felizmente nadie percibió las breves frases que cambiaron, ni el júbilo que inundó el semblante de la joven, obscurecido hasta entonces por una dolorosa expresión de tristeza.

Durante la navegación se les dejó vagar por la cubierta del buque con cierta libertad; pero Rodríguez no cesaba de recomendar á los tripulantes la mayor vigilancia con ellos y principalmente con Ricardo, de quien decía:

—Ese diablillo es muy capaz de tirarse al agua.

Uno de los oficiales propuso el encerrarlo en la bodega; pero Rodríguez dijo:

—Dejemos los rigores para Santiago: cada cosa á su tiempo.

Al llegar á Valparaíso ordenó redoblar las precauciones para efectuar el desembarco, y llegados á tierra, condujo á los prisioneros, rodeados de centinelas, á la gobernación, en donde con toda presteza le facilitaron caballos y una respetable guardia para escoltarlos hasta Santiago.

Este último viaje duró dos días, pues Rodríguez se finjía fatigado, con el fin de hacer la marcha más soportable para Teresa, y calculando además el entrar á Santiago de noche para no despertar la atención de la jente.

Dos oficiales formaban parte de la escolta, y como Rodríguez se viera embarazado

para tomar sin anuencia de ellos una determinación que evitara el encarcelamiento de los reos, se propuso adelantarse, antes de entrar á la ciudad, para ir á tantear el ánimo del Presidente.

—Señores, dijo á los oficiales, yo debo dar parte á Su Excelencia del buen éxito de nuestra comisión, para que determine lo que se debe hacer con los reos. Me adelanto, pues, confiándolos á la salvaguardia de ustedes. Si no vuelvo antes de que lleguen á la plazuela de San Pablo, me esperan en ella.

Dicho esto, Rodríguez picó espuelas á su caballo y no le dió tregua hasta llegar á palacio.

Apeóse á la puerta con una ajilidad que sorprendió á los soldados de la guardia, tiró las riendas al que estaba más á mano, y se dirigió apresuradamente á los departamentos de Su Excelencia.

La hora no era de la más oportunas, pues el Presidente se hallaba de tertulia con algunos distinguidos personajes del reino, y Rodríguez llegó á creer que le sería imposible abordarlo hasta que se retirara aquella jente.

Pero se engañó: apenas el ujier pronunció en voz alta el nombre del señor presbítero don Jerónimo Pimentel, Marcó saltó en su sillón, y despreciando toda etiqueta, con gran escándalo de los mesarados oid

res de la real audiencia, se apartó del círculo de ellos y de otros cortesanos para ir á esperar á Rodríguez en un ángulo apartado del salón.

Este atravesó por entre la concurrencia contestando afablemente los saludos amistosos que de todas partes le dirijían, y llegó hasta el Presidente diciendo en voz bastante alta para hacerse oír de algunos.

—Su Excelencia tendrá á bien disculpar el que me presente aquí con el mismo traje con que he hecho mi camino de Valparaíso á Santiago. No he querido perder un minuto...

—Sí, sí, ya comprendo, interrumpió Marcó tendiéndole la mano: esa es una prueba de actividad que agradezco altamente. ¿Cómo ha ido de viaje?

—Perfectamente, señor.

—¿Luego usted no se ha molestado en vano?

—Nada de eso, señor. Ahí traigo á los reos, y sólo he venido á pedir órdenes á Su Excelencia para saber si debo hacerlos encarcelar ó fusilar en el acto.

—¡Fusilar! ¡qué dice usted! exclamó el Presidente bajando la voz. ¿Tan culpable los cree?

Rodríguez conoció al punto que Amelia no se había dormido en el manejo de sus encasgos.

—Desde que son insurjentes, dijo, creo

que no se debe tener consideración con ellos.

—Bah! si hubiéramos de matar á todos los insurgentes, corría riesgo de disminuir en un tercio la población.

Rodríguez se sonrió al oír apreciar en tan reducido número el bando, de los patriotas, cuando en realidad superaba en mucho al de los realistas.

—¿Por qué se ríe usted? preguntó calorosamente Marcó.

—Porque veo que Su Excelencia hace mucho favor al partido insurgente, exajerando su número, dijo Rodríguez.

—Pues por lo mismo, ahora podremos ser más indulgentes. He reflexionado también que ese joven Monterreal ha ido á Juan Fernandez con el principal objeto de salvar á la niña Teresa Rosales, que es su amada...

—Pero consta del proceso, observó Rodríguez calorosamente, que había preparado la fuga de casi todos los reos políticos.

—¡Qué quiere usted! para salvar á su amada tenía que salvar al padre y a las hermanas; luego éstos arrastrarían á sus amigos; y así, el joven galán se debió ver obligado á convertir su empresa amorosa en un verdadero atentado contra nuestra autoridad.

Rodríguez hizo un jesto de disgusto.

—¡Vamos! exclamó Marcó; usted se olvi-

da de que la ley reconoce causas atenuantes.

—Así es; pero cuando se trata de insurjentes...

—Yo no digo tampoco que dejemos sin castigo el delito de ese mozo; pero...

—Por lo menos, interrumpió Rodríguez, lo haremos trabajar en el cerro, junto con su amada.

—Después resolveremos eso. Por lo pronto, y mientras se va esta jente, que muy luego trataré de despedir, lleve usted los prisioneros á su casa; despida la guardia que viene con ellos; enciérrelos usted en algún cuarto, y vuélvase á palacio para que vamos juntos á verlos.

—Haré cuanto Su Excelencia me ordena, dijo Rodríguez con aire de despecho.

—Anúnciele mi visita á Amelia para que disponga una buena cena; mire usted que estas noches no ha habido nada de eso.

—¿Y por qué, señor?

—Ha estado ella enferma, y... Aunque yo creo más bien que el temor de pasar á solas conmigo...

—Ab! ah! tiene miedo. ¡Qué de cosas le habrá dicho Su Excelencia, que ya no se cree ella dueña de sí misma!

—No, hombre; si no ha habido nada, dijo Marcó sonriéndose vanidosamente.

—Voy, pues, á hacer eso, repuso Rodríguez; pero Su Excelencia me ha de dar una

orden por escrito para hacer que la escolta deje los reos á mi cuidado.

Marcó pasó á una sala inmediata y extendió la siguiente orden:

«Los prisioneros traídos de Quintero quedan á la disposición del presbítero don Jerónimo Pimentel.

Marcó del Pont.»

Rodríguez salió sin pérdida de tiempo; volvió á montar á caballo y se dirigió á escape al encuentro de la comitiva.

Aún no había llegado ésta á la plazuela de San Pablo, pero no tardó en reunir-seles algunas cuadras más allá.

Rodríguez mostró la orden á los oficiales, y les dijo que había cesado su comisión, y por consiguiente, quedaban en libertad de retirarse á su cuartel, y junto con los soldados, de los cuales sólo se reservaba dos para conducir á los reos á paraje seguro.

No había objeción que hacer, y los oficiales se retiraron.

Rodríguez hizo seguir á los prisioneros hasta su casa, en donde, afectando tomar algunas precauciones, cerró él mismo la puerta de calle á tiempo de despedir á los soldados.

---¡Ya estamos libres! exclamó en segui-

da volviéndose á Ricardo y estrechándolo en sus brazos.

Un reverbero iluminaba el zaguán, y pudo verse la admiración que se apoderó de tío Muni al presenciar aquella escena enteramente inesperada por él, pues ni Ricardo ni Teresa habían podido confiarle nada acerca de Rodríguez, y por consiguiente sólo veía en él un verdadero emisario del Presidente.

Después de abrazar á Ricardo, se volvió Rodríguez á Teresa y le estrechó con efusión las manos diciéndole:

—Usted ha estado á punto de ocasionar la muerte de Ricardo; pero también á hecho de él un héroe cuyo valor y audacia nos prometen grandes cosas en la empresa en que desde ahora lo asocio. Vámos primero á saludar á la dueña de casa, y después conversaremos.

A ese tiempo, Antonio acudía á informarse de lo que pasaba en el zaguán, atraída por la voz de Rodríguez.

Renunciamos á pintar sus trasportes de gozo al reconocer al hijo de su ama: sólo diremos que Rodríguez se vió en el caso de hacerla entrar en juicio, pues no dejaba andar al joven, abrazándole las piernas y prorrumpiendo en elocuentes exclamaciones de alegría mezcladas de lágrimas y jermidos.

Llegó por el fin el momento de presentarse á Amelia.

Intencionalmente Rodríguez no quiso hacer prevención alguna á sus jóvenes amigos, para gozarse en su sorpresa, pues ambos creían muerta á su antigua compañera de cárcel.

En efecto, el asombro de Ricardo al encontrarse frente á Amelia, á quien él mismo había visto caer herida mortalmente en la noche de la noche de la matanza de los presos; la admiración de Teresa, que había tenido noticias de ello por boca del mismo Ricardo; el embarazo con que éste se adelantó á saludarla pasado el primer movimiento de estupor; la sonrisa afable pero forzada, con que Amelia trató de encubrir sus emociones; y en fin, el abrazo, demasiado afectuoso para ser sincero, con que ambas jóvenes se estrecharon; todo esto, á pesar de la rapidez con que pasó, fué notado por Rodríguez con verdadero interés en sus más mínimos detalles.

Siguiéronse, como era natural, las mil preguntas y explicaciones propias de las circunstancias, y que el lector debe suponer para ahorrarnos el transcribirlas.

Rodríguez permaneció atento y sin tomar parte en aquel cambio de frases, observando con cierto placer que Ricardo y Amelia se esquivaban mutuamente las miradas, y que ésta afectaba una indiferencia llena de

naturalidad respecto del joven, pareciendo preocuparse de las cosas concernientes á Teresa con preferencia á las que tenían relación con él.

Tras un cuarto de hora de conversación, Rodríguez puso término á ella previniendo que era preciso disponerse á recibir al Presidente, á quién había quedado de ir á buscar.

Ricardo marchaba de sorpresa en sorpresa y le pidió á su amigo que desde luego lo sacara de curiosidades explicándole el motivo de todo lo que ocurría.

—Eso es largo, dijo Rodríguez sonriéndose, y no hay tiempo que perder. Amelia acabará de explicarle todo, mientras yo voy á palacio.

Volviéndose en seguida á la joven, le preguntó:

—¿Qué ha habido del capitán San Bruno?

—Sigue tal cual usted lo dejó: apenas come una ó dos cucharadas de frejoles al día, y se obstina en no hablar.

Ricardo miraba con ojos extraviados á los dos interlocutores sin acertar á comprender lo que significan sus palabras.

Rodríguez se rió festivamente al ver su admiración, y le dijo:

—Esta es otra noticia agradable que te comunicará Amelia. Me voy.

En la puerta de la sala estaba tío Muni,

á espaldas de Antonia, esperando el resultado de todas aquellas extraordinarias ocurrencias que le tenían casi trastornado el juicio, afanándose en vano por encontrar alguna explicación á tanto embolismo.

Al verlo Rodríguez se detuvo á decirle á Antonia:

—Amárrale las manos á la espalda á éste buen hombre y enciérralo en un cuarto del patio de afuera.

El viejo abrió exorbitantemente los ojos y la boca.

—No tenga usted cuidado tío Muní, le dijo Rodríguez con afabilidad; necesitamos aparentar este rigor unas cuantas horas, para poder obtener la libertad de todos.

El hombre se tranquilizó al ver que también tendría parte en los beneficios que el clérigo dispensaba á sus compañeros de empresa y de prisión.

Rodríguez se fué á palacio, en donde encontró aun al Presidente en medio de sus contertulios.

Acercóse con aire desolado y le dijo:

—Señor ya está hecho eso.

Marcó se paró, al punto y lo llevó aparte para preguntarle.

—¿Ha habido alguna novedad?

—¡Todo se ha perdido, señor! exclamó Rodríguez con desaliento.

—¡Cómo! explíquese usted, ¿qué es lo que se ha perdido?

—Mi viaje, mis trabajos, el empeño que he puesto en capturar á esos insurjentes, en fin, todo es perdido!...

—Pero veamos; ¡hable usted, hombre, por Dios!

—Esa joven, señor; esa señorita Amelia es la que tiene la culpa de todo ¡Yo me voy á desesperar!

—Pero ¿qué es lo que ha hecho?

—¡Ahí es nada! me ha quitado á los prisioneros; se ha apoderado de ellos en cuantos llevé á casa, y no ha permitido que los encadene ni que les ponga en lugar seguro!

Marcó se sonrió encojiéndose de hombros con la mayor sangre fría.

—¡Se ríe Su Excelencia! es éste el caso que hace de una queja tan justa! bueno...!

Y Rodríguez adoptó un aire de resentimiento que sin calmar la alegría de Marcó lo indujo á preguntarle:

—¿Piensa usted tomar algún desquite?

—Nada de eso, señor; pero si Su Excelencia autoriza tales desconciertos, me veré en el caso de no aceptar la presidencia del tribunal de vijilancia con que pretende honrarme!

—No se acalore usted antes de juzgar bien de las cosas. Ahora le explicaré todo, y estoy seguro de que me hará justicia y no se negará á hacerse cargo mañana mismo del tribunal, que reclama imperiosamente

una buena dirección. Voy á despedir á esta jente para que quedemos libres.

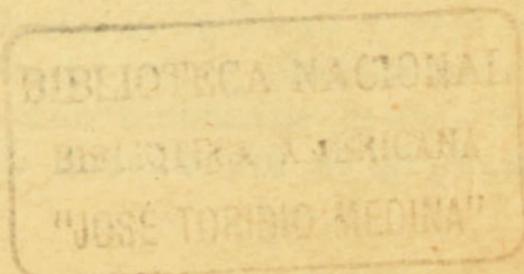
Y volviéndose á los concurrentes, agregó: ---Señores, un asunto urjentísimo me obliga á dejar la agradable compañía de ustedes. Será hasta mañana.

Hizo un saludo jeneral, y se retiró con Rodríguez á su despacho, atravesando en seguida varias habitaciones para ir á salir á la calle por la puerta excusada de palacio, que como ya sabemos, daba á la calle del Puente; y es la misma por donde hoy entran los dineros del más injustificable monopolio que nos legó la administración con el título de *Estanco*.

Los palaciegos quedaban e ntretanto elogiando el celo de Su Excelencia, que se privaba de su agradable compañía por atender á los negocios de Estado.

—Algo de gravedad debe ocurrir, se decían.

Y los que se preciaban de más favorecidos por la confianza de Su Excelencia, se empeñaban en dar explicaciones fraguadas por ellos mismos sobre aquel importante suceso.



CAPITULO XVI

LAS PROCLAMAS DEL TIO MUNI

Si hubiéramos de referir punto por punto cada una de las escenas á que daban lugar las maquinaciones de Rodríguez para explotar la credulidad ó la buena fe del Presidente, nuestra narración tomaría inmensas proporciones y quizá correríamos el riesgo de hacer creer que, á nuestro turno, tratábamos de explotar la paciencia del lector.

Así, pues, nos limitaremos á decir que cuando Marcó y Rodríguez llegaron á casa de éste y entraron á la sala en que se hallaban Ricardo y las dos jóvenes, Amelia se adelantó al encuentro de Su Excelencia llevando de la mano á sus dos protegidos, é

intercedió por ellos con tanto empeño y con tal gracia, que obligado y encantado á la vez el Presidente, hubo de ceder en cuanto ella quiso, y á más, tomó á su cargo apaciguar á Rodríguez, quien por nada de este mundo quería consentir en hacerse cargo de la presidencia del tribunal de vijilancia, si no se le permitía juzgar y sentenciar á los jóvenes con todo el rigor de la ley.

Por fin, después de graves discusiones, consintió Rodríguez en que Ricardo y Teresa quedaran al lado de Amelia, pero en calidad de prisioneros y con una condición ineludible.

Había un caso de conciencia en el cual nuestro pretendido presbítero no podía transijir bajo ningún aspecto: era el matrimonio de Jenoveva con Ricardo, que él consideraba indisoluble en virtud de un gran número de leyes canónicas que enumeraba prolijamente para convencer á Marcó.

Además, la muchacha había prestado un servicio inapreciable al gobierno, evitando la fuga de todos los reos de Juan Fernández, y era preciso premiarla.

Por consiguiente, se mantuvo firme en sostener que Jenoveva se trajera á su casa para instalarla con Ricardo en un departamento separado, y que se le diera, por vía de dote, una suma de dos mil pesos para que ella los invirtiera según su capricho.

Amelia no opuso gran resistencia á todo esto, pues, según decía, su principal deseo era que no se castigara con rigor á su primo Ricardo, ni que la separaran de Teresa, con la cual había simpatizado en gran manera. Preciso fué, pues, ceder á todo esto.

En cuanto á tío Muni, á quien Su Excelencia tuvo ocasión de ver con las manos atadas á la espalda, el presbítero, por consideración á la hija, se abstuvo de pedir castigo para él: quedaría en libertad de volverse á su tierra cuando mejor le pareciera.

Arregladas estas cosas con gran complacencia de Marcó, que había podido satisfacer á Amelia y contentar las exigencias de su amigo Pimentel, se dió principio á la cena, siendo admitidos á ella, por orden de Amelia, sus dos nuevos huéspedes, sin que el Presidente se atreviera á hacer objeción alguna, á pesar de la mala cara que Rodríguez ponía á cada prueba de distinción que sus prisioneros recibían.

La noche se pasó sin más novedad que la de las manifestaciones á orosas de Marcó á Amelia, que ésta correspondía con provocativas miradas ó con hechiceras coquete-rías que trastornaban más y más el juicio á su *cándido* amante.

Coloquios más disimulados, aunque no menos elocuentes, pero sinceros, se entablaban entre los azules ojos de Teresa y

de Ricardo, absorbiendo con sus profundas miradas todo el amor que rebozaba en sus corazones.

Rodríguez, atento á todo, aunque sin dejar de mezclarse oportunamente en los diálogos de Marcó y Amelia notó que ésta solía mirar á hurtadillas á Ricardo y que su rostro se nublabá lijeramente cuando lo sorprendía arrobado en contemplar á Teresa.

A su vez, el despecho de Amelia producía en Rodríguez una fugaz impresión de placer, que quizás él mismo no trataba de explicarse, á pesar de que á veces llegaba á desear que se repitieran los incidentes que daban márjen á aquel despecho.

Concluída la cena, Marcó se retiró como de costumbre, acompañado de Rodríguez, que no se separó de él hasta dejarlo en la puerta de palacio, quedando de volver al día siguiente por la mañana á recibir sus títulos de Presidente del tribunal de vijilancia, una orden para que Jenoveva fuera puesta á su disposición y un bono de dos mil pesos para la dote de ésta.

Con tan favorables auspicios y llena la cabeza de excelentes proyectos y halaguetñas esperanzas, Rodríguez volvió á su casa más contento que de ordinario á charlar un rato con sus amigos Ricardo, Teresa y Amelia.

Hízole una visita á San Bruno en compañía de ellos, pero cuidando de que Ricardo y Teresa no se dejáran vér de él.

Romero dió cuenta de la poca eficacia de la medicina, y San Bruno se estuvo en absoluta inmovilidad y con la vista fija en el suelo.

Rodríguez notó que el capitán había enflaquecido extraordinariamente y que la palidez de su rostro era cadavérica. Sin embargo, su aterradora expresión de fiereza no cedía; por el contrario, se pronunciaba más á causa de la profunda contracción de su ceño y de las chispas de furor que brillaban en su torba mirada.

Convencido Rodríguez de la fuerza de ánimo y de la inquebrantable terquedad de aquel hombre murmuró:

—No hablarás: es inútil atormentarlo.

—Cambiarémos de medicina, observó Romero.

—Suspenderemos ésta mientras la señorita Amelia prescribe otro método curativo.

Y Rodríguez salió aparentando no ver un jesto de disgusto con que Romero había acogido sus palabras.

En realidad, lo que había era que nuestro héroe, corazón jeneroso y compasivo, no encontraba fuerzas en su pecho para llevar más adelante el rigor que con tanta justicia merecía el feroz capitán.

Amelia misma que no tenía menos motivos de odio contra él, se guardó de observar la determinación de Rodríguez.

Ambos parecían contentarse con tener

secuestrado á su común enemigo, en la imposibilidad de poder dañar á sus semejantes.

Después de la visita al capitán, Rodríguez se ocupó de la instalación de Ricardo en sus habitaciones y de la de Teresa en las de Amelia.

No se olvidó tampoco de tío Muni, pues le hizo preparar una buena cama en el cuartode Ruperto, quien, como el lector sabe andaba en Mendoza.

No necesitamos ahora decir que tras estas atenciones, Rodríguez se entregó al sueño con mas descanso que nunca y que durmió apaciblemente, lanzándose su imaginacion al mundo de las quimeras, en donde debia continuar viendo á Amelia con mas persistencia que á Corina, y despertar al día siguiente atribuyendo este fenómeno á la influencia natural de las distancias y de la mayor frecuencia con que veía y trataba á la primera.

Apenas despierto, Rodríguez saltó del lecho; se vistió, y fué á dar una vuelta por la Cañadilla para tomar noticias, en casa de Laganas, de lo que hacían sus amigos en Quillota, Valparaíso y Acoucagua.

Halló ahí una carta de un maestro de escuela del primero de esos puntos, don Pedro Regalado Hernández, quien comunicaba al señor Laganas que para la primavera próxima podrían contar con un gran nú-

mero de conjurados que harían armas contra el gobierno español.

Supo también otras noticias no menos favorables de Putaendo; tomó cuentas de los gastos hechos por el señor Lagunas en compra de armas y otros pertrechos de guerra para remitir á aquellos puntos; se informó de que sólo quedaba un remanente de quinientos pesos, y en seguida se despidió prometiendo engrosar muy pronto dicha suma.

A las diez de la mañana se presentaba al Presidente; lo hacía sonreír con algunas expresiones halagüeñas relativas á Amelia; recibía los documentos que éste le había prometido; se iba á la tesorería á hacerse pagar el bono de dos mil pesos para la dote de Jenoveva, y por último, se apersonaba á la cárcel para reclamar á la muchacha.

Aun no eran las doce del día cuando entraba con ella en casa de Amelia.

Jenoveva lo había seguido con la mejor voluntad, persuadida de que Ricardo iba á ser puesto á su disposición y obligado á ceñirse á sus deberes de esposo.

Tal le había asegurado Rodríguez.

Hízola éste entrar hasta el segundo patio de la casa.

Amelia y Teresa se hallaban sentadas á una ventana, y Rodríguez se encaminó á ella seguido de Jenoveva.

—¡Ah! exclamó ésta en cuanto divisó á Teresa. ¡Abí está la amada de mi marido!

—Sí, pues, dijo Rodríguez; la hemos traído aquí para castigarla.

—¡Bribona! repuso Jenoveva; ahora me las pagará todas por junto!

—¡Cómo nó! muy pronto vamos á arreglarlo todo. Señoritas, les dijo á las dos juvenes, aquí tienen ustedes á la esposa de Ricardo Monterreal.

—Me alegro de conocerla, contestó Amelia en tono burlón, mirándola de pies de á cabeza.

—¿No está él por aquí? preguntó Rodríguez.

—Aquí estoy, dijo Ricardo saliendo de una pieza inmediata. ¡Hola! tú por aquí exclamó al ver á Jenoveva.

Esta miró á Rodríguez, sorprendida tanto por el tono altanero de Ricardo, cuanto por su traje, que no era ya el de pescador el de marinero con que ella se había acostumbrado á verlo, sino uno del mismo Rodríguez, bien cortado y elegante.

—Vamos! ¿no te gusto así? preguntó Ricardo poniéndose al frente de ella.

—Abí lo tienes, pues, á tu disposición, dijo Rodríguez; ¿qué quieres hacer con él? habla; ¿qué te detiene?

Jenoveva vió la expresión natural del semblante de éste y se tranquilizó.

—No me gusta mucho ese vestuario, dijo;

pero no importa, yo tambien me vestiré de señora.

—Precisamente, para eso tienes una dote de dos mil pesos, que traigo. Eso es oro.

Y Rodríguez dejó caer á sus piés un talego que traía bajo el manteo.

—¿Esto es para mí? preguntó Jenoveva con gran admiración, apoderándose del talego. ¡Oh! qué pesado! bien me habían dicho que el oro pesaba más que la plata... Vaya, maridito mío, ¿estás ahora contento de mí? ya ves que tengo tanto dinero.

—No necesita de eso para idolatrarte, dijo Teresa desde la ventana. ¿No es verdad Ricardo?

Jenoveva miró á la joven con ojos airados.

—¿Qué tienes tú que meterte en nuestros asuntos? le preguntó ásperamente. Ya verás si ahora vuelves á burlarte de mí. Aquí no hay mar, ni aluviones que puedan venir en tu auxilio. Señor cura le dijo á Rodríguez, usted me hará el favor de castigar pronto á esa intrusa, para que sepa como debe conducirse.

—Todo se hará, hija mía; pero vamos ántes antes habitaciones que he preparado para tí y tú esposo.

—Ah! tengo habitaciones aquí!

—Es claro; y además una sirvienta.

—Bueno! vamos allá. Llévame esto maridito.

Y Jenoveva puso en manos de Ricardo el talego de oro.

—Sígueme, dijo Rodríguez encaminándose al interior de la casa.

Ricardo y Jenoveva marcharon juntos en pos de él.

—Me vas á querer mucho, ¿no? dijo Jenoveva mientras andaban.

Ricardo no contestó: le repugnaba atravesar palabras con una mujer que tanto y tan infamemente lo había hecho sufrir.

---Te callas, repuso ella: el cura me había asegurado que estabas muy determinado á complacerme.

---Aquí está el cuarto, interrumpió Rodríguez deteniéndose al frente de una puerta entreabierta. Pasen ustedes.

Jenoveva se apresuró á tomar la delantera; tan segura estaba de la buena fé de Rodríguez.

Pero no hizo más que salvar el umbral, y lanzar una exclamación de sorpresa, echándose atrás en ademán de salir precipitadamente.

Más, tropezó con Rodríguez, que iba á su espalda, y que preguntó admirado:

---¿Qué sucede, que hay?

—¡Mi padre! exclamó Jenoveva, buscando un hueco por donde escabullarse.

—¡Ah! me he equivado de cuarto! dijo Rodríguez sin moverse del umbral de la puerta, que teniendo una hoja serrada, no

podía dar acceso a otra persona. Pero no importa, agregó con gran calma; y ya que estamos aquí, bueno será que saludes á tu padre y te reconcilies con él para que tu felicidad sea completa.

Tío Muni se se había levantado de una silla al ver entrar á Jenoveva, y permanecía parado en la mitad del cuarto, con semblante tranquilo, aunque con furibunda mirada.

—Nó! nó! salgamos! exclamó Jenoveva estrechándose á Rodríguez como para forzar el paso.

—No puede ser eso, repuso éste con voz persuasiva Estoy seguro que tu esposo quiere que te reconcilies con tu padre antes de todo. ¿No es verdad, Ricardo? no es ese tu deseo?

—Me parece bien contestó el joven.

—Pero... ahora nó; después será, replicó Jenoveva con voz casi suplicante.

—¿Por qué nó ahora? insistió Rodríguez; es preciso dar gusto en algo al esposo.

Tío Muni se había adelantado entre tanto reposadamente, y estando á dos pasos de Jenoveva, dijo:

—¡Bueno! tiene esposo la señorita! pues está muy adelante! ¡Qué tal!

—¿No lo sabía usted? preguntó Rodríguez con aire de admiración.

—La señora me había hecho el honor de avisármelo.

Y tomando rudamente á Jenoveva de un hombro, la hizo volverse á él.

—Pero veamos! le dijo; ¿de dónde has sacado ese esposo? con qué permiso te has casado? me parece que las hijas de tu edad no se manejan por su orden!

Jenoveva tenía la vista baja, y en la actitud y tono más humilde trató de dar una excusa.

—El señor gobernador... balbuceó.

—¿Qué tiene el señor gobernador? ¿qué gobernador es ese?

—El de la isla.

—Pero ¿qué tiene que ver en esto?

—El me hizo casarme...

—¡Hola! pues está bueno!... Señor cura, hágame el favor de dejarme solo con esta señora por algunos minutos.

—¿Qué va á hacer usted, buen hombre?

—Nada más que averiguarle por qué razón ha preferido ir á pedir consentimiento para casarse á ese señor gobernador, en vez de dirigirse á mí.

—Cierto, el asunto es delicado y me toma de nuevo. Tiene usted razón para exigir explicaciones. Vaya, hija, satisfice á tu padre, cuéntale todo; yo te dejo sola para que puedas hacerlo con entera libertad.

Y al decir esto, Rodríguez empujó suavemente á la muchacha obligándola á adelantarse lo bastante para poder cerrar la puerta.

Logrado esto, sin hacer caso á los clamores de ella, puso la llave por fuera, tomó á Ricardo de un brazo y se alejó diciendo.

—Allá se las campanéen los dos: las cuestiones de padres á hijos tienen soluciones muy expeditas.

—¿Y este dinero? preguntó Ricardo.

—Servirá para los gastos de guerra. Esta noche lo llevarás á casa del señor Lagunas.

Al cabo de una media hora, que Rodríguez y Ricardo emplearon en charlar y reir con Amelia y Teresa, las invitaron á ir con ellos á informarse de Jenoveva.

Cuando Rodríguez abrió la puerta del cuarto, encontraron á tío Muni sentado tranquilamente en su silla fumando un cigarrillo.

Jenoveva estaba á pocos pasos de él, acurrucada en el suelo, atada de pies y manos, llorando y lamentándose de su suerte.

A los piés del viejo se veía el zurriago de que se había servido Romero en los días anteriores para vapular á San Bruno.

—¿Ya está usted satisfecho? preguntó Rodríguez.

Tío Muni se paró con gran calma, dió una chupada á su cigarro atizándolo con la uña del pulgar, y en seguida dijo:

—Estoy en la primera amonestación, señor.

—¡Ah! exclamó Rodríguez reprimiendo una sonrisa, verdad que en este matrimonio no se habían corrido las proclamas.

—Ni se ha pagado la dispensa, dijo el viejo.

—Según esto, ¿faltan dos amonestaciones?

—Si, señor; pero como no es costumbre hacerlas en un mismo día, me guardo para mañana y pasado.

Jenoveva seguía llorando con la cara en las rodillas.

—¡Pobre mujer! dijo Teresa en voz baja. Ahora le tengo lástima.

—¿Quiere usted interceder por ella?

—De buena gana lo haría, contestó la joven mirando á Ricardo como para consultar su voluntad.

—Haga usted lo que le parezca, le dijo él encojiéndose de hombros.

Teresa se volvió al viejo diciéndole:

—Tío Muni, yo le suplico á usted que tenga compasión de esta pobre muchacha; la poca reflexión de ella.....

La joven se interrumpió al ver que Jenoveva, habiendo enderezado la cabeza en cuanto oyó su voz, la miró con ojos airados y levantó las dos manos atadas para mostrarle los puños con un horrible jesto de amenaza.

—Bah! hizo Rodríguez; esa es una víbora que no merece compasión.

Tío Muni percibió el ademán de su hija, y apoderándose del látigo; le descargó un zurriagazo en las espaldas ántes que Rodríguez concluyera su observación.

Jenoveva lanzó un jemido ahogado y se mordió los puños con furor, pero no siguió llorando, como para no dar á Teresa la satisfacción de verla derramar lágrimas por su causa.

—Vámonos, dijo ésta con aire aflijido, tomando á Amelia del brazo y saliendo del cuarto.

Rodríguez se dispuso á salir y le preguntó á Tío Muni:

—¿Quiere usted que le deje la puerta sin llave?

—Como usted quiera, señor.

—Pero ha de tener cuidado de cerrar cuando usted salga, no sea que la novia se nos escape.

---No tema usted, señor; está bien asegurada, y yo no me duermo en las pajas.

---Solo le recomiendo un poco de indulgencia, dijo Rodríguez al salir, pues temía que el viejo se excediera en los castigos.

Después de esto, se apartó de Ricardo para ir hacer una visita de inspección al capitán.

Romero vigilaba asíluamente, y en cuanto lo vió llegar, le preguntó:

—¿Trae usted, señor, otra receta?

—Nó; el médico ha prescrito simplemente el reposo.

—¡Qué diantres! así no sana nunca.

—También ha dicho el médico que se le dé de comer y de beber de lo que pida.

Romero hizo un jesto de admiración.

—Cuanto pida, repitió Rodríguez recalcando estas palabras.

—Ah! cuanto pida... ¡oh! hizo Romero comprendiendo al fin el alcance de la orden. Es decir, que ha de pedir, y si no...

—Se muere de sed o de hambre.

—¡Oh! hablará, señor. Ese sí que es un remedio puesto en razón: con tal régimen hablaría un mudo de nacimiento.

Rodríguez se retiró; pero aún no había atravesado el patio, cuando Romero le gritó desde la puerta del cuarto:

—Señor! pide veneno.

—¡Hola! pues cuando pida eso, se le aplica un sinapismo de los consabidos.

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA NACIONAL

"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPITULO XVII

EL ALFERES TEJEROS

Aquel mismo día Rodríguez principió sus funciones de Presidente del Tribunal de Vigilancia Seguridad Pública, cuyos vocales eran don Manuel Antonio Figueroa, don Agustin de Olavarrieta, don José Barrera y don José Santiago Solo de Saldívar; asesor, el doctor don José María Lujan, y secretario, don Andrés Carlos de Vildósola, algunos de los cuales hemos visto figurar en el decurso de esta obra entre los cortesanos de Marcó.

Fiel á nuestro propósito de ser concisos, no citaremos prolijamente los actos de Rodrí-

guez en el desempeño de su cargo pero ya comprenderá el lector que desde luego su influencia en el tribunal se hizo sentir de una manera notable en provecho de los insurjentes.

Y esto le fué tanto más fácil á Rodríguez, cuanto que los precedimientos habían marchado hasta entonces de la manera más irregular, siendo en buena cuenta el Presidente de él, árbitro absoluto en cuanto se obraba, pudiendo acelerar ó retardar las causas á su antojo, iniciarlas en virtud de simples anónimos, recibir declaraciones sin la presencia de los miembros, y en informar por sí sólo expedientes para pasarlos en vista fiscal al asesor.

Como decimos, Rodríguez explotó perfectamente estas circunetancias, comenzando por aplazar aquellos expedientes, en que aparecía bien probada la culpabilidad de los acusados, y por dar un buen jiro á los demás.

Así, en un expediente seguido contra dos padres de la Recoleta franciscana, fray Javier Ureta y fray Bargaudián fray Quelez, de haberlos oído expresarse en términos poco favorables acerca del gobierno español, y en el cual San Bruno había puesto su informe opinando porque los reos fueran desterrados á una isla, Rodríguez dió á saber al asesor que el expediente se había formado de la manera más injustifica-

ble, sin informar al tribunal, y logró que en la vista fiscal se declarara nulo el sumario é inocentes a los acusados. Tales razones adujo el asesor, que el Presidente absolvió á los reos.

Pero Rodríguez habría corrido el peligro de hacerse sospechoso, ó por lo ménos, de desgradar á Marcó si se hubiera limitado á escudar á los insurjentes; era preciso que las cárceles estuvieran llenas y que los trabajos del cerro no carecieran de operarios para tener satisfecho á Su Excelencia.

Nuestro joven halló medios de proveer á aquella verdadera necesidad: el sistema de los anónimos, aceptado por aquel famoso tribunal, tuvo una feliz aplicación.

Rodríguez hizo llover denuncios sin firma, recurriendo á todos sus amigos y correligionarios políticos, cuyo número aumentaba dia á dia; pero no hay necesidad de decirlo, los acusados precisamente partidarios del réjimen peninsular, y se les culpaba de serio en apariencia, citando hechos que probaban su doblez.

Bastaba esto para apresar á los denunciados, según costumbre establecida, y el tribunal procedía como siempre con excesivo rigor y sumarísimamente, de manera que muy pocos lograban probar su inocencia, y un gran número iba á reemplazar en los trabajos del Santa Lucía á los infelices que

insurgentes que Rodríguez había logrado arrancar á la saña de sus enemigos.

Esto por lo que hace á Santiago.

Mas Neira había comenzado sus operaciones en el sur, cayendo sobre algunas haciendas de españoles, y apresando á cuanto inquilino tomaba armas en defensa de éstos.

Los españoles, cuya nacionalidad era notoria, quedaban en poder de Neira para que no pudieran ocurrir á las autoridades á hacer sus denuncias, y los inquilinos eran remitidos á Rodríguez, quien sin más auto ni traslado, los condenaba á prisión de propia autoridad, bastándole avisar al Presidente que Neira enviaba montoneros cojidos con las armas en la mano.

Por otra parte, á medida que hacía progresos en el corazón del Presidente su amor á Amelia, más abandonaba los negocios públicos á la dirección de Rodríguez, llegando á ser éste no sólo su consultor obligado para cuanto se hacía, sino muchas veces el único que resolvía las cuestiones más importantes.

Sin embargo, los avances de Neira tuvieron algún eco en Santiago, y llegó á oídos del Presidente una vaga noticia de que habían sido asaltadas algunas propiedades de españoles conocidos.

Rodríguez se encargó en el acto de averiguar lo que ocurría, diciéndole á Marcó:

—Nos importa mucho averiguar lo que haya de verdad, para quedar libres de las exigencias de ese hombre acerca de Amelia.

El Presidente se llenó de gusto, y deseaba en realidad que resultara cierto el denuncia, para obtener tan feliz resultado; pues por más que contara con su poder para retener á Amelia, temía él que ésta y Rodríguez se vieran en el compromiso de tener que cumplir el juramento que habían prestado.

Desgraciadamente para Su Excelencia, Rodríguez obtuvo noticias, al cabo de pocos días, de que el autor de aquellas depredaciones era un finjido Neira, á quien el verdadero trataba de darle caza, como así mismo á otra montonera encabezada por Manuel Rodríguez.

Ya se comprenderá que el mismo Rodríguez era el urdidor de estos embustes.

La noticia cundió en Santiago, y Neira pudo seguir operando con más libertad, seguro de que sus hazañas contra los españoles se achacarían al falso Neira.

Entretanto, Ruperto había vuelto de Mendoza con cartas de Castillo Albo que anunciaban grandes aprestos de San Martín para invadir á Chile por las provincias del norte sin aguardar la primavera.

Castillo Albo no había sido apresado por

faltas de pruebas, según decía, pero se había encontrado en gran peligro.

El Presidente, con acuerdo de Rodríguez se apresuró á enviar un buen refuerzo de tropas á Coquimbo, para guardar los boquetes de la cordillera.

Así pasaron los meses de Junio y Julio sin grandes novedades para nuestros personajes.

Las cosas marcharon a pedir de boca, plegándose el Presidente á cuanto Rodríguez le decía.

Sólo en un asunto habían discrepado, sin que á nuestro joven le hubiera sido posible obrar conforme á sus deseos.

Es el caso que el 29 de Mayo se había, recibido una nota del ministro de Indias, en que se comunicaba que el rey Fernando había concedido un indulto jeneral á todos los presos políticos en Chile.

Marcó se guardó la nota sin darle cumplimiento y sin participar más que á Rodríguez su contenido.

Algunas reflexiones hizo éste sobre los compromisos que pudiera traer tal desobediencias al ministro español; pero no creyó conveniente insistir, por no desagradar á Su Excelencia, que sólo miraba con gusto las medidas de rigor contra los insurjentes.

Pero Rodríguez también sabía aprovechar esta inclinación de Marcó, y ya hemos visto como lo inducía á dictar provi-

dencias tiránicas destinadas á concitarle el odio de los gobiernos.

No nos sería posible enumerar la multitud de medidas disparatadas y despóticas que la administración dictó por aquel tiempo, debidas en sus mayor parte á las sujestiones de nuestro audaz conspirador.

Pero citaremos una, para dar una muestra de ellas.

El 25 de Julio, día del apóstol Santiago, patrón de la capital, acordó el Presidente hacer el paseo del estandarite español, con las mismas ceremonias que se habían practicado en tiempo de Osorio.

Rodríguez fué encargado de redactar el decreto reglamentario, al cual debía ceñirse el mayor de plaza para anunciar los propósitos de Su Excelencia á los vecinos de Santiago que habían de ser invitados á la fiesta.

Rodríguez fijó una crecida multa á los inasistentes, conminándolos además con la pena del destierro á Juan Fernández. Por otra parte, los españoles podrían presentarse con sus armas; pero los chilenos «sin pistolas ó con ellas vacías.»

Con tales medidas la concurrencia fué lucidísima, á pesar de haber caído una recia lluvia por la mañana.

Hechos como éstos despertaban el descontento jeneral, al paso que Rodríguez se

conquistaba inmensamente la confianza del gobierno.

Entretanto, había un hombre á quien preocupaba grandemente la larga ausencia del capitán San Bruno y que miraba con recelo la privanza de Rodríguez, llegando á figurar que éste no era extraño á la desaparición de aquél.

Tejeros, sarjento ascendido á alférez por los empeños de San Bruno, tenía una particular decisión por su capitán, como que veía en su apoyo el único medio de seguir adelante en su ascenso.

Por otra parte, no pocas veces había oído á San Bruno expresar malas opiniones acerca del pretendido clérigo Pimentel, y sabía que la privanza de éste iba haciendo sombra á la de su capitán.

Alarmado cada vez más el alférez al ver que se prolongaba la ausencia de éste y que nadie sabía dar noticias precisas de la comisión que lo mantenía alejado de Santiago, se propuso investigar algo, fijándose particularmente en Rodríguez, pues nadie sino él, como confidente íntimo de Su Excelencia, podía estar al corriente de todo.

Propúsose, pues, ir directamente á hablar con él, tanto por tener ocasión de visitar su casa y formarse alguna idea de su manera de vivir, cuanto porque, aún suponiendo que el clérigo no quisiera franquear-

se, él esperaba sacar algo en limpio dándose mañas para sondearlo.

Pero como Rodríguez no paraba en casa atendiendo á la multitud de ocupaciones que le imponía su cargo de Presidente del Tribunal de Vigilancia y su papel de privado, sucedió que Tejeros hizo repetidos viajes sin lograr hallarlo.

Además, la puerta de calle pasaba constantemente cerrada, y cuando alguien golpeaba, sólo al cabo de un buen rato se dejaba oír de adentro una voz cascada de mujer que decía:

—No está el señor cura.

Y si se le preguntaba: «dónde anda» ó «á qué horas vendrá?»

—No se sabe, respondía de mal modo, quitándole al preguntón el deseo de proseguir el diálogo.

Visto este mal resultado, Tejeros, sabedor de que el clérigo era comensal asiduo de Su Excelencia, se propuso esperarlo á la salida de palacio y seguirlo hasta su casa.

Vana esperanza; entró la noche, dieron las siete, las ocho y las nueve y el clérigo no salió del palacio.

Se retiraba ya el alférez guardando su empresa para el otro día, y como tuviera que pasar la calle del Puente, acertó á hacerlo á tiempo que Marcó y Rodríguez salían por la puerta falsa.

La noche estaba obscura, pero por lo hábitos de Rodríguez y la estatura del Presidente, vino en cuenta que eran ellos.

Alcanzó el alférez á ocultarse á tiempo en el hueco de una puerta y pudo dejarlos pasar sin ser visto y seguirlos á cierta distancia.

Su admiracion subió de punto cuando los vió entrar á la casa de Rodríguez. ¿Qué podía ir á hacer Su Excelencia en casa del clérigo?

Demasiado tiempo tenia en el día para hacerle sus confidencias y consultas en palacio.

No menos despertó la curiosidad de Tejeros el ver que Su Excelencia permaneciera allí hasta la una de la madrugada, pues tuvo paciencia para aguardar hasta esa hora y para seguir sus pasos cuando volvió á palacio acompañado de Rodríguez.

La cosa era digna de admiracion y se prestaba á extrañas conjeturas.

Tejeros tuvo tentacion de salir al encuentro de Rodríguez cuando éste volvía solo á su casa; pero desechó esta idea por parecerle poco prudente. Entreveía algo de muy importante en aquellas salidas nocturnas de Su Excelencia á visitar la casa de su amigo.

—Precisamente se encierra un misterio

en esa casa, se dijo, y tengo de averiguarlo.

Al otro día se fué á rondar por el barrio; dió vuelta las calles adyacentes, y descubrió un huerto sin edificios, cuyo fondo debía dar precisamente á un costado del interior de la casa del clérigo.

En aquel tiempo no era extraño encontrar terrenos eriazos en el centro de Santiago.

Aquel sitio, estaba guardado por un viejo que habitaba una pequeña choza y cultivaba el huerto, plantado de legumbres en su mayor parte.

—He aquí, se dijo Tejeros, un punto á propósito para introducirse á la casa durante la noche; pero no conviene anticiparse á prevenir al viejo: podría denunciar á los vecinos mis propósitos.

Fijóse en que las paredes de la casa eran altas, y se retiró de ahí á poco, para volver más tarde con un hombre que traía una larga escalera de madera.

Detúvose antes de llegar al huerto, y le dijo al hombre.

—Entra en aquel sitio y pide permiso al hortelano para dejarla ahí por un cuarto de hora, pretextando alguna dilijencia de poco momento.

El hombre obedeció; el hortelano no tuvo dificultad para permitir que la escala quedara a un lado de la puerta y Tejeros se-

retiró con el propósito de volver á la noche.

En efecto, desde las oraciones se puso en acecho cerca del postigo de palacio, para ver si Su Excelencia iba con el clérigo á casa de éste; su mayor deseo era descubrir el objeto de tales excursiones.

Pero dieron las diez de la noche sin que el postigo se abriera, y entonces Tejeros se decidió á ir á la casa y tratar de ver lo que había en ella, qué jente la habitaba, y en fin, tomar todos los datos que pudieran darle luz para descifrar el misterio.

Mientras más meditaba, más se afirmaba en la idea de que sus pesquisas en el sentido proyectado lo habían de conducir á averiguar la causa de la desaparición de San Bruno.

Media hora después llegaba el alférez con dos talaveras al huerto en que había dejado la escala.

La puerta estaba cerrada; pero á fuerza de repetidos golpes acudió el hortelano á abrirla.

Traía un cándil en la mano, y quedó temblando de estupor al ver el uniforme de los talaveras.

—No tengas miedo, hombre, le dijo Tejeros; no venimos á hacerte ningún mal. Se trata de sorprender á unos ladrones que deben introducirse por este sitio á una de las casas vecinas.

—¡Por este sitio! exclamó el viejo lanzan-

do involuntariamente una mirada de recelo á la escala que estaba tendida á poca distancia.

Tejeros siguió la distancia de esa mirada y preguntó:

—¿De dónde ha sacado usted esa escala?

El viejo contó sencillamente lo de que un hombre la había traído en el día para volver por ella al poco rato.

—¿No ve usted? dijo el alférez. No me había equivocado.

Y volviéndose á uno de los soldados, agregó:

—Quédate aquí con ese buen hombre cuidando de la entrada, mientras yo voy á explorar los tejados de las casas vecinas, puede que los ladrones hayan abandonado la idea de venir por aquí y penetren por otra parte.

En seguida le ordenó al otro soldado que cargara la escala, y se encaminó al interior del huerto.

Como ya en el día había calculado el punto conveniente para subir al tejado, no tuvo que trepidar, y llegando á él hizo poner la escala; recibió de manos del soldado un rollo de cuerdas con nudos de trecho en trecho, y subió determinada-mente.

No lo seguiremos paso á paso en su tránsito por los tejados; bástenos decir que al cabo de una media hora de ir y venir, ex-

plorando como mejor podía el interior de la casa y buscando un punto aparente para descolgarse, ató la extremidad de la cuerda á uno de los canes de un alero más alto que el tejado en que se hallaba, y descendió apoyando los piés de nudo en nudo, hasta llegar al suelo.

Hallábase en un patio desierto, y todas las puertas que daban á él estaban cerradas

Tejeros anduvo en puntillas de puerta en puerta poniendo el oído en cada una, y como encontrase un pasadizo abierto, siguió hasta otro patio.

Allí divisó una puerta entornada por donde salían algunos rayos de luz, y al punto se dirigió á ella con el más sigiloso paso.

En el interior había jente que charlaba y reía con entera confianza.

—Yo, decía una voz de mujer, lo que haría, si el señor Rodríguez me lo prometiera, sería aplicarle á San Bruno en la nuca mi espanta-moscas, y dejarlo patitieso para librarnos de cuidados. ¿No te parece, Ruperto?

—Nó; no me parece eso lo mejor, contestó el interpelado. Yo lo encerraría en un cajón y me lo llevaría á Mendoza para que el jeneral San Martín dispusiera de él.

—Bien pensado, dijo una voz de viejo.

—¿Es usted de mi parecer, tío Muni?

—Sí, pues; sólo que no dejaría de presentar dificultades el transporte.

—Y que Su Excelencia podría preguntarle por él, ó antojársele verlo.

—En cuanto á eso no hay cuidado, dijo la voz de mujer. La señorita Amelia le ha prohibido al Presidente ocuparse del capitán, y además, no le faltarían al señor Rodríguez excusas que dar.

—Verdaderamente, al señor Rodríguez jamás le faltan medios de arreglar las cosas: ¡tiene tanto ingenio!

—Cierto, dijo el viejo; por lo que ustedes me cuentan, es un hombre admirable; basta verlo bien que desempeña su papel de clérigo...

Tejeros se estremeció al oír esto.

—¡Santo cielo! exclamó en su interior; el clérigo Pimentel es Rodríguez, Manuel Rodríguez precisamente, pues no hay en Chile otro Rodríguez que se pueda atrever á una empresa tan arriesgada.

La voz de mujer dijo:

—Ruperto, será bueno que vayas á dar una vuelta al capitán: no sea que Romero se haya emborrachado.

—Pero ahí están los dos hombres de Neira.

—¿Y quién nos dice que no sean tan bebedores como él?

—Sí; es verdad: bueno es vijilar aunque no hay peligro ninguno. ¿Quiere usted que vamos tío, Muni?

---Bueno; yo también tengo que echar un vistazo á Jenoveva.

Tejeros oyó ruido como que se movían, y al punto abandonó su puesto y se volvió al otro patio diciendo:

---No necesito saber más: esta jente embauca á Su Excelencia, y debo proceder sin autorización de nadie: el capitán está aquí, y yo lo he de libertar, venga lo que viniere.

Discurriendo así, trepó velozmente por la cuerda, la recojó, y en pocos instantes ganó la escala.

CAPITULO XVIII

RUPERTO DISPONE Y ANTONIA EJECUTA

Antes de una hora, Ruperto, Antonia y tío Muni, que habían reanudado su tertulia, fueron sorprendidos por unos estrepitosos golpes que se dejaron oír en la puerta de calle.

---¿Quién podrá ser á estas horas? dijo Ruperto.

—De seguro que no es el señor Rodríguez, observó Antonia, porque él tiene llave.

---Sólo que sean las señoritas y el caballero Ricardo, dijo tío Muni.

---Pero ellos golpearían la puerta de la otra calle, si vinieran solos. Fuera de que todos han de llegar juntos y más tarde. Aun no son las doce...

Nuevos y más atronadores golpes interrumpieron las reflexiones de Antonia.

---Será preciso informarse, dijo saliendo del cuarto y corriendo hacia la puerta de calle.

--¿Quién es? preguntó al llegar.

—Abra usted la puerta, ó la echamos abajo, dijo una voz imperativa.

Y Antonia oyó al mismo tiempo ruido de armas.

—No tengo aquí la llave contestó por ganar tiempo. Voy á buscarla. Pero ¿quiénes son ustedes?

—¡Vé pronto á buscar esa llave; vieja de los diablos! dijeron de afuera.

Antonia finjía voz de vieja, y por eso la tomaban por tal.

—Voy al momento, dijo agregando con tiento una tranca á la puerta.

En seguida corrió al cuarto en que estaban Ruperto y tío Muni.

—Novedad tenemos, dijo; jente armada amenaza la puerta si no abrimos.

—Pero ¿quiénes son?

—No han querido decirlo.

—¿Y qué haremos?

—Matar al capitán San Bruno y huir, dijo Antonia.

—Pero antes de averiguar nada... no es posible, replicó Ruperto. Tratemos de saber quiénes son los que vienen. En todo caso, tenemos libre la retirada por la puerta del fondo.

—Si es que no lo han tomado.

—No nos precipitemos, dijo Ruperto. Yo iré á ver si tenemos libre la salida, y luego resolveremos. Tú, Antonia, cuida de avisarnos lo que ocurra en la otra puerta.

Uno y otro se alejaron en direcciones opuestas.

Los golpes se repetían en la puerta principal.

Antonia se acercó á escuchar lo que hablaban los de afuera.

—Ese diablo de vieja se está burlando, decía uno. Lo mejor que debemos hacer es echar la puerta abajo.

---Si les damos tiempo, es muy posible que maten al capitán.

---La puerta es firme; no tenemos herramientas para destrozarla.

—Ya mandó traer hachas mi alférez.

---Como lleguen pronto...

---Golpeemos entre tanto; aquí hay una piedra grande.

Antonia se alejó de la puerta para ir en busca de Ruperto.

Ya venía éste de vuelta.

---¿Qué hay? le preguntó aquella.

---Hay un grupo de hombres en cada es-

quina: deben haber rodeado la manzana; pero no saben que tenemos esa salida.

—¿Y qué ganamos con ella si ántes de andar veinte pasos hemos de caer en sus manos?

—Pero ¿no has averiguado quiénes sean?

—Son talaveras, y hablan de su capitán; temen que lo matemos.

—Son talaveras..., dijo Ruperto, como reflexionando. ¿Tú tienes uniformes de talavera?

—Sí, tengo tres.

—Pues vistámonos con ellos; en seguida matamos al capitán, y nos ocultamos hasta poder mezclarnos á los soldados que entren y escaparnos en la primera oportunidad.

—Arriesgada es la cosa.

—Pero no hay otro camino.

—Con los tres uniformes sólo nos salvamos tío Muni y nosotros des...

—Aunque hubiera más uniformes, Romero y los dos hombres de Neira no podrían salvarse: están bien borrachos.

—Pues vamos á matar al capitán, dijo Antonia.

Tío Muni les salió al encuentro diciendo con gran azoramiento.

—¡Estamos perdidos! los soldados se estan descolgando por el patio de adentro; apenas he tenido tiempo de cerrar la puerta del pasadizo.

—¡Diántres! ya no podemos hacerle nada al capitán! exclamó Antonia.

—Pero vistámono pronto, dijo Ruperto. Y todos tres corrieron al cuarto de Antonia.

En un minuto sacó ésta los tres uniformes de talaveras con todos sus arreos, y principiaron á vestirse á gran prisa.

A ese tiempo se oía cómo los asaltantes destrozaban las puertas á hachazos.

—No hay que turbarse, decía Ruperto; aún tenemos tiempo: nos iremos por el interior de los cuartos hasta el patio de afuera.

Pronto concluyeron de vestirse, habiendo tenido que ayudar á hacerlo á tío Muni entre Ruperto y Antonia, pues el viejo se hallaba confundido sin atinar con la manera de ponerse las piezas.

Armáronse en seguida con las bayonetas de los mismos uniformes, á más de un puñal que Ruperto se puso al cinto, y de una barra de fierro que tomó Antonia diciendo:

—Que se pierda todo, menos mi espantamoscas.

En seguida corrieron por el interior de las piezas, hasta llegar á la sala de recibo que daba al patio de afuera.

Mantuviéronse ahí en expectativa y luego oyeron los pasos de dos ó tres personas que corrían hacia la puerta de calle.

En cuanto atravesaron el pasadizo, Ruperto dijo:

—Sigámoslos.

Y abriendo la puerta echaron á correr tras ellos.

La puerta de calle resistía aún á los esfuerzos de los asaltantes.

Al llegar al zaguán, oyeron que los de adentro decían:

—Esperen: nosotros quitaremos las trancas.

—¿Quiénes son ustedes? preguntaron de afuera.

—Compañeros.

—¿Por dónde han entrado?

—Por los tejados; por el camino que nos señaló mi alférez.

Y sobre hablando quitaban las trancas á la puerta.

Ruperto, Antonia y tío Muni se aproximaron á ayudar en esta operación, sin que los soldados hicieran alto en ellos, tomándolos por talaveras, pues la obscuridad no era tan profunda, que dejaran de percibirse sus uniformes.

Quitadas las trancas, sólo quedó la puerta afianzada en el pestillo.

—Empujen, gritó Ruperto.

Oyóse cómo los de afuera forcejeaban apoyándose contra la puerta, y tras algunos crujidos, el pestillo estalló y las hojas se abrieron.

—¿Qué hay de nuevo? preguntaron los que entraban.

—Nada sabemos nosotros, contestó uno de los talaveras que había venido de adentro; sólo los dieron orden de correr á abrir esta puerta.

—Pues bien, dijo un sarjento, quédense ustedes guardándola mientras nosotros vamos á auxiliar á mi alfez, que ya debe estar adentro.

Y acto continuo avanzó como con diez hombres, quedando en la puerta Ruperto, Antonia, tío Muni y dos talaveras.

En cuanto aquellos se alejaron, Ruperto se acercó á Antonia y le dijo en voz baja:

—Esta es la nuestra; despacha tú á uno, que yo me encargo del otro.

Uno de los soldados dijo:

—Nada me ha gustado que nos dejen aquí; mejor estaríamos adentro.

—En los infiernos estarás mejor, contestó Antonia descargándole súbitamente en la cabeza su barra de fierro.

No menos ligero anduvo Ruperto para asestar una puñalada en el pecho al otro talavera.

Rodaron éstos por el suelo sin decir «Jesús» y los acólitos de Rodríguez emprendieron la fuga seguida de tío Muni.

Pero apenas habían dado diez pasos cuando vieron venir otros soldados á todo correr.

—Ese me toca á mí, dijo Antonia adelantándose.

El soldado al verla contuvo su carrera para preguntarle:

—¿Está mi alférez allá?

—¡Toma alférez! le dijo Antonia descar-gándole un feroz golpe en la cabeza.

—El talavera cayó exánime, y ellos apre-taron el paso.

Al llegar á la esquina, dos soldados les salieron al travez.

—De orden de mi alférez, nadie pasa por aquí dijo uno de ellos.

—Traemos contra-orden, contestó Ru-perto.

—¿De quiéa?

—De mi espanta-moscas, dijo Antonia cayendo sobre el soldado.

Ruperto, listo á obrar en cuanto amaga-ba Antonia, despachó también al otro cen-tinela.

—Ya estamos libres, dijo; corramos ahora. ¿Qué tal, tío Muni?

—Muy bien, respondió el viejo: lo que sien-to es que no me haya tocado nada que ha-cer.

—Otra vez será; no se aflija usted por tan poco; las cosas van tomando un aspecto que anuncia borrasca, y los lances no faltarán. Ahora lo que importa es dar parte al se-ñor Rodríguez de lo sucedido, para evitar que

caiga en manos de esos pícaros. Como lo encontremos en casa del señor Lagunas...

—Precisamente ha de estar allá, dijo Antonia.

Hablando así, corrían hácia la calle del Puente, con las armas listas, y decididos á dar la muerte al que les estorbara el paso.

Dejémoslos seguir su camino para volver á la casa de Rodríguez.



CAPITULO XIX

FEROCIDADES DE SAN BRUNO

Tras los primeros diez soldados que se descolgaron por la cuerda con nudos, y mientras que, destrozada la puerta que había cerrado tío Muni, dos de ellos corrían á la puerta de calle, el alférez Tejeros bajó también al patio, y su primera diligencia fué acudir al cuarto en que había tenido lugar la conversación que tan á tiempo habrá logrado sorprender.

Pero, como ya debe suponerlo el lector, el cuarto estaba vacío.

En consecuencia, dió orden de que se dividieran en tres grupos para registrar la casa por distintas partes á la vez.

Proveyéronse todos de velas encendidas,

que habían cuidado de llevar, y el mismo Tejeros, á la cabeza de un grupo, se dirigió á los patios interiores.

De ahí á poco, uno de los soldados, el que iba más adelante, deteniéndose junto á una puerta, gritó:

—Aquí hay tres hombres dormidos.

Tejeros acudió á toda prisa.

En efecto sentados al pie de una puerta y apoyados uno en otro, había tres hombres con las cabezas caídas, sumidos en profundo sueño.

—Están borrachos dijo, el alférez dándole á uno con el pie.

El hombre refunfuñó entre dientes algunas palabras que no pudieron entender y siguió roncando.

Tejeros, por lo que había oído de la conversación de Antonia y Ruperto, juzgó que aquellos eran los guardianes del capitán San Bruno, y ordenó:

—Quiten estos hombres á un lado, y abran esta puerta.

Los talaveras arrastraron por el suelo á los hombres, que eran Romero y los dos enviados de Neira, y como la puerta estaba con llave, cargaron sobre ella á hachazos.

En menos de cinco minutos fué forzada, á pesar de su solidez, y Tejeros se precipitó con los soldados al interior.

Pero no hicieron más que entrar, y quedar inmóviles de asombro.

San Bruno se hallaba en el fondo del cuarto, cargado de cadenas, pálido, extenuado, con el aspecto de un cadáver: se le habría tomado por tal, á no ser por la mirada fija y ardiente de sus hundidos ojos, que brillaban como dos ascuas.

—¡Mi capitán! exclamó Tejeros corriendo hacia él con los brazos abiertos.

—¡Por fin! dijo éste con sordo acento arimándose su semblante de una manera siniestra, con una expresión de gozo salvaje, en que á primera vista se adivinaba su sed de venganza.

—¡Quién hubiera creído esto! rujió el alférez sacudiendo las cadenas y rechinando los dientes.

—¿Dónde están esos pícaros? preguntó San Bruno.

—Todos van á caer en nuestras manos, contestó Tejeros con seguridad.

Volviéndose en seguida á los soldados, les dijo:

—¡Listos aquí! á ver cómo desprendemos estas cadenas.

Todos se lanzaron á ejecutar la orden con gran ardor.

Pero los hierros estaban remachados y no había medio de hacerlos ceder.

—A buscar limas! gritó Tejeros. En el cuartel hay.

Dos soldados salieron á todo correr.

—Pero ¿dónde están esospícaros? preguntó San Bruno; ¿y ese clérigo de los diablos?

—Ya los han de traer: he mandado registrar la casa. No pueden escaparse; tengo centinelas al rededor de la manzana.

—Bueno! bueno! el clérigo y una condenada muchacha que se llama Amelia, son los principales: pero hay un araucano á quién es preciso descuartizar vivo.

—¿Usted ya sabe quién es el clérigo? preguntó Tejeros.

—Se me figura que es el diablo en persona.

—Peor que eso: es Manuel Rodríguez.

San Bruno dió un brinco que hizo rechinar las cadenas que lo aprisionaban.

—¡Rodríguez! exclamó clavando los ojos al cielo desesperadamente. ¡Rodríguez! Manuel Rodríguez! y no lo había conocido! bruto de mí! soy un animal, y bien merezco lo que me ha pasado! Sí, es cierto; es el mismo Rodríguez, añadió ajitándose furiosamente en el banquillo: su modo de mirar, de reirse... Es el mismo.

—Sí, capitán; no le quepa á usted duda... y estaban pensando en mandarlo á usted encajonado á las provincias argentinas.

—¡Pero qué hacen que no me traen aquí

á esos endemoniados! quiero gozarme en sus martirios! ¿dónde están? ¿por qué tardan? será cosa que se hayan escapado?

—Imposible, capitán; desde luego, tenemos tres asegurados. Los demás habrán tenido tiempo de esconderse; pero no de fuggarse.

---Tráiganme á esos tres de que usted habla, y haga preparar fuego para incendiar la casa si no parecen los otros: el fuego los hará salir de sus escondrijos.

Los soldados fueron por Romero y los dos bandidos y los entraron al cuarto arrastrándolos de las piernas.

---¿Están aturridos? preguntó San Bruno.

---De beber, dijo Tejeros.

---¡Ah! bueno! yo les haré espantar la borrachera. Hagan ustedes un fuego en el patio, ordenó á los soldados.

---Hola! añadió mirando á Romero, ese pícaro me debe muchas.

San Bruno se iba animando por grados, y de cuando en cuando sacudía sus cadenas rabiosamente como si se sintiera con fuerzas para romperlas.

A poco rato llegan los que habían ido por limas, y entre cuatro soldados se pusieron á cortar las cadenas empeñosamente por distintos puntos.

Entretanto, Tejeros salió á informarse de lo que hacían los demás soldados encargados de registrar la casa.

Con tal tesón trabajaron los limadores, que antes de un cuarto de hora San Bruno quedó libre de sus ataduras.

Quiso pararse, y sus piernas se negaron á sostenerlo; tal era la postración á que lo había reducido su prolongada inmovilidad.

Apoyóse entonces en dos soldados, y dando orden de sacar al patio á los tres borrachos, salió él adelante.

Ya los que habían sido encargados de hacer fuego tenían una respetable hoguera en el medio del patio, alimentada con las tablas de las puertas rotas y con leña que habían traído de la cocina.

El alférez Tejeros volvía á ese tiempo con algunos soldados que traían á una mujer sujetándola de los cabellos.

Esta era Jenoveva, que gemía y se lamentaba diciendo:

---¡Ah! ustedes vienen aquí mandados por mi marido! si supiera esto el señor Pimentel! Pregúntenle: él ha consentido en que mi padre me castigue; pero no permitirá que mi marido se burle.

Estas quejas y exclamaciones de Jenoveva apenas eran escuchadas por los soldados; que las acojían con grandes risotadas y frases burlescas.

---Mi capitán, dijo Tejeros, hemos encontrado á esta muchacha encerrada en un cuarto.

—Ella debe saber dónde se han ocultado los demas, observó San Bruno. A ver, hábla, ¿dónde están esos bribones?

—Yo no sé nada, señor; mi padre me tenía ahí...

—¿Quién es tu padre?

—Tio Muni: él le pidió permiso al señor cura...

—¿Pero dónde está ese cura?

—Tampoco sé yo, porque mi padre...

—Yo te haré saber. Agárrenla ustedes y caliéntenle los piés al fuego.

Tres soldados se apoderaron de Jenoveva, y a pesar de sus gritos, contorsiones y sacudidas, le pusieron los piés á la llama.

—¡No sé nada! gritaba Jenoveva con voz lastimera. Por Dios! por Diosito que no sé nada! Qué me muero! no me maten! señoritos, amitosmios, perdónenme! Ya no quiero á mi marido! díganle que me perdone, que ya no vuelvo más á incomodarlo! ¡Jesús, María! ya no puedo más! ya me muero! ay...!

La infeliz perdió los sentidos vencida por el dolor.

San Bruno contemplaba impasible, casi sonriéndose, aquella horripilante escena.

—Se ha desmayado, dijo uno.

—¡Ya no hablará! murmuró San Bruno. Echenla al fuego y pongan más leña, pues todavía nos quedan otros.

Jenoveva fué arrojada al medio de las

llamas, que á punto hicieron presa de sus cabellos y vestidos.

Espectáculo horrible: el exceso del dolor la hizo volver en sí, como antes la había hecho perder el sentido. Revolcóse en el fuego, lanzando un feroz alarido, y de un salto se puso en pie, rodeada por las llamas que consumían sus vestidos.

Y acto continuo, con los ojos saltados y la cara desfigurada por el terror, echó á correr sin dirección fija, huyendo instintivamente de la hoguera.

— Atájenla! gritó San Bruno.

Y un soldado, con gran presteza, cerró el paso á Jenoveva, y dándole un violento empujón, la echó de espaldas al medio de la hoguera.

Al mismo tiempo, otro que llegaba por el lado opuesto con un gran ató de leña, lo descargó encima de la muchacha.

No obstante la violencia del golpe, bregó ésta algunos instantes por desembarazarse de la carga.

Ya no gritaba; pero de su pecho salía un ronquido sordo, como el de una fiera acosada, y la expresión de su rostro era espantosa.

Logró darse vuelta en medio de las llamas y de los tizones encendidos.

Sus ojos relampagueaban más que el fuego.

Quiso pararse, y las fuerzas le faltaron, aniquiladas sin duda por el dolor.

Cayó de bruces sobre los leños, y su mirada se tornó suplicante, como la del cordero herido en el corazón.

Un soldado arrojó sobre aquel cuerpo medio carbonizado una hoja de puerta; otro, un gran atado de ástillas.

Las llamas cuandieron, pero el olor á carne asada habría podido atestiguar que no solo era madera lo que consumían.

San Bruno, que no había apartado la vista de la hoguera ni cesado de animar á los soldados á atizarla, dijo entonces:

—Sigamos con estos badulaques.

—Atenlos para que nonos den que hacer, ordenó Tejeros.

Varios soldados se pusieron á la obra.

—A éste primero, dijo San Bruno señalando á Romero.

En pocos instantes el infeliz ex-portero de palacio fué arrojado á las llamas atado de pies y manos.

Al caer en la hoguera, la repentina impresión del fuego lo hizo primero doblarse sobre sí mismo lanzando un rujido horroso, y luego estirándose y haciendo contorsiones semejantes á las de una serpiente quiso arrastrarse sobre los leños, ya que no le era posible pararse.

—Vanos esfuerzos.

Por entre las llamas se columbraba el rostro espantado de Romero, sus ojos inyectados de sangre que parecían saltarse de las órbitas, y los movimientos desesperados que hacía para apartarse de las llamas.

—Leña! gritó San Bruno.

Y los soldados se afanaron en destrozar puertas y ventanas para aumentar el combustible.

Romero, el desgraciado Romero, víctima inocente de las astucias de Rodríguez, estaba destinado á perecer por la misma causa.

¡Mala vida la de Romero aún desde que se dedicó á bandido!

Muy pronto los movimientos del infeliz se extinguieron, y las llamas de la hoguera siguieron elevándose tranquilas hácia el cielo; tranquilas, quien acto continuo hizo echar á la hoguera á los otros dos hombres gozándose en aquel suplicio.

En seguida, avisado de que era inútil buscar más jente en la casa, pues todo había sido registrada con prolijidad, ordenó poner fuego á los techos.

Alguien observó que el incendio cundiría hasta las casas vecinas, y él dijo sin alterarse:

—Pagarán el pecado de estar en contacto con la que me ha servido de prisión.

Una hora después toda la casa era una hoguera, y San Bruno se retiraba con sus forcos soldados sin preocuparse en lo más mínimo de los lamentos de los vecinos.

Lo que sí le preocupaba grandemente era el que Rodríguez y Amelia se le hubieran escapado.



CAPITULO XX

DESESPERACION DE MARCO

Era una modesta tertulia la que había en casa de Lagunas, en celebración del cumpleaños de Julia, la hija del dueño de casa; y decimos modesta atendiendo al número de los convidados, reducido tan sólo á unas pocas personas de confianza.

No obstante, la noche se había pasado alegremente: se había tocado cantado danzado con el mejor buen humor: Ricardo y Teresa, no menos que el joven Lagunas y Julia, habían sacado el mayor partido de aquella agradable reunión.

¶ Por su parte, Amelia, convencida ya de que nada debía esperar del corazón de Ricardo y demasiado jenerosa para turbar la felicidad de sus amigos, se había propuesto vencer sus sentimientos y preocuparse lo menos posible de lo que pasase entre los dos jóvenes.

Felizmente, podía sostener su resolución sin grandes sacrificios, merced al nascente afecto que le inspiraba Rodríguez, el cual cobraba cada día proporciones más positivas, sin que ni uno ni otro pusieran intencionalmente nada de su parte para provocarlo.

¶ Era aquel un amor esencialmente platónico, nacido y creado insensiblemente en fuerza de las azarosas circunstancias.

Pero ni Amelia dejaba de pensar del todo en Ricardo, ni Rodríguez en Corina.

Sin embargo, uno y otro se gozaban en hallarse juntos; y aún buscaban las ocasiones de hablar á solas aunque nada se dijeran de misterioso.

La noche se había pasado como decimos, alegremente, y todos se encontraban satisfechos de tan agradable solaz, cuando Ruperto y Antonia, parándose en la puerta de la sala, dieron á entender con su sola presencia que algo de muy grave ocurría en la casa de Rodríguez y Amelia.

Contribuyó á despertar más inquietud el traje de talavera que vestían.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Rodríguez, sin alterarse ni abandonar su asiento.

—Los talaveras han entrado á la casa, dijo Ruperto, y hemos tenido que salir escapando como mejor hemos podido.

Ya se comprenderá el efecto que tal frase causaría en todos los concurrentes.

Rodríguez fué el único que no perdió su serenidad, ó que pudo dominar su asombro para interrogar detenidamente á Ruperto y Antonia.

Dieron cuenta éstos de cuanto había sucedido, punto por punto, y en consecuencia Rodríguez hizo las siguientes reflexiones:

—Algún talavera ha debido sospechar que el capitán San Bruno se hallaba en nuestro poder; dió tal noticia á sus jefes y compañeros, y resolvieron este golpe sólo por salvar á su capitán pero no porque hayan descubierto quien soy yo.

—Entonces aún puede usted influir con el Presidente, dijo Ricardo, y hacer que castiguen á los talaveras que han entrado á la casa.

—Podría hacerlo, dijo Rodríguez, si no temiera por las declaraciones que San Bruno le hará arrancar á Romero y á los enviados de Neira. Yo había previsto un caso de esta naturaleza, cuidando de no dejar en casa ningún papel que pudiera comprometerme, pero no contaba con que alguno

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

de los nuestros cayera en poder de ese infernal capitán, cuyas venganzas han de ser terrible contra todos los insurjentes. Volver á presentarme en palacio sería oponerme á caer en sus manos y comprometer todos nuestros asuntos. Felizmente, las cosas están en un pie tal, que ya es tiempo de comenzar á obrar con enerjía. Hemos preparado en todas las provincias centrales á nuestros partidarios, para comenzar á hostilizar al gobierno en este mes de Agosto. Vale más que yo vaya á ponerme á la cabeza de las montoneras del sur, para dirigir con más acierto sus operaciones. Ricardo y Lagunas se irán á Quillota, á obrar enérgicamente. Lo que importa es fatigar el ejército español, de manera que entrando la primavera, que será cuando San Martín se decida á venir á Chile, se encuentre aquél desbaratado y abrumado por nuestras guerrillas. Amelia y Teresa podrán permanecer aquí; éste es un asilo completamente ignorado de nuestros enemigos, y no hay temor de que los descubran.

Todos se conformaron con las determinaciones de Rodríguez, menos Amelia, que manifestó deseos de seguir á Rodríguez y tomar parte en sus correrías acompañada de Antonia.

—No he aprendido, decía, el manejo de las armas para permanecer encerrada en el momento del peligro.

Rodríguez le hizo algunas reflexiones acerca de los trabajos que podían pasar; pero nada fué bastante para hacerla mudar de opinión.

En consecuencia, aquella misma noche Ruperto ensilló caballos para todos los que debían partir, y antes de amanecer se pusieron en marcha.

Rodríguez, Amelia, Antonia y Ruperto, se dirijieron á casa del herrador, en donde debían juntarse con alguna jente de la partida de Neira y seguir su viaje al sur.

Ricardo y Lagunas salieron para Quillota.

Todos llevaban pasaportes firmados por Marcó.

Al amanecer, y mientras nuestros conspiradores se alejaban de Santiago á buena rienda, el capitán San Bruno se hacía abrir la puerta de palacio acompañado de algunos oficiales de su cuerpo, y penetraba hasta la alcoba del Presidente para darle parte de lo sucedido.

Marcó dormía á más y mejor soñándose en los brazos de su adorada Amelia, cuando San Bruno entró abriendo ruidosamente la puerta sin ceremonia alguna.

El Presidente saltó en su lecho, abrió los ojos, y se llenó de asombro al ver ante sí la fisonomía demacrada del capitán.

—¡Señor; dijo éste, aprovechando aquel

momento de estupor, el clérigo Pimentel es Manuel Rodríguez.

Semejante noticia lanzada de improviso, causó en Marcó el efecto de un balazo disparado á quema ropa.

Se quedó frío, con la vista fija en el capitán, como si no comprendiera el significado de sus palabras.

—¡Rodríguez! murmuró.

—Sí, excelentísimo señor, el desalmado Rodríguez se ha estado burlando de Su Excelencia y haciéndome sufrir el más cruel suplicio...

—Pero es imposible... Rodríguez... ¡Es decir que Castillo Albo me ha estado engañando!

—Eh, señor! esas cartas no eran de Castillo Albo! Bien lo sospechaba yo!...

—Pero hombre ¿cómo puede ser eso?... Es decir que las firmas sueltas...

—Han sido recortadas de algunas cartas de ese señor.

—¡Ah pícaros!

—Y es muy probable que el jeneral San Martín haya sido el autor de las tales cartas...

—¡Oh! eso es increíble... Pero diga usted! ¿qué pruebas tiene usted de que Pimentel es Rodríguez?

—El alférez Tejeros, que es quien me ha salvado, sorprendió una conversación entre algunas personas de la casa de Rodríguez,

en que se reían de la manera como engañaba á Su Excelencia. Esto le decidió á penetrar á viva fuerza hasta el cuarto en que me tenían aprisionado.

—¿Han apresado á álguien? preguntó alarmado el Presidente acordándose por primera vez de Amelia.

—No, señor, por desgracia. Todos han huído, y al hacerlo han dejado tres talaveras muertos y dos muy mal heridos.

—Entonces ha habido un verdadero combate.

—Nó, señor: esa no es jente que se bate, sino que ataca á traición: estoy cierto de que han sorprendido á mis soldados...

—¿Pero sabe usted quiénes eran los que huían? ¿estaba Pimentel entre ellos? ¿habría alguna mujer?

—Nada sabemos, señor; pero ¿quiénes otros podían ser? esa es la jente de la casa.

El Presidente calló un instante, como si le costara trabajo formular su pensamiento, y al fin dijo:

—Pero esa joven... ignoraría que Pimentel... era Rodríguez.

—¡Qué señor! ella es tan insurjente como él, entre los dos han conspirado.

Marcó palideció.

—Pero esa historia de Neira...

—Todo es falso, todo ha sido acomodado...

Su Excelencia abrió desmesuradamente los ojos.

—Luego, el compromiso de Neira, en que se obligó á trabajar en mi favor; los prisioneros que nos ha mandado...

—¿Ha mandado prisioneros?

—Muchos, muchísimos... ¡Oh! yo creo que usted se ha engañado, capitán, dijo Marcó pensando en que Rodríguez también había apresado á mucha jente en Santiago y desplegado un gran celo para perseguir á los patriotas.

—¡Aún duda Su Excelencia! exclamó San Bruno.

—Sí; me cuesta trabajo creer: necesitaría una prueba.

—Ah! es que ese hombre es demasiado astuto para dejar pruebas.

—Esa conversación oída por Tejeros no me parece bastante.

—¿Y los talaveras muertos y heridos?

—Siesos soldados han asaltado la casa, natural es que los habitantes trataran de ponerse en salvo.

Y Marcó al decir estas palabras miraba fijamente á San Bruno como si le asaltara alguna sospecha.

—¿Quiere Su Excelencia hablar con el mismo alférez Tejeros? preguntó el capitán.

—Hágalo usted venir, dijo el Presidente.

Un momento después entraba el alférez saludando profundamente á Su Excelencia.

—Acérquese usted, dijo Marcó, apoyándose en las almohadas para enderezarse un tanto y poder examinar mejor el semblante de Tejeros.

Aproximóse éste hasta colocarse á tres pasos del lecho y volvió á inclinarse respetuosamente en señal de que aguardaba.

Marcó se pagaba mucho de tales estericidades, y las líneas severas de que había revestido su semblante se dulcificaron algo al ver tan rendidas muestras de sumisión.

—¿Cómo ha sabido usted, preguntó afablemente, que el clérigo Pimentel es el insurgente Rodríguez?

Tejeros refirió punto por punto y con gran reposo cuanto había pasado desde el día en que proyectó hablar con el clérigo Pimentel para obtener noticias a cerca de su capitán, hasta el momento en que halló á éste aherrojado en un calabozo.

San Bruzo tomó entonces la palabra y dijo que después de haber registrado la casa, al retirarse, encontraron en la puerta de calle dos talaveras muertas, á poca distancia otro, y por fin en la esquina, los dos heridos de que ya había hablado.

Cuando concluyó su relación, el Presidente se quedó meditando un largo rato sin despintarle la vista, y al fin preguntó:

—¿No tienen ustedes indicio alguno del paradero de esas jentes?

—Nó, señor, dijo San Bruno con sentido acento.

—¿Y en la casa no se han encontrado papeles que sirvan de alguna luz?

—Nada, señor, respondió Tejeros. Yo registré todo con gran prolijidad.

—Quiero ir allá, dijo Marcó incorporándose en el lecho.

San Bruno trepidó un instante, y luego tomando una súbita determinación, dijo:

—Está incendiada la casa excelentísimo señor.

—¡Hola! ¿quien le ha puesto fuego?

—Yo dí luces á todos mis soldados para que registraran por todas partes, y alguno de ellos por torpeza...

—Pero usted debió hacer apagar al momento...

—Esa fué mi primera idea, excelentísimo señor; pero luego reflexioné que nuestros enemigos podrían haberse escondido en los techos y que el fuego los haría salir.

—¡Pero, hombre! exclamó el presidente alarmado por la suerte de Amelia ¿no ve usted que pueden haberse quemado esos infelices?

—Bien merecido lo tienen, señor, si tal ha pasado, dijo San Bruno con seguridad.

Las mejillas del Presidente se habían

puesto más blancas que las sábanas de su lecho.

—¿Y no se han sentido gritos, ni nada que indique tal...?

Marcó iba á decir: «tal desgracia», pero se contuvo.

---No se ha oído nada, excelentísimo señor, contestó Tejeros inclinándose.

---Está bien: voy á levantarme. Cuidado manifestar á nadie lo que sucede.

Y despidió con un ademán á los dos oficiales.

Pero no hicieron más que salir éstos, en vez de llamar á sus camareros, se dejó caer sobre las almohadas cubriéndose el rostro con desesperación.

---¡Dios mío, Dios mío! murmuró; ¡era lo que me faltaba!... Pero es imposible: Amelia no puede haber estado conspirando en mi contra: este hombre trata de indisponerla conmigo por venganza... Sí, sí; quiero consentir en que Pimentel sea Rodríguez; pero en este caso, él debe de haberla engañado como á mí. Esa joven me ama mucho para prestarse á una superchería. ¡Oh! mi Amelia! ¡cómo dudar de ella, cuando hace poco más de veinticuatro horas que la he visto temblar de amor á mi lado y suplicarme que no le exigiera sus caricias, porque no tendría fuerzas para negármelas! Sí; este hombre miente en esto, y quien sabe si en todo. Bien: puede ser que Pimentel se pre-

sense aquí de un momento otro, lo cual será una prueba de su inocencia; y en tal caso aplicaré los más crueles castigos éstos impostores... ¡Ah! si fuera cierto, me desesperaría! Es atroz imaginarlo!

Marcó se oprimía la frente con los puños cerrados al hacer esta reflexión.

Y luego añadía:

—Pero si es cierto que Pimentel es Rodríguez, no debo dudar que Amelia ha vivido eagañada como yo. Ni habría consentido en que se me hiciera el objeto de una burla! nó, nó, ella tan buena! tan candorosa!... Ah! dónde estará ahora! sabe Dios si ese hombre la retendrá por fuerza léjos de mí!... Pero si así fuera, estoy cierto que al primer momento de descuido, ella se escapará sólo para volar á mi lado. ¡Amelia de mi alma!

Mas de una hora pasó Marcó en estas reflexiones, creyéndose una veces burlado por San Bruno, otras por Rodríguez; pero nunca por Amelia.

Al fin se levantó, y en cuanto estuvo, vestido, llamó á San Bruno y persistió en ir con él á visitar la casa incendiada. Parecíale que algo habría de saber con respecto á Amelia visitando su morada. Por otra parte, aún no se resolvía á aceptar la idea de que Pimentel dejara de venir á destruir las aseveraciones de San Bruno.

Por la calle, cuanto clérigo divisaba de

lejos figurábasele Pimentel; y se detenía á esperar que se aproximara bastante para desengañarse.

Media hora empleó en recorrer la casa incendiada, deteniéndose largamente en las dos salas en que tanto había gozado con Amelia.

San Bruno le hizo notar que la casa tenía dos salidas, circunstancia de que no le había hablado Pimentel, y que por consiguiente, daba algo que pensar en su contra.

Mientras volvía á palacio, Marcó meditó con más sangre fría en el engaño de que había sido víctima; calculó el ridículo que esto le acarrearía entre sus mismos partidarios, y se dijo:

—Es preciso evitar absolutamente que esto se sepa, y el único hombre que puede hacer guardar el secreto es San Bruno.

Al llegar á su despacho, se encerró con el capitán y le preguntó:

—¿Quiénes han sabido esto?

—Sólo el alférez Tejeros y los soldados que lo acompañaban.

—¿Cuántos soldados?

—Unos veinte.

---¡Ah! esos habrán contado...

---Nó, señor; ni una palabra; yo encargué la mayor reserva.

---Pues bien, que nadie sepa nada.

---¿Y qué diréálos que me pregunten donde he estado yo?

—¿Se lo ha preguntado álguien ya?

—Varios.

—¿Qué le ha contestado usted?

—Que le pregunten á Su Excelencia.

—Pues bien, diga usted que vuelve de una comisión al sur.

—¿Y en cuánto á la ausencia de Pimentel?

—Que ha salido anoche otra comisión secreta de orden mía.

—El incendio de la casa habrá sido obra de la casualidad.

—Precisamente.

San Bruno iba ya á retirarse.

—Oiga usted, le dijo el Presidente. Procure indagar el paradero de... esas jentes; si llega usted á saber algo, no obre sin darme antes cuenta.

Marcó temía que San Bruno llevado de sus deseos de venganza le infiriera algún mal á Amelia sin ponerlo en su conocimiento.

—Pero el secreto sobre todo, añadió.

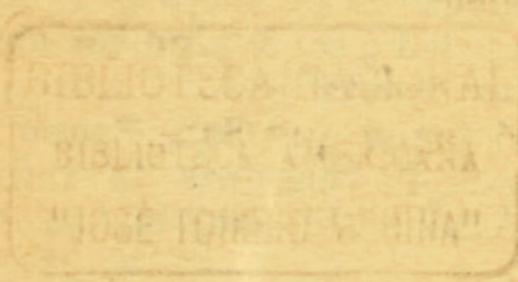
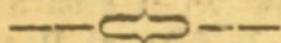
Y calculando que era preciso tener grato al capitán, concluyó por decirle poniéndole una mano en el hombro:

—Su grado de sarjento mayor le hará á usted olvidar los disgustos pasados. Vuelva usted dentro de dos horas.

San Bruno salió sin decir palabra: solo

hizo una inclinación de cabeza para dar las gracias.

Estudiadamente no había querido proferir queja alguna contra Su Excelencia, calculando que así podría sacar más partido de la situación.



CAPITULO XXI

SIGUEN LAS TRIBULACIONES

Sólo ya, Marcó volvió á entregarse nuevamente á sus negras reflexiones.

El pensar que pudiera no ver más á su Amelia, le destrozaba el corazón.

Repasaba uno por uno todos los momentos de infinito goce que había pasado á su lado; y luego, al mirar el porvenir, veía un vacío inmenso delante de sí, un negro horizonte que lo llevaba á maldecir su propia existencia.

—Aún siendo cierto que Rodríguez me engañara, se decía á veces; ¿valía ésto la pena de perder mi única felicidad?

Si el mismo Rodríguez en persona se le hubiera aparecido en aquellos momentos confesándole sus faltas lo habría perdonado de buena gana á trueque de que le devolviera á su amada.

San Bruno fué puntual en volver á las dos horas al despacho de Su Excelencia, y aún lo encontró abismado en sus desgarradores pensamientos.

Había creído Marcó poder tomar algunas determinaciones en aquel corto plazo, pero su imaginación se hallaba aún completamente embarazada por el dolor, y así, no pudo menos de mirar con extrañeza al capitán, como interrogándolo acerca de su pronta vuelta.

—Su Excelencia me dijo que viniera pasadas dos horas, observó San Bruno en contestación á aquella mirada.

—Ah! hizo el Presidente, acordándose del grado de sarjento mayor que había prometido.

Se levantó entonces del sillón en que había permanecido todo aquel tiempo y fué á su escritorio.

San Bruno comprendió en la excesiva palidez del rostro de Marcó? en el desgredño de su traje y en lo convulso de sus movimientos, el poderoso efecto que había causado en su ánimo lo sucedido.

Eso sí que no le era posible determinar

la causa precisa de aquel dolor: ¿era por la pérdida de Amelia? era el despecho de haber sido burlado tan ridículamente por Rodríguez?

Fuera una ó la otra cosa, San Bruno tuvo compasión de Marcó y juzgó que no debía guardarle rencor por las crueldades de que él había sido víctima, pues las astucias de Rodríguez y las acusaciones de Amelia habían estado muy bien hermanadas para ofuscar á cualquier hombre por avisado que fuera.

Entretanto, el Presidente había tomado de su escritorio un pliego sellado y encabezado con la serie de títulos que precedían su nombre en todos los decretos que expedía y extendió por su propio puño los despachos de sarjento mayor detalaveras para el capitán del mismo rejimiento, don Vicente San Bruno.

En seguida, sin decir palabra, le pasó á éste el pliegoabierto y fué á ocupar el sillón de que poco antes se había levantado.

San Bruno pasó la vista por el manuscrito y lanzó una débil exclamación de gozo.

No había creído que tan pronto le cumpliera Marcó su palabra.

Además, aquello era una aprobación táctica de su conducta en la noche anterior, y una prueba de que Su Excelencia estaba convencido de la perfidia del falso Pimentel.

—Gracias, excelentísimo señor, dijo con esto y sin esto, Su Excelencia me habría hallado, ahora como antes, pronto á rendir mi vida en su defensa. Aguardo sus órdenes.

San Bruno creía que Marcó ya no trepidaría en tomar determinaciones atrevidas para vengar su afrenta.

Pero la contestación fué:

—Aún no he resuelto nada. Vuelva usted mañana.

Todavía tenía esperanzas el Presidente de algún cambio inesperado en su situación.

San Bruno hizo ademán de retirarse, y luego se detuvo como asaltado por un súbito pensamiento:

—Señor, dijo, el tribunal de vijilancia... habrá estado acéfalo.

Las mejillas del Presidente, de pálidas que estaban, se tornaron rojas.

Tosió fuertemente para disimular su rubor, y enseguida evitando el decir quien había sido el reemplazante de San Bruno, se limitó á ordenar:

---Tome usted posesión del cargo.

El nuevo sarjento mayor se inclinó en señal de obediencia y de despedida, y salió de la sala.

Todo el resto del día, Marcó se negó á recibir á nadie. No fué al comedor pretext-

tando una indisposición; se retiró temprano á su dormitorio; estuvo algún tiempo tirado en la cama sin desnudarse, y como á eso de las nueve, hora en que regularmente iba á visitar á Amelia, se embozó en una capa y salió á la calle por la puerta excusada.

No llevaba una arma á pesar de estar la noche sumamente obscura.

¿A dónde iba?

A la casa de Amelia.

¿A qué?

El mismo no habría sabido que contestar.

Fué allá; penetró en las ruinas; rondó; miró á uno y otro lado; se paseó por más de dos horas en toda la extensión del frente de la casa, prolongando á veces sus paseos hasta las esquinas inmediatas; y en fin, suspirando y contemplando por última vez, con los ojos arrasados en lágrimas, aquellas paredes desnudas que un día antes albergaban tanta dicha para él, se retiró pausadamente, no sin volver repetidas veces la cara, pareciéndole que álguien, ya Pimentel, ya Amelia, ya la criada, acudiría á llamarlo para darle algún consuelo.

Se volvió á palacio, debilitándose su esperanza á cada paso que daba; de manera que al abrir la puerta excusada, todas sus ilusiones estaban desvanecidas, cediendo su

lugar á un sentimiento de frenesí que lo impulsaba á desgarrarse sus propias carnes

---¡Ya no vendrá! decía pensando en Pimentel. ¡Era cierto! el infame era Rodríguez! El me ha robado á mi Amelia!

Y encerrándose en su dormitorio sin llamar á sus camareros como tenía de costumbre, se desnudó por sí sólo destrozando los encajes de su pechera y de sus bocamangas por tirar de ellas sin desabotonarlas.

Sembró el suelo con las piezas de ropa, arrojándolas á todos lados, y en seguida se tiró al lecho de bruces rompiendo en sollozos como un niño.

Toda la noche pasó así el infeliz Presidente, en una especie de delirio, abrasado por la fiebre, y sólo al amanecer, cuando la luz del día inundó el cuarto entrando por el postigo de una ventana, que había quedado abierto, pudo pensar en que el desórden de sus vestidos, sembrados acá y allá, debía llamar la atención de la servidumbre y prestarse á comentarios poco favorables á su persona.

Levantándose entonces con febril precipitación, reunió todas las piezas en una silla y se metió á la cama, cubriéndose como de costumbre.

Sólo entonces el sueño se apoderó de sus sentidos, y pudo reposar por espacio de tres horas.

Cuando despertó, como á las nueve de la mañana, el primer recuerdo que le asaltó fué el de Amelia. Su corazón se oprimió por algunos instantes.

Pero muy pronto, poniéndose á pensar en el falso Pimentel, se sintió impulsado por un poderoso deseo de venganza.

Se acordó de Neira.

Meditó que todo sería un juego de Rodríguez, quien habría obrado de consuno con el bandido para burlarse de él.

Amelia habría sido traída á Santiago, engañada también por Rodríguez merced á un juego de comedia pactado con el bandido. La pobre joven había servido inocentemente á los planes de aquellos dos malvados; y luego, cuando el amor se había apoderado de ella; cuando sólo la compañía de su amado Marcó podía hacerla feliz, la arrancaban de su lado para entregarla bárbaramente al enamorado bandido, en prenda quizá del infernal pacto con que se habían burlado del Gobierno.

Ajitado por este pensamiento, Marcó llamó á sus camareros; pidió ropa; se vistió apresuradamente; pasó á su despacho, é hizo venir á San Bruno.

Ya el ex-capitán aguardaba hacía algún tiempo en la antesala.

—¿Qué tenemos de nuevo, sarjento mayor? preguntó Marcó afectando un aire completamente distinto del de la víspera.

San Bruno traía un legajo de papeles, que depositó en la mesa diciendo:

—Aquí tiene Su Excelencia un gran número de expedientes seguidos por el tribunal de vijilancia, ó más bien por su Presidente, pues él solo ha entendido en ellos.

Marcó miró el legajo con ojos extrañados.

—¿Qué hay en eso? preguntó sin atreverse á alzar la vista hasta el semblante de su interlocutor.

—¡Un cúmulo de injusticias! exclamó San Bruno con airado acento.

Marcó apoyó los codos en la mesa y puso la cara entre las manos sin apartar la vista de los papeles.

—Casi todas estas sentencias, agregó San Bruno colocando la mano encima del legajo, han recaído en delitos imaginarios atribuidos á fieles servidores del Gobierno.

---¡Fieles servidores del Gobierno! repitió Marcó pausadamente moviendo la cabeza con desesperación.

---Sí, señor; ó por lo menos, personas cuya sanas ideas me son conocidas. Su Excelencia convendrá en que el cargo que desempeño me ha puesto en el caso de conocer á muccha jente; de tal modo, que podría calificar á las tres cuartas partes de los habitantes de Santiago sin tener que recurrir á testigos.

—De manera que está usted seguro de que en esos expedientes se ha procedido...

—Con toda perfidia, con toda iniquidad; como que es la obra de un insurjente.

—¡Válgame Dios! exclamó Marcó oprimiéndose las sienes con ambas manos.

—Y fuera de esto, señor...

—¿Hay más todavía?

—Que muchos verdaderos culpables que yo había hecho arrestar por enemigos del Gobierno, han sido puestos en libertad.

—¡Y él decía que estaban retenidos injustamente!

—¡Qué había de decir él!

—¿Y no será posible volver á apresar á algunos...?

—¡Qué, señor! ya habrán tomado las de Villadiego prevenidos por él mismo. ¿No ve Su Excelencia que son sus partidarios?

—¡Bribón, bribón!

—Y aún no es esto todo. Hay un gran número de presos enviados por Neira.

—Lo sé.

—Pues yo he estado interrogando ayer á algunos de ellos, y resulta que son sirvientes ó inquilinos de españoles y partidarios del rey.

—¡Oh! es preciso poner en libertad hoy mismo á esa jente.

—Los trabajos del cerro van á quedar paralizados; ¡fuera de que este tiempo se

ha perdido en trabajos enteramente inútiles.

—¿Cómo así?

—Los mayordomos de las obras me dicen que el clérigo les ordenó, á nombre de Su Excelencia, desmontar un gran techo al oriente del cerro, con el pretexto de que iba á construir un tercer castillo.

—Pero yo no he mandado tal cosa; ¿qué objeto podría tener un castillo á ese lado?

—El de hacer perder tiempo á los trabajadores. Ya ve Su Excelencia que ese hombre no ha omitido medio de burlarnos.

—Pues bien, dijo Marcó, parándose con el rostro encendido por la cólera; si ese hombre se ha burlado no habrá sido impunemente: hoy mismo enviaré al sur una buena parte de mi ejército á capturar á Neira y á toda su jente. Pimentel, ó más bien, ese endemoniado Rodríguez, ha de caer entre ellos. Hágame usted llamar á Don Antonio Quintanilla. En cuanto á esos expedientes, y mostró los que San Bruno había traído, haga usted cuenta que no existen ni han existido: voy á quemarlos ahora mismo. Ponga usted en libertad á todos los presos que crea inocentes.

—Muy bien señor; y también pondré toda actividad en hacerlos reemplazar.

El capitán fué á cumplir los encargos del Presidente con gran empeño, mientras éste preparaba también por su parte las

medidas que le parecían más eficaces para remediar los males causados por Rodríguez.

No tardó en acudir á su llamado el comandante de carabineros de Abascal, don Antonio Quintanilla, é incontinenti le ordenó trasladarse á los campos de Colchagua con todo su escuadrón y ponerse de acuerdo con el gobernador de aquel partido, para perseguir á todos los bandidos y guerrilleros, y particularmente al desalmado Manuel Rodríguez, que debía hallarse entre ellos.

Junto con esta medida dictó infinitas otras, tendentes á hacer más posible la captura de sus enemigos: el comandante Quintanilla iba con autorización de incendiar todos los bosques en que sospechase que se albergaban los bandoleros; tenía orden de apresar á cuanto paisano cargara armas ó anduviera sin pasaporte á mas de seis leguas de su residencia. En fin, para corregir el mal de haber dado tantos pasaportes en blanco á su astuto enemigo, Marcó promulgó un bando en que ordenaba que éstos fueran visados por los gobernadores del partido en que circularan.

Entre otras medidas disparatadas obligó al obispo de Santiago, doctor don José Santiago Rodríguez Zorrilla, á que mandase «todos los clérigos, á que predicasen el odio á los insurgentes de Chile y de Mendoza».

Así fue como «un pobre padre agustino, haciendo un juego de palabras, anunció á

sus oyentes que el gobernador de Cuyo, don José de San Martín, no era otro que Martín Lutero, el peor y más detestable de los he-rejes».

Y entre todos los afanes de Marcó, no se pasaba día sin que San Bruno ú otro no le comunicara algún lamentable suceso que sólo tenía por causa la injerencia de Rodríguez en los negocios públicos, ó su malhadado privanza.

Así, los dos cortesanos que habían influido para que un comerciante español fiara al clérigo Pimentel todo el menaje de su casa, se acercaron un día al Presidente á informarlo de que el tal comerciante se hallaba alarmado por la ausencia del clérigo y el incendio de su casa.

Marcó disimuló su cólera lo mejor que pudo; contestó que Pimentel volvería pronto; y al día siguiente hizo llamar con la mayor reserva al comerciaate y le cubrió su crédito recomendándole el secreto.

La continuación de esta novela lleva por título;

«LOS GUERRILLEROS INSURJENTES»

BIBLIOTECA NACIONAL

7 - JUN 1958

Secc. Control y Cat.